# EL MES DEL REY DE AMOR

NIHIL OBSTAT

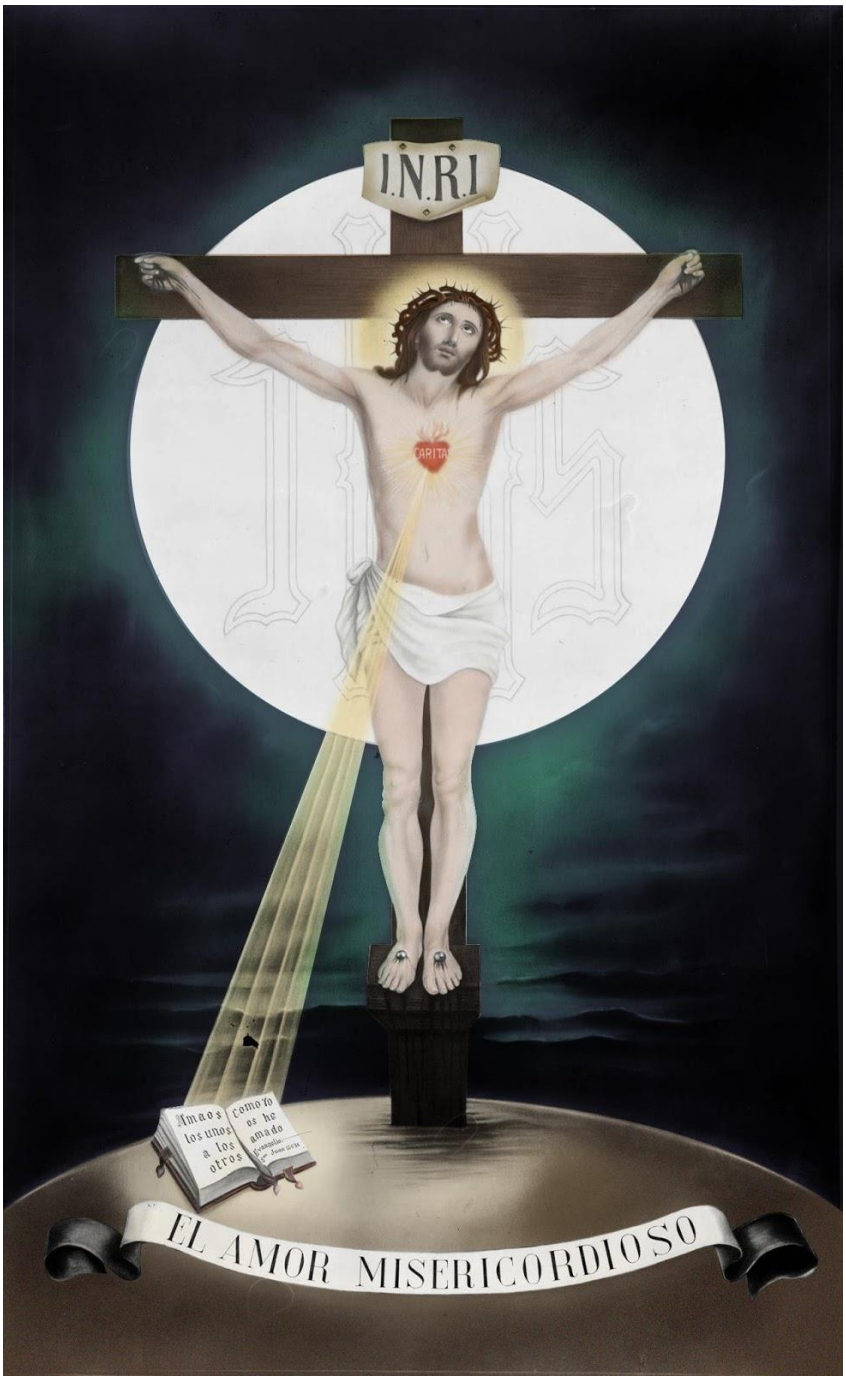
Lic. Emilio González

*Censor.*

IMPRIMASE

Dr. Francisco Morán

*Teniente Vic. General del Obispado de Madrid- Alcalá*




***"De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito, para que todos los que en Él creen no perezcan, sino que tengan vida eterna"***

(San Juan, III, 16).

# MES DEL REY DE AMOR

O

MEDITACIONES SOBRE

# EL AMOR MISERICORDIOSO

DEL

# CORAZÓN DE JESÚS

PARA EL MES DE JUNIO

(Recomendadas para todo el año)

(Biblioteca del AMOR MISERICORDIOSO)

# AL LECTOR

El mejor elogio, la mejor y más autorizada presentación que podemos hacer de este libro, es transcribir aquí las hermosas palabras de algunos Rvdmos. Prelados españoles, los cuales han expresado con unánime y fervorosa elocuencia los grandes frutos espirituales que su publicación está llamada a producir, y lo mucho que su lectura puede contribuir a la gloria del Corazón de Jesús y a la santificación de las almas.

En algunas de esas autorizadas y elocuentes palabras se ensalza y recomienda en general, LA OBRA (verdaderamente divina) DEL AMOR MISERICORDIOSO, de la cual el MES DEL REY DE AMOR forma parte; en otras, como en las del Rvdmo. Sr. Obispo de Pamplona, refiriéndose más en particular a este último, en apellidado, en frase grafica, "librito de oro".

Estos ilustres testimonios valen y significan incomparablemente más que cuanto nosotros pudiéramos decir.

He aquí un extracto de los mismos:

Extracto de una carta del EMMO. Y REVERENDÍSIMO SR. D. ENRIQUE REIG, CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE ESPAÑA.

Apruebo, alabo y bendigo *de nuevo la obra del Amor Misericordioso, que seguramente ha de promover con intensidad grande la gloria de Dios.*

*A trabajar pues, con perseverancia en ella, en la difusión al conocimiento del Amor Misericordioso de Dios para con los hombres, en la correspondencia de las criaturas a este amor y en la práctica del mismo para con el prójimo.*

EL CARDENAL-ARZOBISPO DE TOLEDO.

5 de Agosto de 1923.

Extracto de una carta DEL EMMO. Y REVERENDÍSIMO SEÑOR CARDENAL, DON JUAN BENLLOCH, ARZOBISPO DE BURGOS.

*Examinada de Nuestra Orden la* OBRA DEL AMOR MISERICORDIOSO *venimos en* aprobarla, *como en efecto la aprobamos, estimándola muy útil para fomentar en el pueblo cristiano el verdadero Amor a Dios y el amor del prójimo.*

*Tanto el fin de la Obra como los medios prácticos que propone, están fundados en las enseñanzas del Evangelio y en las enseñanzas de la Santa Iglesia, madre y maestra de la verdad. Por lo cual Nos veremos con suma complacencia que los cristianos retornen a los brazos del Amor Misericordioso y gusten la dulzura inefable del Amor de Jesús, principalmente por la devoción al Santo Crucifijo, y en su amor busquen reservas de caridad para con el prójimo, a fin de que todos "Unum sint" sean una misma cosa, y florezcan y se afiancen en las familias y en las sociedades la paz, don de Dios, sobre aquellos que le aman…*

EL CARDENAL BENLLOCH, ARZOBISPO DE BURGOS.

*5 de Agosto de 1923.*

Extracto de una carta DEL EXCELENTISIMO SR. D. LEOPOLDO EIJO, OBISPO DE MADRID-ALCALA.

*La Obra del* AMOR MISERICORDIOSO… *Es una obra esencialmente evangélica, que ha de dar excelentes resultados para la gloria de Dios y salvación de las almas. Se respira en ella el más fervoroso espíritu cristiano con tan eficaz atractivo, que seguramente habrá de enfervorizar a muchas almas constituyendo un escogido ejército de paz y de caridad.*

LEOPOLDO EIJO.

*26 de Julio de 1923.*

*Conozco y poseo el librito de oro* "El Mes del Rey de Amor"… *y sería decir nada el escribir que su traducción al castellano, y su difusión entre los fieles producirá frutos espirituales bien abundantes.*

*El Pesebre de Belén, la Cruz y el Sagrario, o de otro modo, Jesús naciendo, muriendo y reinando en la Eucaristía, es siempre el* Rey de Amor, *porque su Nacimiento, Muerte y Augusta Eucaristía son obras de su* Divino Corazón, *trono y asiento regio de su amor.*

"Quia dilexit me"… Porque me amó, *repetía enamorado San Pablo… y esa es la verdad; porque nos amó, llevó a cabo y realizó Jesucristo las estupendas maravillas de su Misericordia, a favor de los mortales.*

*En ese Océano sin fondo del Rey de Amor, hallan las almas grandes las perlas que han de esmaltar y decorar su corona eterna; en esa mina, mejor que de oro, cavan y ahondan los elegidos, para labrarse la diadema de su dichosa inmortalidad.*

*Oh, Divino Rey de Amor,* ¿quis amantem non redamet?; *¿quién no amará Al que tanto nos ama?*

MATEO, OBISPO DE PAMPLONA.

# PRÓLOGO

*Hace diez y nueve siglos que la impiedad tiene la pretensión de prescindir de Dios: se niega a creer en Jesucristo: no quiere reconocerle por Rey.*

*Continúa lanzando el antiguo grito de los judíos:* "Nolumus hunc regnare super nos." – *"No queremos que reine sobre nosotros."*

*Las almas cristianos son las obligadas a oponer a estas palabras de oprobio el grito del amor y de la fe:* "Oportet Illum regnare." – *"Es preciso que Él reine".*

*Ese debe ser el toque de llamada, bajo el cetro del divino Rey del Amor.*

*Es el nuestro y cada día lo repetimos, cuando rezamos el* "Pater Noster", *la sublime oración que el mismo Hombre-Dios nos ha enseñado:* "Adveniat regnum tuum."

*"Venga a nos Él tu reino".*

*¡El reinado de Dios en nuestras almas! ¡Qué ideal para una criatura capaz de comprender y de amar! Pero no debemos contentarnos con acariciar ese ensueño, sino que debemos hacer cuanto de nosotros dependa para realizarlo.*

*– ¡El reinado de Dios en las almas! – Sí, este es el deseo de todo corazón verdaderamente cristiano; mayor es aún el deseo del Corazón de Dios.*

*Nuestro Señor no ha venido a la tierra sino para obtener este magnífico resultado. Todos debemos contribuir a ello, cada uno según la medida de nuestras fuerzas.*

*A este fin se ha escrito el* Mes del Rey de Amor, *en la dulce persuasión de que responde a los deseos de Jesús.* "Ignem veni mittere in terram: et quid volo nisi ut accendatur?" – "He venido a traer fuego a la tierra; ¿qué otra cosa quiero Yo sino que arda?" – *Este es el deseo expresado por Aquél que ha hecho a favor nuestro el sacrificio de su vida. Y nosotros, en cambio, ¿no*

*haremos nada por Él? ¿Su palabra será para nosotros letra muerta? ¡Oh, no ciertamente!*

*Basta a veces una pequeña chispa para producir un gran incendio.* El Mes del Rey de Amor *quisiera ser una chispa que prendiera en las almas el voraz incendio del amor divino. Con ese propósito se ha inspirado extensamente en el Evangelio, considerando que las palabras de Nuestro Señor tienen una gracia especial para penetrar en las almas e impulsarlas a devolverle amor por amor. Aspira a ser leído en todas las épocas del año. Su doctrina es de todos los tiempos y todos los instantes: es la doctrina del Maestro. Es, sobre todo, el libro apropiado para meditar durante el mes escogido por el mismo Salvador, y que la Santa Iglesia ha consagrado a la devoción del Sagrado Corazón. La piedad cristiana lo ha comprendido así, y este mes forma parte de su programa; y desde hace algunos años se esmera en celebrarlo dignamente.*

*Pero hay que convenir en que esta misma piedad necesita ser frecuentemente reanimada.* El Mes del Rey de Amor *desea vivamente prestar ese servicio a las almas fervorosas, que han experimentado ya los santos goces de la vida espiritual: a las almas amantes que desean ofrecer nuevo alimento a su piedad; a las almas de buena voluntad, pero más atrasadas y que deben ser dirigidas en sus primeros instantes. A todas hará escalar, o por lo menos entrever, las cimas sagradas del amor divino; a todas inspirará, y mantendrá en ellas, el deseo de seguir a Jesús en el camino real del Amor y serle fieles para siempre.*

*La materia de los treinta días de meditación de este mes está distribuida en tres series, de distintos auxilios, formando tres novenas preparatorias a la fiesta del Sagrado Corazón. Un triduo (que en cierto sentido es la acción de gracias del Amor) pone el complemento a estas tres novenas.*

*Para los diferentes viernes del mes de Junio han sido escritas algunas meditaciones especiales: éstas permitirán a las almas, que tienen particular predilección por ese día, unir más estrechamente sus piadosas intenciones a las intenciones de la Augusta Víctima de nuestros Altares. Esta unión les atraerá numerosos beneficios.*

*En el Apéndice se encuentran, además de un ejercicio de la Hora Santa, el acto de Consagración al Amor Misericordioso de nuestro Salvador. – Efusiones todas de amor destinadas a mantener en ellas las vivas luces de la fe en el Amor Misericordioso de Jesús y abrasarlas en las llamas divinas de la Caridad, condiciones ambas, esenciales del reinado del Rey de Amor en las almas. – Que tengan siempre presente que el reinado del Rey de Amor no se realizará verdaderamente en ellas, sino cuando su amor a Dios sea tan profundo y tan intenso, que desbordándose de los límites de su alma, las lleve como por sí mismas a la práctica de la caridad.*

*Que la Santísima Trinidad se digne bendecir esta obrita, que no tiene otro objeto que su gloria, y conceda a nuestras filiales súplicas que el Corazón más amable y más amante será también el más amado de todos los corazones.*

*Os lo pedimos con ardor, ¡oh, Dios Todopoderoso! Por la intercesión de la Virgen Inmaculada, del Arcángel San Miguel, de San José, de Santa Margarita María, de los Ángeles y Santos que más han deseado ver, por fin, realizado en los corazones cristianos el reinado del Divino Corazón, Rey de Amor Misericordioso.*

*¡Corazón Sagrado de Jesús, venga a nos El tu reino!*

---

# EL MES DEL REY DE AMOR

VISPERA

## Objeto del Mes del Rey de Amor

¿Cuál es el objeto de este *Mes del Rey de Amor?*

Ayudar a las almas, que han reconocido y aclamado a Jesús como Rey durante esta dozava parte del año, lo que será para Él como un tributo de honor y de amor, una fiesta perpetua de alegría y de gozo.

Es Rey… Como Rey, tiene derecho a tributo… Al tributo de honor. Es Rey de Amor… El tributo debe ser de Amor; ¡pues sólo el amor agrada al Rey de Amor!

Un tributo es un don que tomamos de nuestros propios bienes y ofrecemos al Soberano para reconocer sus derechos sobre nosotros y nuestra servidumbre para con Él.

Este tributo es, en verdad, deber propio de la mezquina criatura; el Señor lo reclama por medio de ciertos Mandamientos; pero el alma que ama, necesita dar más, tiene que hacer alguna otra cosa. No se contenta con dedicar a Dios el Domingo, para honrar su descanso con el suyo propio; quiere consagrarle los Viernes, para honrar, por el amor, la mortificación y el reconocimiento, su Pasión y su muerte de Amor.

Por el ofrecimiento de la hora dedicada al Rey de Amor algunos minutos, las primicias de cada hora:

Por la hora de guardia, su hora de cada día:

Por la santificación del Viernes consagra al Amor Misericordioso, un día de cada semana:

Por los ejercicios del mes de Junio, en honor del Sagrado Corazón, un mes del año.

Pero lo esencial es que esos minutos, esas horas, esos días y esos meses, no sean un homenaje como otro cualquiera, sino un verdadero homenaje de amor.

¡Con qué cuidado no prepara el niño el regalo que quiere ofrecer a su madre o la sorpresa que desea hacerle el día de su Santo! Escoge las flores más hermosas para formarle un ramo… y ¿no tendremos nosotros esas mismas delicadezas en las ofrendas que queremos presentar a nuestro amado Rey?...

¿Le daremos, como Caín, lo peor de nuestros rebaños y de nuestros bienes?

¿Nos atreveremos a ofrecerle flores marchitas?...

No hay nada bastante hermoso, ni suficientemente bueno para Aquel a quien ama nuestra alma… que es nuestro Dios y nuestro Rey.

Puesto que voluntariamente queremos ofrecer al Rey de Amor un homenaje, y ya que no pueda ser éste digno de Él, que brote al menos de lo íntimo de nuestro corazón y de todo nuestro ser: y para que le sea más grato, hagámosle pasar por manos de María, a fin de que ella enderece, restaure, purifique y embellezca nuestra ofrenda.

¿No ha sido providencialmente elegido el mes de María[1] para preceder al del Corazón de Jesús? Porque así es como se le denomina: el MES DE SU "CORAZON".

Le precede para prepararlo e introducirnos en él… María es la que debe llevarnos al Corazón de Jesús, al Amor, y ayudarnos a pasar santamente un verdadero mes de "Amor", procurando a nuestro Divino Rey la mayor gloria y gozo que nos sea posible.

¡Hay que regocijar su Corazón a toda costa!

[1] El mes de Mayo se dedica de forma especial a María Inmaculada en Europa y gran parte del mundo.

Determinemos ya de antemano la pequeña práctica que puede hacerse cada día.

Fijemos la hora para leer el piadoso ejercicio de su mes. Aficionémonos a la piadosa costumbre de prepararnos a la Comunión del día siguiente, *comprando*, digámoslo así, la Sagrada Hostia que hemos de recibir, por medio de treinta sacrificios y actos de amor, en reparación de las 30 monedas, por las que Judas vendió a Jesús.

En esta fiesta de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, de la Virgen Mediadora, renovemos de todo corazón la consagración a nuestra "Reina", a fin de que Ella misma prepare el reinado de su Hijo; que nos consagre y entregue del todo a Jesús.

Si nosotros deseamos hacerle un mes Regio, su divina Madre y nuestra lo desea más aún; conoce mejor los gustos, los deseos de Jesús, y lo que Él espera de nosotros; se ocupará por Sí misma de facilitarnos los elementos de su gloria y la gracia de saber aprovecharlos.

No tengamos más que un objeto, un pensamiento, una voluntad durante este mes de Amor:

Dar la mayor gloria y alegría posible al Corazón de nuestro Amado Rey.

Corazón Sagrado de Jesús,

Venga a nos Él tu Reino.

DIA PRIMERO

## La Realeza de Jesús. – Su origen

Queremos dedicar un mes de Amor a *Jesús-Rey;* pero… ¿puede serle agradable este título?... ¿Cómo dudar de que le agrada, puesto que ha sido inspirado por el mismo Espíritu Santo en el Antiguo Testamento? ¿En cuántos pasajes suyos no canta David a Jesús-Rey?... Por la noche, a Maitines, en ciertos días, en el Oficio de la Santísima Virgen, se le canta tres veces, en distintas ocasiones, *"Rex Gloriae",* y en el *Te Deum*, compuesto por San Ambrosio y San Agustín, encontramos: *"Tu Rex gloriae, Christe".*

Jesús es, pues, reconocido y aclamado por Rey, Rey de gloria antes de su nacimiento, y con este título no cesa de ser cantado en el Oficio Litúrgico; como a tal, debemos festejarle también nosotros durante este mes

Jesús fue tratado como Rey por los Magos que vinieron a adorarle y a ofrecerle sus regios presentes.

Durante su vida mortal, Jesús ha dicho de Sí mismo que era igual a su Padre… y ha declarado que venía a predicar el Evangelio del Reino de Dios.

Si Dios tiene un Reino, esto equivale a decir que es Rey; si el Padre es Rey, también el Hijo es Rey, y su Espíritu es Rey.

Si Jesús ha venido a predicar el Evangelio del Reino de Dios si de él ha hecho el objeto de su misión, bien demostrado queda el interés que tiene en ello su Corazón.

Las muchedumbres lo habían comprendido tan bien, que en diferentes ocasiones, entusiasmadas con sus milagros y su doctrina, quisieron hacerle "Rey"; pero Jesús se ocultó, porque aún no era llegada la hora de su triunfo, la hora de su gloria.

Un día, sin embargo, deja que la muchedumbre aclame su realeza…

Pero ¿de qué manera? ¿Cuál es su trono de triunfo?... ¡Una pollina y un humilde asnillo! – ¡Cuán lleno se muestra aquí Jesús, Rey de dulzura, Rey de los pequeños y de los humildes Rey de los niños y de los que los imitan!

No se ven allí arcos de triunfo, tapices de oro, damascos suntuosos, elocuentes discursos; pero cortan ramas de los árboles y cubren con ellas el camino con sus vestidos, otros llevan palmas.

Todos los discípulos enajenados de gozo, entonan alabanzas al Señor, diciendo "¡Hosanna! – ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor; el Rey de Israel!". – En estas últimas palabras vemos claramente la aclamación de *Jesús-Rey,* en Jerusalén, pero ¡ay! pocos días después todo ha cambiado, los corazones parece que se han vuelto insensibles, perdiendo hasta el recuerdo de sus beneficios.

A pesar de todo, la idea de la realeza de Jesús, persiste; constituye la base de su acusación en casa de Pilatos; y de los sagrados labios de Jesús, recibimos testimonio de ella… *"¡Yo soy Rey!".* – Desde ese momento, Pilatos lo designa como tal, cuando habla de Jesús a los judíos, Jesús es para él, Cristo Rey.

Bien pronto comienza la escena de escarnio que deberá consumirse en el Calvario; el manto de púrpura, la corona de espinas, la caña, las genuflexiones irrisorias acompañadas de burlas; Salve, Rey de los judíos.

Viene después la presentación de Jesús a los judíos, como Rey: "He aquí a vuestro Rey".

La negativa de los judíos a reconocerle como tal: "No tenemos más Rey que el César".

Por último, la Crucifixión… Jesús, pendiente de la Cruz, que viene a ser su trono, tiene sobre su divina cabeza la corona de espinas…, y en lo alto del madero santo, un título de Realeza… de suerte que nadie en la sucesión de los siglos podrá nunca mirar el Crucifijo, sin leer en él el título sagrado: *"Jesús (Nazareno), Rey (de los judíos)".*

Nuevamente la protesta de los judíos, reclamando contra la inscripción, la proclamación de su Realeza por el buen ladrón, que le pide un lugar en su Reino, los repetidos insultos de los soldados, provocándole a descender de la Cruz, y después por los testigos de su muerte y el temblor de la tierra que la acompaña; pues al proclamarle hijo de Dios y admitiendo que Jesús tiene un

Reino, necesariamente se sigue que Jesús es Rey, Rey de los cielos y de la tierra.

Jesús es Rey. – La misma Santa Iglesia lo canta en diversos pasajes de sus Oficios litúrgicos; el Domingo de Ramos, – en las fiestas de Pascua – en la Misa de la fiesta del Sagrado Corazón. *(Egredimini).*

¡Oh Jesús! ¡Vos sois Rey! Queremos complacernos, cada vez más y más en aclamaros bajo ese hermoso título, el más grande que pueden daros vuestras mezquinas criaturas, – el más legítimo y reconocido homenaje que los hombres pueden rendir a vuestra Santa Humanidad.

Vos, Dios mío, por amor y misericordia, os habéis hecho como uno de nosotros, el último de nosotros, ¿no es justo que por amor y gratitud, os coloquemos en vuestro lugar, muy por encima de nosotros… que Os reconozcamos como Rey, nuestro único y Soberano Rey, y que para reparar esta injuria de los judíos, que exclamaban: "No tenemos más Rey que al César", protestemos a nuestra vez, que no queremos otro Rey que a Vos – y que no daremos este título, ni otro alguno de suprema autoridad, sino con absoluta dependencia de vuestra autoridad soberana?...

En este día multipliquemos nuestras aclamaciones a Jesús Rey, – Rey de Amor y de Misericordia, Rey de Amor Misericordioso, y pidámosle que sea así conocido en todo tiempo y lugar.

¿No sentimos vehementes deseos de procurar a nuestro Rey de Amor una gloria que le ha sido arrebatada, y que le rehúsan tantas criaturas, y de hacerle íntimas protestas de que es nuestro Rey y de que no queremos otro Rey sino Él?

¿Cómo podría Él a su vez rechazar a todos aquellos que le hayan elegido como Tal, personal y voluntariamente, mientras permanezcan fieles a su protesta de Amor, y no reservarles también un lugar en su Reino del Paraíso?

¿Cuánta complacencia sentirá su Corazón, – y qué gloria accidental no recibirá si se escoge un día, al menos en las Comunidades y en las

Asociaciones piadosas, para *hacer realmente la elección del Rey de Amor*, y ¡cuántas bendiciones no caerán sobre las almas que así le proclamen!

Pero para no provocar una negativa que aflija a Jesús, no hagamos esta hermosa proposición sino entre almas fervorosas, porque esta elección debe ser toda de amor, y reparación de amor, por los ultrajes de los hombres. Que las almas amantes suplan la frialdad de aquellas y SE ESFUERCEN en tributar aún con mayor ardor este HOMENAJE DE AMOR, pues el culto que nuestro Rey Jesús reclama es un culto "en espíritu y en verdad", no un simulacro, una apariencia, un movimiento de los labios; es la convicción íntima, el culto del Amor.

¡Oh Jesús, Rey de Amor y de Misericordia, Vos sois nuestro Rey! No queremos otro Rey que Vos, venga a nos Él tu Reino.

## DIA DOS

### En qué consta la Realeza de Jesús

Por Amor descendió Jesús del Cielo a la tierra.

El amor nos ha dado al Amor… el Amor del Padre nos dio a su Hijo: que es Caridad… Amor como Él.

El Amor le hace vivir en nosotros, por el Espíritu, que Él mismo nos ha dado y que es su propio Espíritu. – Amor también, Espíritu de Amor, Espíritu de Caridad.

¡Sí! … ¡Jesús es Amor!

¡Jesús Rey, es el Amor Rey!

¡Jesús es el Rey de Amor!

Y como su amor hacia nosotros no puede llamarse sino misericordioso para con nosotros, Él no puede llamarse sino Rey Misericordioso. – ¡Jesús es, pues, el Rey de Amor Misericordioso!

Pero ¿en qué consiste esa Realeza de Jesús… y qué exige de nuestra parte?

La realeza consiste en dos puntos: la posesión de un reino y su gobierno.

El Rey es aquel que posee Estados formados por provincias, ciudades, pueblos, lugares; compuestos, a su vez, de palacios, casas y chozas, en las que habitan familias que por sí mismas constituyen la reunión de individuos, en los cuales circula una misma sangre y que rige un Jefe que es el padre de la familia.

El Rey ejerce personalmente el derecho de soberanía en sus Estados, países y familias…

La paz no existe en el Reino sino cuando los súbditos reconocen la soberanía del Rey y le están sometidos; de no ser así, todo es desorden, disturbios, rebelión y guerra.

El Rey es quien da las leyes en su Reino.

El Rey, quien vela por el cumplimiento de estas mismas leyes, por medio de aquellos a quienes ha investido de poderes al efecto.

El Rey es, por tanto, quien imprime carácter a su Reino, carácter que viene a ser el suyo propio.

Jesús es, en verdad, Rey de Amor, Rey de Amor Misericordioso. – Su reino es reino de Amor y de Misericordia.

Su Ley es la caridad… La caridad misericordiosa; su Reino, pues, debe ostentar este carácter, este sello de su Ley… y todos sus súbditos deben estar marcados con la señal que Él ha dado para reconocer a los suyos: Jesús mismo lo ha dicho con sus sagrados labios: "Se conocerá que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros *como* Yo os he amado."

Este *como* (no de igualdad, sino de imitación) ha sido manifestado a los hombres por Jesús en sus obras, y la Santa Iglesia ha tomado de ellas la más sublime, la que resume todas las demás y es su consumación: *La Cruz*,

símbolo sagrado, que nos recuerda a la vez el Amor Misericordioso del Padre, que nos ha dado a su Hijo, – del Espíritu Santo que lo ha formado, y su propio Amor, que nos lo ha entregado; este Amor que perpetúa su manifestación en nuestros Altares… puesto que la Misa no es otra cosa que ese mismo sacrificio del Calvario, renovado, sin cesar, de una manera real, aunque no sangrienta.

La Iglesia nos ha dado esa Cruz como signo sensible de la afirmación de nuestra fe; y podríamos decir que esa Cruz, por los homenajes o desprecios que recibe, es al mismo tiempo la verdadera señal que distingue a aquellos que, perteneciendo a Jesús, le miran o no le consideran como a su Rey… de tal modo que la intensidad de nuestra fe podrá medirse por el grado de fervor y de amor que sienta el alma cuando contemplemos la Santa Cruz, o hagamos esta señal sagrada.

La Cruz y la Eucaristía representan una misma cosa; el verdadero cristiano no puede separarlas. Jesús en el Calvario, es el mismo que vive, permanece y se ofrece en la Sagrada Hostia… y Jesús – Hostia, es a su vez el que ha muerto de Amor por nosotros.

En lo alto de la Cruz está escrito: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos". ¡La vista del Crucifijo debiera hacer vibrar nuestras almas con ímpetu de gratitud y amor!

El corazón que ama, suspira siempre por ver convertido en verdadero Rey de Amor y de Gloria a Aquél a quien los ingratos trataron como Rey de burla y de ignominia.

Trabajan los impíos por todas partes por suprimir y arrinconar el Crucifijo… y ¿tendremos nosotros menos celo porque se le tribute el honor debido?

La mirada de Satanás y de sus secuaces se dirige con odio sobre este signo sacrosanto de nuestra Redención. Y ¿no buscará la nuestra, instintivamente, la Imagen del Crucifijo, en cualquier lugar que entremos, para saludarle como a nuestro Rey, diciéndole: *"¡Gracias! ¡Perdón! ¡Yo os amo!"* – como reparación de Amor, por todos los que pasan de largo ante Él… indiferentes e ingratos?

Nos habituamos a ver en nuestras habitaciones la imagen del Crucifijo, del Sagrado Corazón… ¿No deberíamos, por el contrario, adquirir la costumbre de no mirarle jamás sin que brotase de nuestra alma un acto de Amor, para corresponder al suyo?... Siendo nuestro Rey, y nosotros sus súbditos de Amor, no debemos vivir sino para Él.

Al hacer la señal adorable de la Cruz, ¿recordamos lo que significa y la eficacia que tiene?

La Cruz imprime sobre nosotros el carácter del discípulo de Jesucristo; hacemos con ella una protestación de fe en el Amor que Jesús nos tiene… de que le pertenecemos; es una especial renovación de la promesa que le hicimos de observar su Ley y de amar al prójimo como Él nos ha amado: con un amor de tolerancia, de indulgencia, de perdón; un amor de misericordia y abnegación, que se asemeja al amor de un padre con su hijo, de un hermano con su hermano. Para todo corazón bien nacido, los lazos de la sangre son inquebrantables; y por culpable que sea el ser querido, el amor no disminuye, antes bien se muestra más tierno, más delicado e intenso…; podrá el corazón sentirse herido, destrozado…, pero el impulso de amor que hacia él le lleva, hace aun más ingeniosa al alma para correr en busca del descarriado y atraerle al buen camino.

¡Qué de veces se hace la señal de la Cruz a la ligera, sin considerar que todas nuestras ceremonias exteriores han sido establecidas para provocar en nosotros los efectos interiores! ¡Hermosa y sencilla santidad la de un alma que no se afana más que por, *hacer bien todo lo que hace* y con el verdadero espíritu que debe vivificarla…!

¿Comprendemos bien el sentido de estas últimas palabras?

Demos hoy honor y Gloria al Rey de Amor, y para festejarle dirijamos amorosas miradas al Crucifijo con el pensamiento en la Hostia Santa, uniéndonos en espíritu a las Misas, que se celebran en el mundo entero y consagrándonos de nuevo cada vez que hagamos la señal de la Cruz, declarándonos vasallos suyos muy rendidos.

¡Oh Jesús! Que me habéis amado hasta la Cruz, hasta la Eucaristía… ¡Vos sois mi verdadero Rey! Haced, pues, que yo sea eternamente señalado con vuestro sello de Amor.

## DIA TRES

### El Reino de Jesús

Indicamos ayer como la Realeza consiste en la posesión de un Reino y en su gobierno.

¿Cuál es el Reino de Jesús? Perteneciendo al Eterno Padre lo mismo que a su Hijo todo lo creado, como Sumo Hacedor, en cuanto Dios, le dio, sin embargo, a su Divino Hijo, en cuanto Hombre, todas las naciones en herencia. Pero las naciones se emanciparon de su imperio, y Jesús ha venido a conquistarlas de nuevo con sus palabras, sus ejemplos, milagros y sufrimientos y hasta con su misma muerte.

Vino a conquistarlas; pero no todas quisieron someterse ni rendirse, y por eso no mira como a suyos, sino a los que creen en Él, guardan su palabra y cumplen sus mandamientos. Esta nueva posesión de las naciones, no se realizará en conjunto – no sería un homenaje bastante digno de Él –; pues las turbas generalmente, siguen a ciegas y sin convicción al Jefe que las arrastra. El Rey de Amor quiere súbditos libres, que vengan a alistarse en su bandera.

Por eso inspira a sus Apóstoles que vayan a conquistarle el mundo familia por familia.

Pero no podrá ser el verdadero Rey de las familias, si no se procura que reine también sobre cada individuo.

Este Reinado de Jesús en las familias, no es un acto exterior que se verifica, no es el mero hecho de un momento, aunque sea sincero… Es un estado permanente, por el que se rigen todos los actos de nuestra vida, convergiendo así hacia el centro común: la Realeza de Jesús. Todo lo demás, se deriva de aquí, como una consecuencia.

Jesús es Rey… ¿Cuál será, pues, su Reinado? Lo será cada individuo, cada familia, cada nación, el mundo entero que se le consagre, y en la medida en que cada uno de esos seres se hayan entregado y se reconozcan como suyos, sometiéndose después a la observancia de su ley.

Hacemos reinar a Jesús entre nosotros cuando con mayor convicción le reconocemos como nuestro Dueño Soberano, acatando sus derechos de mandar, reprender, castigar y exigir tributos. Cuanto más libre y amorosamente le dejemos ejercer sus derechos sobre su mísera criatura y ésta le sea más sumisa; cuanto más le adore y más agradecida se le muestre, llena de celo por la reparación y el apostolado; más suplicante, en fin, no sólo en su nombre, sino en el de todas las criaturas – en nombre de las almas fieles e infieles –; en unión con las fieles, para atraer a las que no lo son.

Pero cada individuo en sí mismo es como un pequeño mundo, según San Francisco de Sales; – ¿no nos dijo Jesús: "el Reino de Dios está dentro de vosotros"?...

¡Oh, Jesús mío! A pesar de mis vehementes deseos de haceros reinar en el mundo entero, me siento impotente para conseguirlo, puesta que en realidad ni aún en mi propia familia puedo yo disponer, aun siendo su cabeza, toda vez que la entrega ha de ser voluntaria y libre; don íntimo, que no puede hacerse sin la cooperación de cada individuo. Homenaje que, para ser perfecto, es necesario que sea general e individual y que ambos no hagan más que uno; a esto tienden sin cesar vuestros amigos, vuestros devotos, que no aspiran más que a la unión y consagración de todos los que aun no os conocen.

Pero de este pequeño Reino de mi corazón, que es mío propio (tan mío, que es mi propio ser), soy dueño en absoluto y puedo disponer de él libremente… Verdad es que encuentro en él pasiones rebeldes que se sublevan, pero el Señor con su divina gracia me da fuerzas para sujetarlas a la razón.

Ese pequeño reino, que por derecho de creación y de conquista pertenece a Jesús-Rey… se lo he arrebatado con mis pecados constituyéndolo yo mismo Rey, pero ¡qué Rey!... rey de irrisión, rey destronado… ¡que ha

cometido la locura de dejar, quizás, ocupar su puesto al príncipe de las tinieblas!

Lo que no he podido ni sabido hacer por mí mismo (poner orden en este reino) con Jesús lo puedo, lo debo hacer. – Pero, ¿me contentaré con tener a Jesús conmigo?... Su caridad, el amor que me ha tenido, me obligan a cederle mi puesto, haciéndole mi verdadero y único Rey.

En cierta ocasión, Santa Juana, Doncella de Orleans, deseó poseer un momento el Reino de Francia, para aclamaros como Rey. ¡Oh Jesús mío! En este día si yo me atreviera… ¡con qué gusto os ofrecería entero, este pequeño reino de mi corazón todo fango y miseria! – Es todo lo que tengo, todo lo que poseo… Quisiera que fuera menos digno; y si me pesa verle tan miserable, es por el sentimiento que me causa no poder ofreceros más que un don tan pobre.

Os ofrezco todo mi ser, mi entendimiento, mi corazón, mi voluntad, mis sentidos y potencias, todo cuanto soy y tengo. Renuncio a mí mismo y al derecho de gobernarme. Abdico por completo en Vos, os doy plenos derechos, poder supremo.

¡Potencias y sentidos, que todo en mí os esté sometido!

Cuando vengáis cada mañana real y verdaderamente a visitarme en vuestro Sacramento de Amor, os renovaré esta entrega de mí mismo y este divino juramento.

Sentado en vuestro trono, oh Rey de Amor, regid libremente todo mi ser: hablad, ordenad, reprimid, – no consintáis nada en este reino que turbe el orden y sea desagradable a vuestros ojos.

Queréis ser el Rey de Amor: yo también lo quiero, y vuestros súbditos lo serán también por amor; no más esclavos, sino voluntarios, al servicio de vuestro Amor.

El cetro está en vuestra mano y de aquí en adelante vuestra Divina Voluntad lo regirá todo: pensamientos y afectos, mi querer y mi obrar… todo en mí ha de vibrar ya, sólo por Vos y según Vos, Rey muy Amado, Rey de mi alma. Demasiado, ¡miserable es este reino mío!... pero es *muy vuestro,* al

menos; no me lo devolváis. – Renuncio para siempre al derecho de recuperarlo, quisiera seguir mis propios impulsos… sujetadme… y si no tuviera docilidad y quisiera gobernarme por mí mismo… si tratase de usurparos algo… que vuestra luz divina, ¡oh, Rey de Amor!, me recuerde vuestros sagrados derechos, que reconozco este día… ¡Enderezad y reparad Vos mismo todo, por Amor!

Quiero, amo y prefiero lo que Vos elijáis. Renuncio a mis propias preferencias, desprecio mis repugnancias: – ¡no las tengáis en cuenta, Rey Divino! Gobernad libremente, sed Rey verdadero de este pobre y miserable reino de mí mismo.

Conquistaos, ¡oh, Rey nuestro!, muchos reinos para Vos; reinos de Amor en las almas, en los que todo os esté verdaderamente sometido… y según las palabras de la Reina de los corazones, María Santísima:

"Haced todo lo que Él os diga"…

¡Oh Rey mío! ¡Todo lo que yo tengo os pertenece y lo someto a Vos!

Formaos muchos reinos que sólo sean vuestros.

## DIA CUATRO

### Fruto de la Realeza de Jesús

¿Qué fruto sacaremos de este Reinado de Amor de Jesucristo en nosotros?

El fruto será su complacencia y su gloria… y nuestra transformación en Él.

El *goce* es la posesión de un bien que se estima y que produce complacencia, la cual parece tanto más intensa, cuanto más se desea y ambiciona este bien. – Dios contiene todo bien dentro de su propia esencia… Pero habiendo formado a su criatura, ésta viene a ser un bien accidental que, para llegar a ser verdadero bien, ha de vivir en el orden establecido por su divina voluntad. – El goce de Dios es, pues, la posesión de la criatura que la

cumple; – este Reinado del Amor de Jesús en el alma es, pues, la entrega completa de la criatura en el orden y la posesión real de la criatura por su Dios.

Jesús dijo en cierta ocasión a Santa Margarita María: "Mi corazón goza en la unidad": *Unidad de espíritu y de pensamiento,* puesto que el Espíritu Divino es el Rey que los ilustra y los gobierna, no debiendo admitirse voluntariamente ninguno que no lleve el sello divino, debiendo ser aniquilados todos los que no estén conformes con las miras de Dios y no tengan a su Amor por único fin.

*Unidad de corazón:* pues el alma no puede admitir afectos que no sean los de su Rey. – El es el que da los puestos y el rango en el Amor e intensifica los afectos, regulándolo todo.

*Unidad de voluntades:* pues su único deseo debe consistir en querer lo que quiere su Rey de Amor, como lo quiere, y cuando lo quiere…, de suerte que puede decirse que ha abdicado y gobierna al mismo tiempo; – pues sus potencias unidas así a la Divina Bondad, Sabiduría y Omnipotencia, pareciendo muertas, viven aún con más vida, con la verdadera vida. – y obran libre y voluntariamente, y en armonía con esa Soberana Bondad, Sabiduría y Omnipotencia y con una fuerza como jamás habían experimentado.

*Unidad de vida,* en fin…, pues del mismo modo que el Padre da la vida al Hijo, el Hijo por medio del Espíritu Santo, comunica al alma esa vida que ha recibido del Padre, y que no es otra que su propia vida… Vida divina,… Vida de Amor, que es aspiración… Anhelo de Amor, – Vida divina que se mantiene por la incesante asimilación del alimento divino…

Voluntad del Padre, que es Amor y da el Amor.

Voluntad del Padre, que consiste en darse al alma a cada instante por la gracia… por medio de luces o inspiraciones, y por toda gracia que de Él recibe, – por la comunión Sacramental o espiritual… (estando en nuestra mano hacerla en todo momento).

Voluntad del Padre, que es también voluntad de Jesús y fusión de los dones del Espíritu Santo.

El Reinado de Amor de Jesús en el alma es, pues, el mayor goce que una pobre criatura puede dar a su Dios; este Reinado es también su gloria… Satanás, el ángel rebelde, después de haber usurpado en las almas el lugar del alma y el que debía dar a su Dios, puso todo en juego para impedir que se dejara reconquistar por su Dios; y fácil es comprender, que cuanto mayor ha sido la depravación del alma y más se han desarrollado en ella los atractivos de la concupiscencia, mayor gloria es para Dios recobrar sus derechos en el alma, y que ella misma se los devuelva, cuando se sentía tan fuertemente arrastrada por el enemigo en sentido contrario.

¡Gloria al Amor, por haber comunicado al alma, que tan floja y cobarde se sentía, la fuerza para volver contra la corriente y vencer los obstáculos que se oponían al Reinado de Jesús en ella!

Pero gloria, sobre todo, al Amor Misericordioso, por haberse dignado descender hasta semejante miseria… por haberla celado como su propia hacienda, – por haber desplegado tantas maravillas para lograrlo, y por dignarse reinar en ella, aceptando el título y las funciones de su Rey… – ¡Quién como Él! ¡Quién como el Amor Misericordioso, verdadero Dios nuestro, de los pobres y de los desdichados!

Gloria también por nuestra transformación en Él… Que un Dios por compasión y misericordia se rebaje hasta la miseria y la nada, – hasta este miserable rebelde, en reparación el homenaje de todo su ser, – ¡hasta aceptar el título de Rey!

¡Esto solo hubiera sido ya asombroso! Y una Gloria Divina para el Amor Misericordioso; pues sólo Él hubiera podido obrar así. Pero llegar hasta transformar el alma (convertida en trono suyo) haciéndola tan semejante a Él… ¡que sólo vive ya su vida y sólo es impulsada por Él!... teniendo ya los mismos gustos y miras y voluntad que su Rey… ¿no es verdad que esto excede a todo lo que puede concebirse y a cuanto jamás nos hubiéramos atrevido a esperar de Él? – ¡Cómo deberá esforzarse, por tenerle fidelidad, el alma que ha comprendido este gran misterio del Rey Divino, para que pueda encontrar en ella su complacencia… para que logre en toda la grandeza posible… su transformación en Él

Sabe muy bien el alma que cada grado de fidelidad, de dependencia, de preferencia, es un aumento de gozo y de alegría para nuestro Rey de Amor, Jesús… Ese tiene que ser, por tanto, el objeto de su vida.

¡Qué importa la mortificación, privaciones, desprecios, y sujeción de esta pobre y miserable nada, con tal de que Él goce y esté consolado!... ¡con tal de que se le glorifique!... ¡con tal de que cuanto espera de nosotros y todos sus divinos designios se cumplan!

¡Oh, Jesús! mi Rey amantísimo, Rey de Amor, me entrego a Vos más y más a Vos, con todo mi corazón, con todo lo que soy y tengo. Transformadme todo, para vuestra mayor gloria y complacencia divina.

## DIA CINCO

### La ocupación del Rey de Amor es amar

¿Qué hace el Rey de Amor?

Su ocupación constante es ¡amar!...

Pero, ¿qué es amar?... Amar es unirse…

¿Y a quién Ama?... A sí mismo, a su propia Divinidad: a su Santa Humanidad.

Ama todo lo que es suyo, a todas sus obras, –y a las primeras de ellas que son: el Ángel– y el hombre, sus criaturas, y a esta última ama tanto, que se hizo semejante a ella para volver a conformarla con Él.

La ama con tal exceso, que ha muerto por hacerla partícipe de su vida.

La ama tanto, que se ha hecho Hostia pequeñita, para inocular en ella su Vida…

La ama tanto, que hasta le comunicó su propio espíritu, para que viva su misma Vida.

¡Oh! ¡Quién podrá nunca comprender los castos y divinos abrazos de Jesús, cuando viene a nuestra alma en la Sagrada Comunión, y los que también nos da a cada instante, no menos inefables, por medio de las inspiraciones de su divina gracia!

Nos ama… Se entrega… Se derrama en nosotros, que estamos tan bajos.

Ama a su Padre; y para darse, se ofrece… Se ofrece sin cesar… Su vida es un don recíproco de Él a su Padre y de su Padre a Él.

Se ofrece y nos ofrece a nosotros, porque nos ha fundido en Él. Así es el Amor de Jesús… ¡su Amor es *dádiva!*

El Amor es el que produce en Jesús este doble movimiento de unión: unión con nosotros, –unión con su Padre– unión (en Él) de nosotros con su padre.

El Rey de Amor, goza descansando en nuestro interior en un perpetuo y doble movimiento de unión, que desea continuamente comunicarnos.

Es su actuación como Rey, – su gobierno, – su ley.

El Rey de Amor (tan justamente llamado así), es todo celo y actividad por la gloria del Padre y del Espíritu Santo, por la gloria también de su Santísima Humanidad. Arde en deseos de comunicar su fuego, su vida, a sus amados súbditos y lo hace según la medida de su fidelidad, y las buenas disposiciones que tiene para recibirlos.

Este Rey de Amor, todo bondad, vive en el interior de ese pobre y miserable reino para colmarle de beneficios, para prodigarle su Amor Misericordioso.

Allí está como médico que sana todas las enfermedades. Se da en alimento a las almas; y de su propia sangre, hace el bálsamo, para ungir y cicatrizar todas sus heridas. Es el remedio de todos los males, el consolador de todos los afligidos, la fortaleza de los débiles, la riqueza de los pobres, la luz de los ciegos, el amigo de los desamparados, el defensor de los oprimidos, el rescate de los cautivos, la salvación de los pecadores.

Todo esto es el Amor Misericordioso… Ningún Rey ha sido ni será jamás comparable con Él; nadie es tan bueno como Él.

Pero este Rey tan amable, este Rey tan bondadoso, tiene a su vez anhelos y sufrimientos propios; el Amor tiene sed de amor, Jesús quiere ser Amado.

¡Amar y ser amado; es la vida de nuestro Rey de Amor!

¡Y no le amaremos también nosotros?

¿No aspiraremos a esa *unión* con todas nuestras fuerzas, puesto que lo declaramos nuestro Rey?

Hemos visto ayer, que esto constituía su mayor goce; no nos contentemos con una unión cualquiera; que ésta, por el contrario, sea objeto de nuestra vida de amor, una unión íntima y estrecha… que todos nuestros pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, sean no solamente de unión, sino medio al mismo tiempo para estrechar la unión.

De este modo se fortalecerá sin cesar en nosotros, la vida divina… y el Rey de Amor gozará del fruto de sus trabajos y de sus larguezas.

Pero somos tan frágiles, tan corrompidos en el fondo, por el pecado original y nuestros pecados actuales, – ¡hay en nuestra existencia tantos vacíos, tantos quebrantos!

El Rey de Amor es el reparador de faltas, como es el santificador de las obras. Tiene pasión por perdonar y su mayor goce es actuar como Salvador.

Siente especial predilección por los más pobres, los más humildes; los que tienen mayor necesidad de Él; por aquellos a quienes mayor bien puede hacer…

Pero este amor, pide en correspondencia, una ilimitada confianza, proporcionada, no a nuestro propio corazón, egoísta y reducido; sino a la liberalidad infinita del Amor Misericordioso, que da y se derrama sin medida; y con efusión sobre los más desvalidos, comunicándoles a ellos también la pasión de amar, con el mismo amor que somos amados, aspirando

incesantemente este amor del Corazón mismo de nuestro Rey… ¡Corazón Divino!... ¡Horno de Amor!... ¡fuego devorador! que sólo puede saciarse encontrando combustible que lo alimente.

¡Oh, Rey de Amor! ¡Yo os traigo este alimento, ese combustible, en mi pobre alma! ¡Prended en ella un incendio, consumidla!

¡Os amo, con vuestro propio Amor! Y no solamente por mí, sino por el mundo entero.

¡Oh, Jesús! Vos que por vuestro Divino Espíritu podéis crear y renovar todas las cosas, formaos numerosas almas de Amor, que compongan la corte de vuestro Sagrado Corazón.

¡Oh, Rey de Amor! No dais más que Amor y no pedís sino Amor: ¿Queréis Amor?... Nosotros os lo prodigaremos; y para que sea digno de Voz, sumergiremos nuestros propios corazones en el vuestro y os lo ofreceremos en vuestro propio Corazón, abismo de Amor, y hogar ardiente de la Divina Caridad.

¡Oh, Rey de Amor! Me entrego a vos como pasto de ese fuego. Haced que yo sea vuestra gloriosa conquista; y multiplicad esas conquistas, ¡oh Rey de Amor!

## DIA SEIS

### El Rey de Amor, Sacerdote–Hostia.

¿Y qué más hace el Rey de Amor?

El Rey de Amor vive; y porque vive, ama – El amor constituye su propia vida.

La vida en Dios no puede existir sin el Amor… ni éste sin la vida.

Dios que hizo al hombre a su imagen, le ha formado de tal suerte, que el corazón en él es el órgano por excelencia de la vida, es como su centro, su

hogar… Cuando el corazón desfallece, cesa de latir y de vivir, la vida desaparece de todo el cuerpo.

En la vida espiritual, el amor es también el que lo regula todo. El alma vive la vida de su amor; si se ama a sí mismo, su vida es egoísta, natural; si su amor es para Dios, su vida será sobrenatural, participación de la divina, – que dura en el alma mientras ésta permanece fiel y unida por amor a su divino objeto…

En el instante mismo en que por el pecado se quebranta la unión, sobreviene la muerte espiritual del alma. – Cuanto más fuerte es el amor, tanto más interesa y fecunda es la vida.

Este Divino Rey de Amor, vive, pues, en Sí mismo del Amor… Recibe la vida del Padre, la vida divina y la vida humana… Y en retorno como don y ofrenda se da El mismo a su Padre, – por medio de su propio y Divino Espíritu; ofrenda de todo su ser, en nombre de todos los hombres a quienes su Dios y Rey quiere llamar sus hermanos.

Y ¡qué hermanos!

¡Cómo le han tratado estos hermanos! ¡Y cómo le tratan todavía en este momento!...

¡Mas nada le hace desistir de darles este dulce nombre!...

Ha muerto de Amor por ellos y este Rey, que para ellos ha conquistado el reino de su Padre, es como un mansísimo Cordero que se sacrifica.

Fue inmolado en la tierra, – y ofrece sin cesar, a su infinita Majestad el fruto de su Pasión y muerte.

Este Rey de Amor, habita en nuestra alma como en su trono, reproduciendo lo que vio San Juan en su Apocalipsis;… "– y del trono sale una voz que clama diciendo: Alabad al Señor, vosotros todos los que sois sus siervos grandes y pequeños". – Y todas las facultades del alma y todos los sentidos invitados a alabar a su Dios, al Rey de Amor, responden a su modo, sirviéndole: – "A Dios solo, al Cordero de Dios, al Rey Inmortal Todopoderoso, gloria, honor, salud y bendición." –

Este Rey de Amor… es Sacerdote–Hostia. Posee la vida y la da. Vive en un estado perpetuo de oblación, de impetración. – Un Dios–Sacerdote, – un Dios–Hostia… ¡qué misterio! ¡Cuánto no nos amaría para obrar así!

El Sacerdote es el que ofrece la víctima en sacrificio.

La Hostia es la Víctima ofrecida.

Un Dios–Sacerdote para satisfacer a los culpables;… pero Sacerdote, sobre todo, para satisfacerse a Sí mismo. Jesús, es Sacerdote, por el Padre, en el Espíritu Santo. –

Sacerdote para restituir al Padre, a su Divinidad, (que es un bien suyo, con el Padre y el Espíritu Santo), el homenaje digno de Él, – homenaje de adoración, de acción de gracias, de la reparación que exige; de impetración, en fin, de los favores, que sólo quiere conceder, por medio de la oración que hace, en nombre de todas las criaturas.

¡Dios-Sacerdote – Dios-Hostia!

Si no hay ningún Sacerdote que sea semejante a nuestro Sacerdote, al Sacerdote Eterno según el orden de Melquisedec, – ninguna Hostia es tampoco comparable a esta Hostia…

–"La sangre de las víctimas no ha sido de vuestro agrado, ¡oh, Dios mío!", dice Jesús, "y por eso habéis formado mi Cuerpo", y Yo he dicho: "Heme aquí, Padre mío, dispuesto a cumplir tu voluntad." –

Esta Hostia es de un valor infinito, – y los Ángeles permanecen en perpetua adoración, ante Aquel de quien los hombres hacen tan poco caso.

¡Ah! ¡Si supieran lo que vale una Misa!... ¡lo que fue el Calvario!...

¡Si supiesen darse cuenta de lo que se realiza cerca de ellos, a algunos pasos de distancia, cuando asisten al Santo y Divino Sacrificio!

Es, en verdad, un sacrificio, –el nombre mismo lo dice, – sacrificio santo por excelencia, del que todos los demás no eran sino figura, y del que reciben todos los nuestros su valor y fecundidad.

Sacrificio augusto y formidable, del cual participamos tan ligeramente, con tanta mezquindad, cuando deberíamos deshacernos de gratitud y amor.

Sacrificio de vida, de oblación, – ofrenda de la vida divina y de la vida humana de Jesús… para impetrar y producir las efusiones de esa misma vida, – vida divina y vida humana de Jesús.

¿Qué acto es comparable a éste, que proporciona a Dios una gloria infinita y enriquece al hombre indeciblemente más de lo que puede ponderarse?

En él se sacrifica a Aquel que resucitaba a los muertos;… aquí se verifica algo que aún es superior a la resurrección de los muertos…

En ésta, Jesús no devolvía más que una vida humana a aquel que la había perdido; – devolvía una vida mortal a un hombre mortal.

En el altar se realiza el sacrificio de la vida mortal y la oblación de Aquél que es la "Vida" y que quiere darla a los hombres.

Si aun no sabemos bien lo que es una Misa, pidamos al Espíritu Santo que nos lo descubra, – y escuchemos con docilidad sus enseñanzas.

No despreciemos, ni profanemos los dones de Dios.

¡Señor mío, y Dios mío! ¡Sacerdote–Hostia! Si yo no comprendo vuestros misterios, creo en ellos. Creo en vuestro Amor Misericordioso, que a cada paso se me revela, aunque continúe siendo para mí un abismo, cuya profundidad no podre nunca sondear, pero en el cual debo perderme, anonadarme, si quiero participar en él.

Mi Dios, mi Jesús, es Sacerdote-Hostia, y quiere que yo también sea Sacerdote-Hostia con Él, Sacerdote-Hostia ofreciéndome, no solamente yo mismo, pobre y miserable como soy, sino ofreciéndole igualmente a Él conmigo. Quiere que todo lo que Él mismo hace, lo haga yo también con Él y en Él.

¡Qué carácter sobrenatural dará a todos los actos de mi vida esta consideración ante toda privación o sufrimiento! – Ese será el momento de la

unión; unir mi sacrificio con el divino Sacrificio que se está celebrando en este instante en cualquier rincón de la tierra. Esa es la única gota del Cáliz que me presenta el Amor… ¿Me negaré yo a humedecer con ella mis labios?

¿Cómo podría entonces decir yo: me uno a Vos… –vida por vida?–…

¡Divino cambio!; Jesús da su vida a quien le sacrifica la suya; y en esto consiste su gloria, su dicha; –cuanto más da, más puede dar… y más se aumenta su gloria accidental.

¡Oh, Rey de Amor, Sacerdote–Hostia!, ¿quién como Vos? Hacednos también a nosotros Sacerdotes–Hostias en Vos y con Vos. ¡Que nuestra vida no sea más que una perpetua y amorosa oblación!

En Él seremos Sacerdotes y Reyes por toda la eternidad.

Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, yo os ofrezco a Jesús, vuestro Hijo muy amado, y me ofrezco a mí mismo en Él, con Él, y por Él, a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas.

## DIA SIETE

### Respuesta al Rey de Amor: La sagrada Comunión

¿Qué haremos para corresponder al Amor de nuestro Divino Rey?

Jesús mismo se lo comunica a su querida confidente, Santa Margarita María: "Comulgar cuántas veces se lo permitiese la obediencia, y particularmente, todos los primeros Viernes de mes".

La Sagrada Comunión es, en efecto, la base de la vida de amor. Este misterio constituye la invención por excelencia del Amor, – asombra al corazón que no sabe amar, – pero lo comprende muy bien el corazón que ama; pues siente que sólo la Comunión podía contener a la vez, el Corazón de Dios… el Corazón de Jesús, – y a su propio corazón. El alma que de veras ama, comprende que un Dios Omnipotente, infinitamente sabio y todo Amor, no podía contentarse con permanecer al lado del objeto amado, – y que la invención de este medio de unión, – medio de penetrar en su criatura para

asimilarse a ella – (si cabe expresarlo así, apoyándose en aquellas palabras: "¡Vivo! Mas ya no soy yo; sino Jesucristo en mí."); y transformarla en Sí, es acto propio y natural del Amor. Porque sabe muy bien esta alma, que aun cuando hubiera recibido las gracias más particulares, y las comunicaciones más íntimas, no se saciaría su corazón, si permanecía detenida al lado del objeto amado, por cerca que estuviese… y aun cuando fuese admitida, como San Juan, a reclinar su cabeza sobre el pecho de su Maestro… ¡Oh, no! Todo eso no sería bastante; no llegaría a satisfacer su corazón, que no descansaría, hasta que no encontrase medio de penetrar dentro del Corazón de su Amado para fundirse con Él… hacerse uno solo con Él, viviendo en Él, como su amado en ella…

Y siendo Jesús mismo el que infunde esos deseos en el corazón de su criatura ¿podía dejar de realizarlos?...

El mismo nos dijo en su Oración sacerdotal, después de la última Cena en aquel discurso de su despedida, y de sus íntimas y últimas confidencias, antes de su Pasión de Amor; en aquella sublime oración que hace en voz alta, para mejor descubrir a sus Apóstoles el fondo de su alma: *"Yo estoy en ellos y Vos en Mí, a fin de que queden consumados en la unidad".*

El Padre está en Jesús… y Jesús en nosotros, a fin de que seamos consumados en la unidad, por el Espíritu Santo, que es el lazo de unión, el nudo sagrado que nos une a todos en Jesús, y nos consuma en Él; el centro, el lugar que nos atrae y a donde convergemos… Espíritu de Jesús que mora en el interior de nuestra alma… centro donde también encontramos al Padre y su Amor.

¡Oh, si supiéramos comprender lo que es una Comunión! En ella nos da el Padre a su Hijo muy Amado, que se ha entregado por nosotros y se da a Sí mismo, con su Santo Espíritu. Este Espíritu Consolador enviado por el Hijo y el Padre, se da a nosotros por el Hijo… por la sustancia del Hijo y por la voluntad del Padre, para hacernos vivir su vida divina, vida de Amor, que es la vida del Hijo y la del Padre, puesto que el Hijo tiene la misma vida que el Padre.

He aquí lo que produce en nosotros la Comunión; nos trae a Aquél que se ha llamado la "Vida"… y que es la Vida… Vida de amor; Vida que cada vez que la recibimos fortalece nuestra debilidad, repara las imperfecciones de la víspera, restaura el alma, devolviéndole su salud, su vigor, la plenitud de su vida, aumentándosela cada vez más, pues la Comunión bien hecha, agranda la capacidad del alma, de tal suerte, que recibiendo diariamente la plenitud de su capacidad, la ve crecer incesantemente a medida que ésta se ensancha y se dilata…

Pero debe advertirse que los efectos maravillosos de la Comunión se producen de dos distintas maneras; – unos son propios del Sacramento – y otros dependen de las disposiciones del alma.

Toda alma en estado de gracia recibe, al comulgar, por la presencia de Jesús en este Sacramento y por su contacto íntimo con la Santa Humanidad, inseparable de la Divinidad, un acrecentamiento de gracia habitual o santificante. – Jesús no puede pasar por parte alguna, sin dejar las huellas y el resplandor de su presencia; como en los días de su vida mortal, *"pasa haciendo bien"*.

Si el paso de algún Santo deja una impresión, un perfume de santidad, una unción que desliga el alma de la materia para elevarla más fácilmente a Dios, ¡con cuánta mayor razón operará en el alma, el paso de Aquél que es la santidad misma y la unción de los Santos, al penetrar tan íntimamente en ella!

El segundo efecto, es el que depende de las disposiciones del alma; porque, como fácilmente se comprende, cuanto más apta es ésta para recibir las efusiones de la vida divina, de la Vida de Amor, más abundantemente las recibe.

Cuanto mayor es su capacidad, y más profundo el vacío que en ella se hace, – vacío de todo lo que no es Dios, vacío, sobre todo, del amor propio, mejor preparada estará el alma para recibirle…

Cuanto más aspire la vida de Amor en la Comunión, y cuanto más abiertos estén todos sus poros, – y más pura y purificada esté por el Amor y más accesible a la gracia, – fácil a dejarse penetrar por ella, y dócil a sus

movimientos, mejor dispuesta estará el alma, para *recibir*, y con tanta más abundancia y profusión recibirá la vida divina que Jesús viene a traerle.

Dos son pues, las disposiciones o preparación que requiere la Comunión; la remota y la próxima; aquella debe hacerse desde la víspera, con aspiraciones de amor a la Sagrada Eucaristía, con deseos ardientes… gratitud, alegría y reverencia, dice San Francisco de Sales, ante la dicha de recibir a nuestro dulcísimo Salvador, – ¡de ser admitida a participar de tan señalado favor!

¡Oh, con cuanta anticipación deberíamos excitar en nuestras almas estos sentimientos, para mejor prepararnos a la Comunión!

Si estos sentimientos están profundamente arraigados en el alma, ¡con qué ardor y frecuencia se sentirá impulsada a hacer la Comunión espiritual, sin que sea necesario advertírselo! – Porque al considerar este inmenso favor de poder comulgar al día siguiente, el alma no puede contenerse ya, y se lanza al encuentro de su Amado… pues es para ella un martirio esa espera, que sólo puede dulcificarse con la Comunión espiritual, que puede hacerla en todos los momentos del día y cuantas veces quiera, puesto que en todo instante se celebra alguna Misa donde Jesús se ofrece.

¡Qué ansias de comulgar en todas las almas de Amor, especialmente cada vez que un sacerdote la toma en sus manos, para dar la Sagrada Comunión a los fieles…!

¡Como desearían vaciar todos los Copones del mundo, comulgando por todas las almas a quienes Jesús hubiera podido darse y que no han venido a buscarle!... ¡Su corazón se deshace de dolor (con un dolor tanto más intenso cuanto mejor conoce el ansia del Corazón de Jesús, y cuando más atraída se siente hacia la Comunión), al ver a Jesús, obligado a encerrarse de nuevo en su Sagrario, porque no ha encontrado almas a quien darse!

Si el deseo del Rey de Amor, es que las almas comulguen… el de un alma de Amor es, ciertamente, el de recibir a su Rey… en la Sagrada Comunión.

En los momentos en que el Jansenismo se hacía sentir más, en el siglo XVII, Jesús, en su sabiduría, expresa su voluntad a Santa Margarita María, de modo que penetre suavemente los corazones, sin ofuscar las inteligencias: "Comulga con toda la frecuencia que tus superiores te lo permitan".

¡Qué condescendencia tan admirable del Rey de los Cielos, sujetarse, Él… el Rey, a aquellos a quienes ha investido de su autoridad, y cuyos derechos respeta, aun siéndolos conferidos por Él… Pero no se oculta el deseo del Rey; que se comulgue con la mayor frecuencia posible… Y como sabe que Margarita no podrá lograr la gracia de comulgar diariamente, le señala al menos el Viernes, –el día de Amor y de sufrimiento–, y entre los Viernes, escoge el primero, en el que ha de consagrarle las primicias del mes; pero ¿quién no ve ahí expresado el deseo del Corazón de Jesús, de que todos aquellos que no estén sujetos a la obediencia, santifiquen por medio de la Comunión, todos los Viernes del mes, – proporcionándole este gozo; el gozo de darse y de ser recibido, – el gozo de llevar la vida de Amor al alma, en el día en que hizo el sacrificio de su vida mortal, por conseguirle la Vida Eterna.

Pero, ¿le bastará a un alma de Amor, comulgar todos los Viernes?... No se sacia sino haciéndolo todos los días, y no pudiendo aumentar más aún el número de Comuniones Sacramentales, comulga espiritualmente cada hora, en todos los instantes del día, recibiendo al Amor, por amor, – y con amor, – suplicando a la Reina del Amor, que prepare sus almas con las disposiciones necesarias para recibir la mayor efusión de vida de Amor.

Y comulga por todos aquellos que no saben, que no quieren recibir al Amor en la Comunión, – por todos los que no pueden hacerlo sacramentalmente, y que ignoran que en secreto, sin que nadie lo vea ni nadie pueda impedírselo, puedan recibir al Amor, cuantas veces lo deseen espiritualmente.

*Comunión espiritual:*

¡Jesús! Sacerdote–Hostia, que me habéis amado hasta la Cruz, y hasta la Eucaristía. Me ofrezco a Vos, – Tengo hambre de Vos. – ¡Me uno a Vos!

(Suplicar a la Santísima Virgen, que nos preste sus disposiciones, – aspirar el Amor y la Vida… comulgando en todas las Hostias del mundo

entero, particularmente en aquellas en que Jesús recibe mayores decepciones, – sacrilegios, – indiferencias, – negativas de ser recibido).

¡Oh, Jesús, Hijo muy amado del Padre, que estáis en mí, por vuestro Divino Espíritu, yo creo en Vos, yo os adoro, os amo, os doy gracias, en nombre de todas las criaturas. – Poseedme, transformadme, y hacedme Amor Misericordioso como Vos.

## DIA OCTAVO

### Cómo nos uniremos a la tristeza de Jesús

Jesús señala a Santa Margarita María el ejercicio de la Hora Santa, como segundo medio para reparar la ingratitud de los hombres. *"Entre once y doce de la noche que separa el Jueves del Viernes, y en memoria de la tristeza mortal, que experimenté en el Huerto de los Olivos, te postrarás con el rostro en tierra, implorando la misericordia divina a favor de los pecadores, y consolándome en la amargura que me causó el abandono de mis Apóstoles."*

En estas palabras de nuestro Rey de Amor, encontramos indicadas tres disposiciones: primeramente; la prosternación en memoria en memoria de la tristeza mortal de nuestro Adorable Redentor. – Después, la misión y conformidad a las disposiciones dolorosas del Corazón de Jesús – ¡a los sufrimientos de su Corazón! … ¡es todo Amor… ama… tiene necesidad de amar...! necesita almas que se dejen amar y que quieran corresponderle a su vez amándole siquiera un poco…

¿Quién será capaz de comprender jamás la inmensa tristeza de un Dios–Hombre, que vino a la tierra para salvar a las almas, mientras ellas se obstinan en perderse?

Vino a traer fuego de amor a la tierra, y los corazones no quieren abrasarse al contacto de ese divino fuego.

¡Qué mortal tristeza no sentiría el Corazón de Jesús, al ver huir a sus criaturas a medida que Él se acerca a ellas, deseoso de abrazarlas, para

desahogar su Corazón, ansioso de prodigarles toda clase de bienes y no encontrando sobre quién derramarlos!

Sólo el corazón que ama, puede comprender los sufrimientos del amor; cuanto más se ama, más se saben apreciar; y de ellos, el más inconcebible es la ingratitud.

Quienquiera que los haya experimentado, podrá formarse ligerísima idea de la tristeza mortal del Corazón de Jesús.

¡Cuán grande y profunda debe de haber sido, para que el Divino paciente pueda llamarla "tristeza mortal"! Tan aguda fue, en efecto, que le hubiera causado la muerte, si la voluntad del Padre no le hubiese sostenido para que pudiese llegar a la consumación del sacrificio de la Cruz, en el trono real de su Amor.

Su Corazón traspasado busca corazones que le comprendan, corazones amigos… Se vuelve hacia los que ha colmado de beneficios, sanado de sus enfermedades físicas o morales, a los que ha honrado con su confianza y su intimidad… y exclama con amarga aflicción: – *"¡Busqué quien me consolase y no le hallé!..."*

¿No se nos escapa el corazón del pecho, al oír estas palabras?... y, sin embargo, Jesús no encontró a nadie que compadeciese sus dolores…

En adelante no será así ¡Jesús mío!; entre las innumerables almas de Amor a Vos consagradas, hallaréis corazones fieles, accesibles a vuestros dolores y abiertos a vuestro Amor.

Desde ahora no quiero ocuparme de otros dolores, ni de otras tristezas que las vuestras. ¿Cómo me atrevería yo a preocuparme de lo que yo pueda sufrir, viéndoos a Vos reducido a tal extremo, por mi amor (por amor a vuestra criatura? Sería yo entonces como un niño que se estuviera preocupando por una ligera cortadura de un dedo, y queriendo tener a todos a su alrededor, ocupándose de él, mientras su padre estaba en la agonía.

Jesús, como Dios-Hombre, en su agonía todo lo tenía presente; veía todas las almas que en el transcurso de los tiempos vendrían a aliviar su dolor,

haciendo, cerca del Sagrario, el oficio de ángeles consoladores. Me veía a mí, tan pequeño y tan pobre…, con la medida de compasión y de amor con que acudiría a consolarle en sus tristezas.

Y como nada hay en el mundo que más se incline a la compasión como la propia existencia del dolor, Jesús veía entre sus Ángeles consoladores, esas almas predilectas suyas, de corazón más delicado y tierno, fuertes en las pruebas, que practican en grado heroico esa hermosa lección… la lección de Amor Misericordioso de su Divino Corazón.

Jesús está triste, tiene el corazón anegado en amargura; pero ama –ama hasta sus propios verdugos–, y hasta parece que cuanto más le hacen sufrir, más bueno y misericordioso se muestra…

¡Oh!, ¡qué amoroso llamamiento el de Jesús, invitándonos a las almas desoladas y tristes a acudir a Él cuando nos dice!: *"Venid a Mí todos los que sufrís y padecéis que yo os consolaré"...* Si Yo pasé tanta tristeza fue por vosotros – para santificar vuestras tristezas, para mereceros la gracia de santificarlas. En medio de mi tristeza Yo os veía… y me unía a vosotros; haced ahora lo mismo vosotros en las vuestras; miradme y uníos a Mí; y juntos nos consolaremos y nos comprenderemos muy bien –; pero Yo beberé la parte más amarga del cáliz, no dejándoos gustar a vosotros más que unas gotitas para concederos la gracia y el honor de que después de Mí acerquéis vosotros vuestros labios.

Uno de los mayores sufrimientos de la agonía de Jesús, fue ver los sufrimientos de los suyos, sus amigos más queridos… y si hubiese sido la voluntad de su Padre, ¡con cuánto amor hubiera cargado sobre todos sus sufrimientos los de toda la humanidad entera, con tal de librar al hombre de ellos! Pero veía la gloria que procurarían al Padre, el amor de preferencia cuando sufre, los méritos que tiene el alma guiada por la fe, y la semejanza que con Él adquiriría.

Nadie podrá comprender jamás las vibraciones de Amor y de dolor del Corazón de Jesús, de nuestro Rey de Amor; su tristeza viendo sufrir y su sufrimiento al aceptar los sufrimientos de las almas fieles, miembros suyos que le están tan íntimamente unidos.

¡Oh, Jesús!, Amor Misericordioso, que tanto habéis sufrido por mis sufrimientos, yo me uno a Vos.

¡Oh, Jesús!, que os unisteis a mí en vuestras amarguras, yo me uno a Vos.

¡Oh, Jesús!, que tuvisteis presentes a todas las criaturas en vuestras tristezas, yo me uno a ellas y a Vos.

Haced, Jesús mío, que mis tristezas sólo sirvan para hacerme pensar en las vuestras, y que olvidando las mías, sólo sepa ocuparme de compartir las vuestras, implorando vuestra misericordia y la de vuestro Padre, a favor de aquellos que os la ocasionan, y consolándoos, con mi amor, de la amargura que sentisteis por el abandono de vuestros Apóstoles.

¿Qué son mis penas comparadas con las vuestras?

¡Oh, Jesús!, quiero pasar mi vida procurándoos consuelos y alegrías, y sean los que fueren mis sufrimientos personales, olvidarme de ellos, para consolaros a Vos en los vuestros y consolar a mis hermanos que padecen, puesto que sus sufrimientos decís que los sentís como propios…

He de poner mi mayor empeño en consolar a las almas afligidas.

Jesús Rey de Amor y de dolor, os consolaremos si consolamos a los que sufren.

María, ¡Madre mía querida! Comprendo el singular atractivo que tiene para Vos este dulce oficio… Jesús, vuestro Divino Hijo, ha dicho, que mirará como hecho a Él mismo lo que hagamos a cualquiera de sus pequeñuelos.

Consolamos, pues, a Jesús, cuando enjugamos algunas lágrimas, cuando esparcimos un poco de alegría, cuando dilatamos un corazón oprimido; con una palabra bondadosa, con una sonrisa agradable, o con una benévola disculpa. ¡Qué poco cuestan, y cuánto valor tienen ante Dios estas pequeñeces!...

¡Oh, María, Madre nuestra, enseñadnos a olvidarnos constantemente de nosotros mismos, para consolar a Jesús como Vos!

DIA NOVENO

## Súplica de los pecadores

Dispuesta ya así el alma a la unión con la tristeza de un Dios-Hombre, tristeza causada por su criatura, y comprendiendo la enormidad del pecado, la monstruosa injusticia que por éste comete y el hurto odioso y sacrílego que voluntariamente hace con él a la gloria de su Dios, participa en cierto modo de los sentimientos del Amor Misericordioso, de la caridad del Corazón de Jesús, e implora la Misericordia divina a favor de los pecadores.

Y ¡qué magnífica lección es ésta, para aquellos que permanecen indiferentes, a Dios y a los pecados de nuestros semejantes!

Algunos, en efecto, miran el pecado con la mayor indiferencia. – ¿Será posible que puedan permanecer insensibles?... Desconocen lo que es *Dios…* lo que es *criatura…* y lo que es el pecado de la criatura contra Dios.

¡Compasión y lástima inspiran esas personas, ya que dan pruebas de que les falta corazón o inteligencia, mostrándose empedernidos y ciegos!

Si tenemos la desgracia de contarnos entre ellos, humillémonos y procuremos mover nuestros corazones a sentimientos de amor, porque el amor sólo, es el que puede darnos luz, fuerza y vigor, para salir de nuestra lamentable indiferencia y flojedad, y nos hará practicar actos llenos de vida.

Otros hay, por el contrario, que son extremadamente celosos de la gloria de Dios, que llevados de recta intención se indignan instintivamente en presencia de una injusticia; y los ultrajes y desacatos que se hacen a Dios, provocan en ellos el celo impetuoso de Santiago y Juan, quienes pedían que bajara fuego del cielo sobre aquellos que se resistían al Divino Maestro: *"Vosotros no sabéis qué espíritu os mueve",* les contestó Jesús, dándoles a entender así que deben revestirse de su espíritu de amor y compasión, manifestada en estas palabras: *"El Hijo del Hombre no ha venido a perder las almas, sino que a salvarlas".*

Y si Jesús mi Salvador soporta con tanta mansedumbre y paciencia al pecador, tratando de atraerle por la suavidad y el Amor ¿no sabré yo tolerarle

con mansedumbre y Jesús arde en deseos de restablecer el orden, pero sabe esperar… porque es Eterno.

Sabe esperar, porque late en su pecho un corazón de Padre, de Salvador, de Amigo. Un corazón de Creador que ama tiernamente a su criatura, que la ama a pesar de sus ingratitudes. – ¿Qué artista no ama a su obra, y pone todo su empeño en repararla, cuando sufre algún desperfecto? El Corazón de Jesús, este Corazón de Nuestro Rey de amor, es todo Misericordia ¡se ha entregado a la *mísera* criatura!

Por otra parte, Jesús conoce y ve la magnitud del daño cometido… es la justicia misma y la eterna verdad. Su celo por la gloria del Padre le hace buscar y hallar medio de satisfacer todos los derechos de sus perfecciones infinitas; del tribunal de la Justicia, apela al de la Misericordia; a fin de que ésta aplaque a aquella justamente irritada; ¡qué lucha tan misteriosa y adorable! Lucha divina… la que se entabla. – Pero su palabra es terminante y precisa: Nuestro Divino Salvador, no vino a la tierra a perder las almas, sino a salvarlas; solamente la Misericordia podía hallar el magnífico y eficaz medio de conciliar todas las cosas –. Y esta Misericordia no se contenta con satisfacer por el pecador, sino que le devuelve sus derechos y hace que la gracia sobreabunde, allí donde ha abundado el pecado.

El alma celosa y fiel, que quiere responder a los deseos del Corazón de Jesús, implora también de continuo la Misericordia Divina a favor de los pecadores.

Esto es lo que hace constantemente también María, nuestra buena Madre, Reina del Cielo, tan justamente llamada Madre de Misericordia, refugio de los pecadores.

Cuanto más unida a Jesús está el alma, y más participa de las disposiciones de su amantísimo Corazón, más tierna e intensa será su compasión hacia los desgraciados que viven apartados de Jesús. Y como mientras permanezcan sobre la tierra, pueden esas almas volverse algún día hacia Dios y obtener su perdón y la vida eterna, aquellos que verdaderamente le aman y conocen los insaciables deseos que tiene Jesús de salvar las almas y de que le pidamos por ellas, se deshacen en oraciones y súplicas multiplicando

así las ocasiones de llevar alegrías al Corazón de su Dios, a fin de que se dilate y broten de Él con mayor abundancia las efusiones de su Amor Misericordioso.

Estas almas tendrán, por tanto, parte en la obra de la Redención, pues ayudan a Jesús a salvar a sus hermanos, y de este modo extienden y aumentan considerablemente el Reino de Dios.

¡Oh, si supiésemos comprender lo que significa: *ayudar a Jesús a reinar en un alma!...* lo que es contribuir a conquistar un alma para su Reino… Un alma vale más que todo el universo, más que todo lo que existe en el mundo inferior al hombre; porque el hombre es libre; Dios le ha hecho libre, para poder recibir de él un homenaje voluntario; homenaje con el cual se contribuye a la gloria accidental del mismo Dios, cada vez que alguna de sus criaturas le proclama por verdadero Rey suyo. Y por el contrario, es un desorden, un agravio, el que el hombre rehuse lo que debe a su Creador y Redentor.

Pero el hombre tiene tan debilitadas sus facultades por el pecado, que no puede ejecutar el bien, sino por una gracia particular de su Dios; por eso tenemos que pedírsela continuamente para nosotros y para nuestros semejantes, implorándola de la Misericordia Divina.

Al considerar, pues, la tristeza de Jesús en el Huerto de los Olivos, no nos olvidemos de suplicar a su Divino Corazón, la Misericordia Infinita, para que su Amor Misericordioso, no sólo perdone, sino que también derrame con profusión sobre los pecadores los dones de su divina gracia, transformándolos hasta convertirlos en Santos, haciendo de ellos vasos de elección.

¡Oh, Rey de Amor Misericordioso, que cifráis vuestra gloria en hacer bien a los que sólo en vuestra bondad esperan!... ¡Apresuraos a realizar todos los deseos de vuestro Corazón, y tened compasión de vuestras pobres criaturas!

Eterno Padre; por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, Vuestro Hijo muy Amado, y me ofrezco a mí mismo en Él, con Él y por Él, a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas.

DIA DECIMO

## Carácter distintivo del Rey de Amor

"He aquí vuestro Rey, que viene a vosotros lleno de dulzura, montado en una jumenta con su asnillo".

Vamos a estudiar cuál es el carácter de nuestro Dios, que se hizo Hombre, para manifestaros en su Humanidad lo que Él es.

¡Cómo no sentirnos confusos al considerarnos, oh, Señor, en ese día, en el más espléndido triunfo de cuantos tuvisteis durante vuestra vida mortal en la tierra! ¡Triunfo en que se celebraban vuestras excelencias y vuestra misión: "Hijo de David, Enviado del Señor"! ... Pero ¡qué triunfo es éste!... ¡y qué diferente de las glorias humanas!...

No se ven allí tapices ni arcos triunfales, ni músicas ni carrozas… ni heraldos ni corte suntuosa; – y, sin embargo, allí está verdaderamente el Rey del cielo y de la tierra, el poseedor del Reino de Dios.

Vuestra corte celestial es invisible, pero miles de Ángeles cantan seguramente vuestras alabanzas, aunque nosotros no las oigamos.

Pero aquí abajo, para rodearos, para formar el grupo de vuestros íntimos amigos, como señores y familiares, como ministros de vuestra corte, no vemos más que a doce pobres pescadores, pobres e ignorantes, –como cabalgadura, no tenéis más que la de los pobres: una jumenta, seguida de su asnillo, – y por todo cortejo, la muchedumbre compuesta de gentes sencillas y humildes, de niños que cantan y os alaban aclamando y confesando vuestro Santo Nombre:

"¡Hosanna al Hijo de David!

¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!"…

También fueron unos humildes pastores los primeros llamados a la Cueva de Belén, para adorar a Jesús; el pueblo y los niños son también los que más tarde os aclaman, en ese único día de triunfo que habéis tenido sobre la tierra.

¡Qué ejemplo de humildad nos disteis en todo esto, oh, Jesús mío!... ¡Qué claramente nos demostrabais el carácter que debe distinguir a todos los vuestros!

Los preferidos de vuestro Corazón son los humildes, los pequeños; ellos son los heraldos, los confesores de vuestra fe, – ¿Y buscaremos nosotros todavía los honores y el apoyo de los grandes? – ¿Sería esto conformarse con Jesucristo?

¡Oh, Divino Rey! Ya que iluminái mi alma en estos momentos, con verdadera luz divina, no permitáis que me gloríe yo jamás, sino de lo que pueda hacerme semejante a Vos.

¡Ya he comprendido lo que desea Jesús… y cuál es la debilidad de su Corazón!... ¡su amor a los pequeñuelos!...

Su Reino no se parece al de los grandes de la tierra, llenos de esplendor, de honores y fastuosidades: – su Reino es un Reino de paz.

Es un Rey, todo dulzura y humildad.

– Escogió al animal más despreciable por cabalgadura.

– Pero ¡qué maravilla!; las ramas de los árboles y las pobres vestiduras de sus amigos forman el tapiz que ha de pisar. – ¿A quién se le hizo semejante agasajo?

En esta sencillez se muestra a nosotros el Dios Santo y temible del Sinaí, el dueño y Señor que manda a los rayos y a los truenos… Si la majestad impone y retrae, – ¡qué atractivo no tiene la confianza y la dulzura!... ¿Quién podrá tener miedo de acercarse a Él?...

¡Oh, Rey de Amor, qué necesidad tan grande tenía yo de conoceros! Porque aunque os vislumbraba como a Dios vivo, Santo y Grande, es tal la pequeñez de mi inteligencia, que me dejaba muy a distancia de la realidad; ¡no podía yo saber todo lo dulce, lo bueno, lo humilde y misericordioso que sois!... no podía comprender lo que sois: *Vos* ¡el Emmanuel accesible a todos! "¡Dios con nosotros!".

¡Oh, Señor, ciertamente, nadie os conoce, y porque no os conocen no os aman… u os aman tan poco… casi nada!

– He aquí a nuestro Rey, cabalgando sobre una jumenta con su asnillo, aclamado por la multitud y por los niños. – Si tal es el Rey ¿cómo debemos ser nosotros, puesto que estamos tan por bajo de Él?

– Lo que me parecía un misterio, ahora se me revela… Buscáis siempre en la tierra a los sencillos… a los pequeños e ignorantes; sobre ellos reposa vuestro Santo Espíritu; por eso constituyen vuestra corte y ellos son los que os conocen y os alaban: "De la boca de los niños y de los que están en la lactancia, habéis recibido la alabanza perfecta".

Ya no me asombra la correspondencia que encuentran los hijos del Amor por la senda de la confianza y de la sencillez infantil, y los obstáculos que por el contrario encontrarán siempre en ella los grandes según el mundo.

Vos habéis dicho ¡oh, Jesús! a los que llamáis vuestros hermanos, que para encontrar el verdadero descanso en la tierra, aprendiesen de Vos, que sois manso y humilde de Corazón… Gran lección que de Vos hemos recibido. – ¿Me atreveré, pues, ya desde ahora a alzar la voz… a tener altanerías… a buscar alguna distinción, honor, ostentación o preferencia?... Si soy discípulo de Jesús, debo recordar constantemente que *"el discípulo no debe ser más que su Maestro".* Así lo dijo Él.

Debo, pues, tener siempre la más completa sumisión a Jesucristo; y si quiero formar parte de sus amigos más queridos, de sus escogidos, me colocaré siempre entre los pequeños y sencillos.

¡Oh, ruindad del orgullo humano, cuya locura empiezo ya a comprender!... Adoro, ¡oh Dios mío!, ese designio tuyo sagrado, que hoy me lleva hacia Ti, dándome luz para transformar mis procederes y mi existencia toda; pues quiero ser de los vuestros ¡oh, Jesús mío!

¡Oh, Salvador mío, de quien se ha dicho: *"No discutirá, – no gritará, – su voz no será oída en las plazas públicas, – no acabará de quebrar el junco quebrado, – y no extinguirá la mecha que todavía humea"!…*

¿Me atrevería yo, vuestro humildísimo siervo, a hacer lo que no hace mi Maestro adorado, mi Señor y mi Dios, sabiendo que tampoco quiere que yo lo haga?

¡Ah! Me reconozco clasificado entre aquellos Apóstoles que, indignados por la mala acogida que se hacía a Jesús, querían que bajase fuego del cielo, que castigase y consumiese a los que le negaron la hospitalidad, – y a los que contestó Jesús: *"No conocéis el espíritu que os anima: el Hijo del Hombre no ha venido a condenar, sino a salvar a las almas".*

Verdaderamente, no había yo aún conocido vuestro espíritu ¡oh, Jesús mío! ¡Cuántas veces no me ha engañado el ardor mismo de mi celo, irreflexivo y ligero, en el trato con mis semejantes! En mis palabras, mis maneras y mis procederes me he dejado llevar de la dureza y la intransigencia, – en vez de emplear como Vos, ¡oh, Divino Maestro!, las armas de la mansedumbre y de la dulzura, – olvidándome de que Vos habéis dicho, que los mansos de corazón poseerán la tierra. Para conquistárosla y entregárosla yo he querido poseerla y hacerme dueño de los corazones de los hombres; pero para hacerlo, me he apartado de vuestras sabias lecciones y tal vez he procedido yo peor que aquél a quien yo quería traer al buen camino.

Quiero desde ahora conducirme como fiel discípulo vuestro, conformándome con vuestra divina escuela, y viniendo a aprender en ella, recogiendo cada una de las palabras de vuestro Evangelio, como palabra de vida y de amor, luz y fuerza para instruirme y transformarme. No había comprendido yo hasta ahora vuestras lecciones de dulzura y humildad, rigiéndome sólo por las de los hombres; había oído vuestras palabras, pero aun no había recibido luz para comprenderlas. – De ahora en adelante os miraré, os escucharé, os abriré mi alma con la sencillez de un niño para recibir de Vos la inteligencia y la verdad.

Recordaré también lo que Vos decíais a los que censuraban a vuestros Apóstoles, por haber comido algunas espigas el día de Sábado:

*"Si comprendieseis el sentido de estas palabras – Yo prefiero LA MISERICORDIA AL SACRIFICIO – jamás hubierais condenado a unos inocentes".*

¡Oh, Señor!, ¿no leísteis un día en la Sinagoga el texto de Isaías que dice: *"El Espíritu del Señor está en mí. – Por eso me ha señalado con su unción. – Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a sanar a los enfermos…, a consolar a los afligidos…, devolver la vista a los ciegos…, libertar a los oprimidos y publicar el Año de las Misericordias del Señor"...* y después de explicar este texto ¿no añadisteis que aquello se había realizado ya, en Vos, aquel mismo día?... Vuestro Amor Misericordioso, ¡oh, Jesús mío!, caracteriza, en efecto, todas las obras de vuestra vida pública, y así lo habéis manifestado ya en torno de vuestro nacimiento.

Con vuestra gracia, ¡oh, Rey de Amor!, renuncio para siempre a mi vida pasada, me consagro a Vos sin reserva. – De ahora en adelante, Vos seréis mi Maestro, mi Rey. Vuestro Evangelio será mi luz suprema… Yo quiero ser ya del número de los dulces y los mansos, y que la misericordia sea mi patrimonio.

Siento gran vergüenza y confusión por la conducta que hasta aquí he seguido, y por la ceguedad con que obraba, hasta en la práctica de las virtudes. Me detenía en lo accesorio, en lo accidental, y descuidaba lo esencial.

¿Qué he hecho, pues, hasta aquí?

– ¡Qué floja y qué débil ha sido mi fe hasta ahora, – y qué poco me he ocupado de imitaros, oh, dulce Jesús mío! ¡No he sido humilde, ni dulce, ni obediente! ¡Mis pocas virtudes, eran virtudes naturales, puramente sensibles!... ¡En qué pocas ocasiones habré sabido yo mostrarme verdaderamente suave, paciente, perdonando generosamente!...

– Cuando he sentido alguna contradicción o se ha desconfiado de mí… o me han ofendido… ¿cuál ha sido mi tolerancia o misericordia?... Todo esto lo exigía yo, sin embargo, de los demás…

Y ¡cuántas veces con mi lengua, por ligereza, imprudencia, malicia o por mi orgulloso deseo de sobresalir sobre los demás, he herido yo quizás la reputación del prójimo, impidiéndole así que hiciese todo el bien que hubiera podido hacer, si yo no le hubiese perjudicado!

Vuestras conquistas, ¡oh, Jesús mío!, han de ser conquistas pacíficas. – Queréis que vuestros soldados sean, al mismo tiempo, mansos e invictos, que se asemejen a Vos. ¡Oh, Divino Maestro!, hasta la Muerte; muerte cual vuestra vida, toda de humildad y anonadamiento; entre oprobios, dolores, silencio, caridad, indulgencia y dulzura.

Habiendo siempre huido de las honras, sólo una vez aceptasteis el triunfo de vuestra Realeza, proclamada por los niños y las almas sencillas; pero después, sobre el patíbulo se fijará este título, como causa de vuestros tormentos y consecuencia de la afirmación que Vos hicisteis, forzado por vuestros hijos.

Sí, Jesús mío, Vos sois Nuestro Rey de Amor Misericordioso. – y lo seréis para siempre en la tierra y en los cielos.

¡Padre Santo! Hace muchos siglos que vuestro Hijo vino a establecer vuestro Reino, y hasta ahora no ha recibido de los suyos más que ultrajes, ingratitudes y ofensas. ¿No vais a vengar al fin su Amor inmenso?... Bastaría una sola palabra vuestra… ¿No la pronunciaréis?

Jesús dijo, que vuestra gloria está en hacer todo lo que os pidiesen en su Nombre…

– ¡Su gloria, es lo que pedimos, Señor! ¡Que sea conocido y amado!... ¡Que sea proclamado en todo lugar, Amor Misericordioso y Bueno…!

¡El cumplimiento de sus ruegos y promesas es lo que suplicamos!... ¡Que comprendamos al fin el don que nos habéis hecho en Él, que sea conocido el Corazón de Cristo-Jesús, que sea honrado sobre su trono de infamia y de amor, y que en adelante, sea para nosotros la Eucaristía, la presencia reconocida y amada del Rey de Amor, que *vive realmente* allí para nosotros!

¡Qué no separemos ya *su Corazón,* de *la Cruz,* ni de *la Eucaristía!*... ¡y que sea Salvador para todos!...

¡Oh, Jesús, que os habéis elevado ya de la tierra, atraed todo a Vos!... ¡Venid a encender en el mundo el fuego de Vuestro Amor, por medio de vuestro Santo Espíritu!

¡Padre Santo! Glorificad a vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique de nuevo.

¡Oh, Jesús, Rey nuestro, manso y humilde de Corazón, hacednos dulces y humildes como Vos!

## DIA ONCE

### Mandamiento del Rey de Amor

### El distintivo de sus verdaderos discípulos

Todo Rey tiene derecho a establecer leyes y dar órdenes cuya puntual observancia obligan en estricta justicia a todos sus vasallos y súbditos. – Nuestro Rey de Amor ha establecido una Ley, un Mandamiento único, que es todo Amor; por eso se le llama el Mandamiento de Amor.

Este Mandamiento único encierra la práctica de todas las virtudes, y todas las perfecciones están incluidas en él. – Jesús lo dio a sus Apóstoles (y en ellos a todos los suyos), después de la institución de su Sacramento de Amor, – después de haber asegurado su presencia eucarística, perpetua y real, en medio de ellos… – *"Hijitos míos,* dice con el más conmovedor y tierno acento; *un nuevo Mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros".*

Y añade todavía: – *que como Yo os he amado, os améis recíprocamente".*

Y cuántas veces aún, durante aquel admirable discurso que pronunció después de la Cena, volverá Jesús a insistir sobre estas mismas palabras: *"Este es el Mandamiento que os doy, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado". – "Lo que yo ordeno es que os améis los unos a los otros".* Jesús designa además este amor mutuo para "distintivo", por el que han de reconocerse sus verdaderos discípulos: *"Conocerán que sois mis discípulos, por el amor que os tengáis los unos a los otros".* (Joan. 12-35).

¿Es, pues, realmente, ese el distintivo característico de los que hoy día se dicen cristianos? Casi puede afirmarse, que entre los que llevan este glorioso título y frecuentan más la Iglesia y los Sacramentos, entre las personas que se dicen devotas, es donde peor se cumple este punto esencial y fundamental de nuestra Religión.

No nos atreveríamos a tocar con la mano un corporal… trataríamos de evitar con gran cuidado que la menor partícula de polvo cayera sobre él; y en cambio, no tenemos ningún escrúpulo para manchar nuestra lengua (que ha de recibir al día siguiente la Sagrada Forma), con toda clase de murmuraciones y palabras, que descubren las imperfecciones y defectos del prójimo y causan su deshonra y menosprecio.

"De la abundancia del corazón habla la boca", – y puede juzgarse del corazón por las conversaciones… ¡Qué motivo de confusión para nosotros, considerando la conducta que hemos observado hasta aquí!

Aún entre los apóstoles del Rey de Amor, ¡cuántos hay que no observan este mandamiento suyo! ¡Cuántos que anhelan establecer en el mundo su reinado… cuando ni siquiera reina dentro de su corazón!... ¡Cuántos que con su conducta personal contradicen lo que luego aconsejan ellos a los demás!...

¿No son, acaso, en esto, semejantes a los escribas y fariseos, que se ocupaban tanto de purificar exteriormente los vasos sagrados, y hacían constante ostentación de su religión y de su celo, que no se ejercía sino sobre los demás?

Por la caridad del corazón, mide Jesús la calidad de sus amigos; y el más alto grado de esta virtud, y la grandeza de nuestro privilegio, nosotros mismos hemos de adquirirla.

"Los pacíficos, serán llamados hijos de Dios" según dijo el Señor; es decir, aquellos que tienen paz en su corazón y que proporcionan paz a sus semejantes.

Para alentar y mover a la práctica de este Mandamiento, Jesús alega poderosas razones y magníficas promesas; pero también pronuncia terribles amenazas para aquellos que falten a este deber sagrado de la caridad.

*"Si vuestra justicia no fuere más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos",* dijo Jesús, y: *"el que se encoleriza contra su hermano merece ser castigado por los jueces: aquel que diga a su hermano* RACA (necio) *merecerá ser castigado por el consejo; aquel que le dijere loco, merece ser arrojado en la* GEHENNA (infierno de fuego).

¡Con qué cuidado no deberemos evitar todo rencor y cólera!...

– Acordémonos también de las palabras de Jesús acerca del siervo que debía diez mil talentos, y que no habiendo querido perdonar la deuda de su compañero, fue entregado a los ejecutores de la justicia, hasta que hubiese él pagado toda la suya: *"Así os tratará mi Padre celestial, si cada uno de vosotros no perdona de corazón a sus hermanos".*

– Y aquella otra palabra del Señor a aquel que en el momento de presentar su ofrenda en el altar recuerda que su hermano tiene algo contra él: *"que deje allí la ofrenda, para ir a reconciliarse enseguida con el ofendido, volviendo luego a presentar su ofrenda".*

Sí Jesús había insistido tanto durante su vida mortal con el ejercicio de la caridad, ¡con cuánto mayor empeño lo hace en la última Cena, noche de intimidad y despedida hacia sus discípulos, queriendo mover sus corazones con las palabras más tiernas y delicadas!... – Después de haberles dado su mandamiento, – su signo, les hace la promesa de concederles, a su vez, cuanto le pidan; les puntualiza su voluntad, su necesidad: *"si me amáis, guardad mis mandamientos"* (ese mandamiento que acaba de darles: *que se amen).*

Después, para animarlos, les dice: ¡ya veis lo que os pido! Si me amáis… Yo, que tanto os amo, para probaros mi amor, rogaré al Padre, y Él os enviará el Espíritu consolador…

Jesús los anima con una bondad y una solicitud incomparables: les asegura que no los dejará huérfanos ¡qué volverá! Y que entonces conocerán la verdad.

Después insiste de nuevo sobre el cumplimiento de su palabra de Amor: – Como expresión, como prueba de amor que le tengan, les dice: *"El que*

*guarda mis mandamientos, ese es el que me ama".* Como si quisiera decir: "El que ama a su hermano, ese es el que me ama a mí" – Y completa este mandamiento, por último, con una promesa… pero… ¡qué promesa!: *"A aquél que me ame, mi Padre le amará, y Yo me manifestaré a él".*

– Y al preguntarle los discípulos, por qué se manifestaría a ellos y no al mundo, Jesús insiste todavía, diciendo, que *"si alguno le ama guardará sus palabras, su mandato de amor",* y añade: *"Nosotros* (la Santísima Trinidad) *vendremos a él, y haremos en él nuestra morada".*

¡Qué portento de amor! ¡Si nosotros amamos, como Jesús nos ha amado, la Santísima Trinidad – el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo – vendrá a hacer su morada en nosotros; y claramente Jesús termina diciendo: *"Aquel que no me ama, no guarda mis palabras",* dando a entender, que el que no las guarda demuestra que no le ama.

En este admirable discurso de la Cena, Jesús no sabe hablar más que de *su amor,* de sus gracias, de su unión… "La gloria de mi Padre, está en que seáis mis discípulos y deis mucho fruto". Anteriormente acaba de enseñarles, que para dar mucho fruto, era necesario permanecer en Él: *"El que permanezca unido conmigo y Yo con él, dará mucho fruto";* y ahora les indica que el medio de permanecer en su amor consiste en guardar sus mandamientos: *"Si observáis mis preceptos, perseveraréis en mi amor".*

Maravilloso engranaje, que queda resumido en estas palabras: *"Si os amáis los unos a los otros, daréis mucho fruto, y con ellos procuraréis la gloria de mi Padre";* o de este otro modo: *"A los que deseáis procurar la gloria de mi Padre, os indicaré que el medio consiste en llevar mucho fruto: y lo llevaréis, si os amáis los unos a los otros".*

¡Qué poderoso estímulo para el amor… para practicar la caridad!

Luego, insistiendo aún en la explicación de su mandamiento, indica el medio más excelente para probarnos su amor: – *"Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos…".*

– *"Seréis mis amigos, si hacéis lo que yo os mando…"*

¿Cuáles son, pues, los amigos de Jesús?... Los que se aman los unos a los otros… – ¡Un privilegio más!

–Seguidamente Jesús asegura a aquellos a quienes Él ha escogido para amigos (y que, por tanto, se aman mutuamente), que el Padre les concederá *todo* lo que le pidan en su nombre.

–Repetidas veces habla Jesús de su mandamiento de Amor, del amor que debemos tenernos.

He aquí un resumen de sus promesas a los que observan fielmente dicho Mandamiento, imitando su amor hacia nosotros…

1º Los reconocerá por discípulos suyos (llevando su sello).

2º Rogará al Padre y les enviará el Espíritu Consolador.

3º Le conocerán a Él, y estará y permanecerá Él en medio de ellos.

4º No quedarán huérfanos, sino que Jesús vendrá a ellos.

5º El que ama a su prójimo, será amado de su Padre.

6º Jesús le amará también y se manifestará a él.

7º El Padre le amará, y con Él y el Espíritu Santo vendrán a él y harán en él su morada.

8º Permanecerá en el amor de Jesús.

9º Llevará mucho fruto.

10º Procurará la gloria del Padre.

11º Será el amigo predilecto de Jesús.

12º Jesús le hará conocer lo que Él ha recibido de su Padre.

¿No son estos bienes sobremanera excelentes, apetecibles y envidiables… aparte de las promesas que preceden, recogidas en el Evangelio: de que seremos tratados con misericordia; que empleará con nosotros la misma medida con que hubiéramos medido a los demás – que seremos

perdonados en la forma en que nosotros perdonásemos –, de no ser juzgados ni condenados si nosotros no juzgamos ni condenamos a los demás?...

¿Qué más podemos nosotros desear ante estas magníficas promesas? – y ¿dónde podremos encontrar otras, que puedan compararse con éstas, que se han hecho a los que practiquen *la caridad?*

San Pablo, instruido en la escuela del Divino Maestro, nos explica muy bien en qué consiste la verdadera caridad, pues con harta frecuencia se ignora; se toma un fantasma por la realidad; el cuerpo, por el espíritu.

Las buenas obras son útiles, indudablemente, necesarias y meritorias: pero deben ir siempre acompañadas del amor mutuo, recomendado por Jesús.

*–"Aún cuando Yo hablase todas las lenguas de los hombres, las de los ángeles, si no tengo caridad, soy como el bronce del címbalo que resuena; aun cuando tuviera el don de profecía y comprendiese todos los misterios, y poseyera todas las ciencias; y aunque mi fe fuera tan grande que fuese capaz de transportar montañas… si no tengo caridad… ¡no soy nada! Aun cuando distribuyera todos mis bienes para socorrer a los pobres; aunque entregase mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad… de nada me sirve todo esto",* (I Cor. 13). Describe entonces la caridad con palabras breves y precisas.

"La caridad es paciente, benigna, no es desconsiderada ni envidiosa; no busca su propio interés; no se hincha de orgullo; no se irrita, no guarda rencor, ni se goza en la injusticia, sino que se complace en la verdad, lo excusa todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo…" (Ibíd.)

Tal es el espejo donde hemos de mirarnos, examinando atenta y frecuentemente en qué grado poseemos esta hermosa virtud; pues al decir de San Francisco de Sales, hay herejes contra la caridad, como los hay en materia de fe: y el que se negase voluntariamente a reconocer y practicar en un solo punto esta virtud, no podría ser reconocido como discípulo de Jesús.

¿Quiere decir esto que los discípulos de Jesús nada tendrán que sufrir si practican este Mandamiento de Amor? – Lejos de eso, sufrirán, contradicciones y persecuciones; tendrán enemigos: *"Vendrá un tiempo,* dijo

el Señor, *en que hasta creerán hacer una obra agradable a Dios, dándoos la muerte. (Condenándoos y entorpeciendo vuestra obra).*

Por nuestra parte, debemos esforzarnos constantemente por llevar a la práctica las enseñanzas que nos dio el Divino Maestro ¡Tan bueno y Misericordioso! (y que Él fue el primero en practicar): devolviendo bien por mal – rogando por los que nos persiguen –, perdonando las injurias –, amando a nuestros enemigos –, haciendo el bien desinteresadamente, sin esperar retribución ninguna –, no arredrando al que solicita nuestro préstamo –, dejándole también el manto al que quisiera tomar nuestra túnica –, volviendo la mejilla izquierda al que nos hiere en la derecha –, y yendo dos mil pasos con el que quiere obligarnos a andar mil.

Tal es, en síntesis, la gran doctrina de caridad, resumida en estas cortas líneas, y las grandes lecciones de nuestro adorado Maestro el Redentor.

Pidamos para todos cuantos lean estas páginas una nueva luz de gracia y de amor; para enderezarse, si advierten que empezaban a torcerse; o para que se afiancen y fortalezcan, si ya practicaban el bien. Tal sería el reinado de Dios en las almas y en el mundo, reinado que no llegará sino por la fe en Jesucristo y la práctica de la caridad:

Creer firmemente que nos ha amado, y amarnos unos a otros, como Él nos ha amado.

Renovemos este pensamiento y esta determinación cada vez que miremos a un Crucifijo; cada vez que hagamos la señal de la Cruz, verdadera insignia y señal del cristiano y de la caridad, que nos recuerda nuestro carácter y nos distingue con ese sagrado sello; y siempre que asistamos al Santo Sacrificio de la Misa, o que recibamos la Santa Comunión, en que se cimentará y consumará nuestra unión sagrada.

Corazón Sacratísimo de Jesús Soberano, Rey nuestro, yo creo en vuestro amor para conmigo: haced que nos amemos unos a otros, como Vos nos habéis amado.

DIA DOCE

## Últimas palabras de Jesús en la Cruz

## Palabras de Amor

**Iª Palabra:** *Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen*

Si se recogen con todo cuidado las palabras de los moribundos, sobre todo, cuando son éstos, hombres ilustres o seres queridos; si se graba en el corazón el recuerdo de sus últimos actos, de sus últimas disposiciones; si se considera como un deber sagrado el cumplimiento exacto de sus últimas voluntades, – ¡con cuánta mayor razón debe hacerse lo mismo, cuando se trata de Jesús, del Salvador, del Rey de Amor, del Verbo Encarnado, que muere de Amor por nosotros!

¡Cuán poco ilustrada y sólida es la piedad de la mayor parte de los cristianos, aún de las almas piadosas, de las personas consagradas a Dios! Y ¡qué insensata es nuestra conducta! – Andamos afanosos de un lado a otro, buscando la verdad, y nos detenemos en un chorrito de agua en el extremo de los riachuelos… en vez de acudir al manantial divino del Corazón de Jesús, para extraerla con abundancia.

–*"Mi Divino Corazón,* dijo un día Nuestro Señor a Santa Margarita María, *es la gran Escuela, el libro de la vida, donde se contiene la ciencia del Divino Amor".* – En esa Escuela debe, pues, estudiarse, no por medio de imaginaciones, ficciones, o interpretaciones, sino nutriéndose con las palabras mismas de Nuestro Divino Redentor. Recojamos, pues, con amoroso y filial respeto las siete últimas palabras salidas del Corazón de Jesús por sus sacratísimos labios…

–*"De la abundancia del corazón, habla la boca"* –. Palabras divinas, palabras de amor, toda una revelación íntima del Corazón adorable de Jesús, de sus últimas disposiciones, son las últimas palabras de su Corazón, durante su vida mortal, y también modelo adorable que nosotros tenemos que reproducir.

Habituémonos a tratar con toda veneración y respeto cada una de estas palabras: cada una de ellas por sí sola valdría para transformar un alma, para dar la paz al mundo, si el mundo quisiera recibirla.

Porque las palabras de Jesús son gracias que brotan de su Corazón, ofrecidas a las almas, y de las que se aprovechan éstas según la forma y medida con que se reciben y corresponden a este don.

Si todas las palabras de un padre deben ser sagradas para un hijo, con mucha más razón, las que dicta o pronuncia en la hora de la muerte, según hemos dicho ya. – Acudamos, pues, en espíritu junto al Dios-Hombre moribundo, y recibamos su legado en lo más íntimo de nuestro corazón.

Estas siete palabras que pronuncia Jesús desde lo alto de la Cruz, desde su trono de ignominia, son la manifestación clara y precisa de los actos y disposiciones del Amor Misericordioso.

Jesús empieza por esta frase, en forma de súplica: "¡Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen!"

El perdón de las injurias es el primer acto de caridad que el Corazón de Jesús realiza desde lo alto del patíbulo de la Cruz, y el que requiere asimismo de nosotros. – Todos hemos sido y somos perdonados por Él: por tanto nosotros debemos perdonar, como Él nos perdona: y no solamente perdonar con los labios… sino también de corazón… rogando por nuestros enemigos, deseándoles y haciéndoles todo el bien que podamos, – implorando nosotros mismos su perdón; moviendo con oraciones al Amor Misericordioso, hasta conseguir para ellos indulgencia y perdón de nuestro Padre Celestial.

Y todo esto públicamente, de todos los hombres; ya que públicamente con toda la sinceridad de su Corazón quiso Jesús salir a la defensa de aquellos mismos que le hicieron padecer.

Si queremos imitar fielmente a Jesús, debemos ingeniarnos para encontrar excusas en descargo de nuestros propios enemigos; y hasta en los actos más execrables, y aún cuando fuésemos nosotros mismos las víctimas, debemos solicitar su absolución con toda la ternura de nuestra alma…

defendiendo la causa y la honra de los que comprometen y manchan la nuestra.

¡Oh, cuánto se falta a este primer punto de la caridad, aún entre los cristianos y las personas consagradas a Dios! ¡Cuántos que no perdonan ni aman, ni desean el bien a los que han hecho algún perjuicio! Y ¡cuántos que lejos de excusar al prójimo, exteriorizan sus quejas ante los demás, en la presencia del Rey de Amor Misericordioso, sin pensar en la pena que causan a su Adorable Corazón!...

¡Qué pena no experimenta un padre cuando sus hijos vienen con pasión y enfado a indisponerle contra alguno de sus hermanos, aunque sea culpable!... Son muchos, innumerables, los que observan esta misma conducta con sus semejantes, y nadie les indica la falta que cometen, ni la pena que con esto causan al Corazón del más tiernísimo de los padres.

¡Oh, si supieran hasta qué punto ama Dios a sus hijos, a pesar de su miseria, y el gozo que le proporcionan aquellos que, movidos de misericordia, procuran excusar a sus hermanos!... Son los que más consuelo le proporcionan, y en retorno, los colma Él de las ternuras de su Amor; los mira como hijos predilectos, los más amados de su Corazón, y los reconoce como verdaderos amigos.

Examinemos atentamente, si poseemos la virtud de la caridad, con las cualidades que le señala San Pablo, anteriormente indicadas, y hagamos el examen particular sobre ellas.

¡Padre, perdónalos que no saben lo que hacen!

## DIA TRECE

**2ª Palabra:** *"Hoy estarás conmigo en el Paraíso".*

Después del principio fundamental del perdón de las injurias, Jesús nos enseña otra práctica de caridad exterior, que nada vale sin la caridad interior, pero vale mucho cuando va informada por ella: compartir los propios bienes con los pobres…

Jesús comparte su gloria con el buen Ladrón. Todo el pasado lleno de ofensas, queda totalmente perdonado, completamente borrado en un instante. *"Hoy mismo* (le dice) *estarás conmigo en el paraíso."* – ¡Hoy mismo! – ¡sin demora!

–Así debemos nosotros compartir nuestros propios bienes con nuestros hermanos, que se hallan necesitados, cuando están dispuestos a recibirlos.

Pero… ¡Cuánto egoísmo encontramos entre nosotros, aún entre los cristianos!... ¡llegándose algunas veces hasta a comerciar con las necesidades ajenas! – ¡Qué comedidos somos para permitir que los demás disfruten de nuestros bienes!... – queremos que con nosotros sean todos espléndidos, generosos, pero en cambio, siempre nos parece demasiado lo que damos nosotros a los demás.

Cuando poseemos algún bien que estimamos… ¿nos sentimos llevados a participarlo con nuestro prójimo…? – ¿No nos dejamos llevar en muchos casos de cierto egoísmo y de una especie de mezquindad de corazón como si la alegría o la satisfacción, que pudiéramos procurar a los demás, fuese a menguar la nuestra…?

Debemos procurar siempre que la caridad evangélica dirija todas nuestras acciones, porque Jesús nos la enseñó para que aprendamos con su ejemplo…, para enseñarnos que, lejos de mirar con desprecio, o rechazar y alejar de nosotros al culpable, debemos atenderle; temiendo condenar o juzgar a aquel que tal vez esté justificado delante de Jesús, y tal vez merezca oír estas palabras: *"hoy estarás conmigo en el Paraíso".*

– ¿Qué hizo el buen ladrón para merecer semejante seguridad de eterna salvación?: 1º Una protesta de fe. – 2º Un acto de humildad, de sumisión. – 3º Una confesión, reconociendo la santidad de Jesús; y 4º Un acto de confianza ilimitada en el poder de su realeza divina.

1º – *Una protestación de fe: "¿No temes a Dios tampoco tú, que estás condenado al mismo suplicio?"* ¿No era esto *afirmar*, por una parte, que Dios era el dueño soberano, a quien se debe temer; y, por otra, reconocer claramente la divinidad del Crucificado, que sufría en el Calvario el mismo suplicio que ellos?

2º – *Un acto de profunda humildad y sumisión: "En cuanto a nosotros,* añadió, *justamente padecemos, pues recibimos lo que nuestros crímenes han merecido".* Admirable y sincera confesión, que nos descubre hasta que punto su alma había vuelto al orden, entrando en ella la luz de la verdad, conociendo al propio tiempo el juicio equitativo y justísimo de la Sabiduría infinita.

3º – *Una confesión manifiesta de la santidad de Jesús: "Él, ningún mal ha hecho";* palabra sencilla, pero terminante y digna de todo elogio en su concisión… Él ningún mal ha hecho… Él no ha hecho nada mal – luego lo hizo todo bien… –; – luego es condenado siendo inocente… ¡Así atestiguaba, ante el cielo y la tierra, la injusticia de la muerte ignominiosa del Salvador del mundo…!

¡Uno sólo toma la defensa pública del Rey de Amor, y ese es… *un ladrón…!*

– ¿No fue también una maravilla del Amor Misericordioso, escoger para heraldo y como proclamador de su inocencia y de la verdad, para abogado suyo… a un ladrón, sobre el patíbulo –esto es, ¡a la hez de la sociedad!... –, a aquel que había incurrido legítimamente en el menosprecio universal, por sus desórdenes y hazañas vituperables?...

Si nosotros tuviéramos que rehabilitarnos de alguna deshonra, querríamos que nos defendiesen los abogados más notables; buscaríamos protectores de valimiento, personas de influencia y autoridad, y tendríamos a menos la defensa, el parecer y las alabanzas de aquellos que fuesen inferiores a nosotros… o las de aquellos que, cubiertos de nuestro mismo oprobio, casi nos avergonzarían al defendernos, ante el temor que nos alcanzase su infamia ¡Y Él…!

¡Oh, humildad de Jesús!, ¡cómo nos confundes! – Esta escena conmovedora del Calvario, nos descubre una nueva fase de su Amor Misericordioso; no solamente perdona, sino que acepta la defensa, la alabanza y la gloria de boca del último de los hombres, del más vil y miserable…

4º – *Finalmente un acto de confianza en el poder de la Divina Realeza de Jesús:* Ha confesado que Jesús era el Dios Soberano, condenado a su mismo suplicio –ha confesado la justicia de su propio castigo como ladrón, y,

por el contrario, la inocencia de Jesús–; y añade todavía: "¡Señor! ¡Señor! Rey de Amor y de Misericordia… *¡Acuérdate de mí…!"*

Luego, todo no ha terminado para él, ni para Jesús, después de la muerte próxima a llegar ya, dentro de breves instantes – *"¡Acuérdate de mí…!"* y… ¿Cuándo…? *"Cuando hayas llegado a tu Reino"*.

Cree en un reino a donde va Jesús –más allá de la muerte–, y cree que él también lo alcanzará–, cree que en ese reino, Jesús será omnipotente, porque de por sí, es Rey; "en vuestro Reino…" dice.

¡Oh, buen ladrón!, ¡qué dichosa predestinación la tuya!, ¡cuánto más vale ser ladrón penitente y confesor, que ángel rebelde y sublevado; – o escriba que sentencie inicuamente!

¡Qué consuelo se siente! ¡Oh, Rey de misericordia! Al ver que no rechazáis a un hombre, por abyecto y vil que sea… con tal de que se arrepienta y confiese la verdad…, – con tal que venga a Vos con confianza…, no será rechazado. ¡Qué magnífica palabra y qué claramente demostráis que no os dejáis vencer en generosidad!

–"En verdad, te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso." –El que aquella mañana era un ladrón, antes que la noche llega a santo… a escogido, cuyo puesto queda ya asegurado para siempre, en aquel mismo día, por la palabra de la eterna Verdad, en el Reino de la Divina Caridad.

– ¿Quién podrá, pues, desesperar de su salvación ante semejante prodigio del Amor Misericordioso?... ¿Qué personajes del Antiguo Testamento, ni de la Nueva Ley, ha recibido jamás tal promesa pública solemne, auténtica e incontestable de su salvación y de su felicidad?; *¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso!...*

Pero ¡cuán necesario es llevar una vida de fe, de sumisión, de confianza en el Amor Misericordioso del Corazón de Jesús, y que gloria constituirá para Él ese bienaventurado ladrón hasta el fin de los tiempos y por toda la eternidad!

¡Oh, mi adorable Salvador! Si no puedo aspirar a ser uno de esos seres inocentes o angélicos, quiero (puesto que con vuestra gracia lo puedo) llegar a ser vuestra gloria sobre mi cruz de pecador arrepentido, – yo puedo convertirme en confesor y apóstol por mis ejemplos y por lo que Vos dignéis operar en mi alma.

¡Oh, Señor, acordaos de mí en vuestro Reino!

## DIA CATORCE

**3ª Palabra:** *"¡He aquí a tu hijo!... ¡He ahí a tu Madre!"*

Jesús no solamente nos da participación en su Reino, sino que llega hasta a darnos también lo que más ama en el mundo: ¡su Madre, su santa Madre! Nos la da… y nos da a Ella… como para reemplazarle… Y aún sentimos nosotros a veces envidia de nuestros hermanos… como si temiésemos que el afecto o las distinciones que reciben de Dios o de los hombres vayan a disminuir el que se nos debe.

¡Oh, cuán bello, noble, desinteresado, puro y grande es el amor de Jesús! Ese Amor que se olvida de sí mismo, para consolar, para hacer bien, para aliviar, fortalecer y proveer las necesidades ajenas, sin acordarse para nada de sus propios sufrimientos. ¡Qué hermoso modelo tenemos en Él!

Junto a la Cruz de Jesús permanecía su bendita Madre y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, con María Magdalena. – Jesús, al ver a su Madre, y cerca de Ella al Discípulo Amado, le dice: "Mujer, he ahí a tu Hijo".

Sumergida en el dolor, impotente para aliviar a Jesús, pero íntimamente unida al alma de su Hijo, María está allí, adherida a la voluntad del Eterno Padre, ofreciendo su amantísimo Hijo y ofreciéndose Ella misma en Él, con Él y por Él por todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas.

Estaba allí María, Virgen-Sacerdote, Virgen-Hostia… Sacerdote-Hostia…; porque, en efecto, ¿qué es lo que constituye, no el carácter esencial, sino el carácter espiritual del Sacerdote?... Indudablemente la oblación del sacrificio: no de un sacrificio cualquiera, sino del sacrificio ofrecido al mismo

Dios: sacrificio de oración, de reparación, de acción de gracias y de impetración, en nombre de la humanidad entera…

Todos los sacrificios de la antigua Ley no eran más que figura de la Nueva Alianza, sellada en el Calvario con la Sangre del Cordero inmolado por la Salvación, por amor nuestro…

Tanto es así, que podemos clasificar a los Sacerdotes en tres órdenes:

Los de la Ley Antigua, que habían recibido el carácter sacerdotal y ofrecían lo que era símbolo o figura; los Sacerdotes de la Nueva Ley, Sacerdotes de Jesús, que son consagrados por el Sacerdocio del Orden, para ofrecer el Divino Sacrificio y ejercer las funciones del ministerio sagrado, distribuyendo los Sacramentos, haciendo practicar la Ley Divina, y enseñando a las gentes: y finalmente, las almas Sacerdotes, que no teniendo el altísimo honor de haber recibido el carácter sacerdotal, han recibido, sin embargo, su espíritu, de una manera tan admirable, que la vida de esas almas es una perpetua ofrenda de Cristo y de sí mismas en Él, -como María–.

La vida de Cristo ha sido una perpetua inmolación, una perpetua vida de Hostia (Víctima), así lo es también la de María; sacrificio incesante, inmolación perpetua… – Viendo al Rey de Amor pendiente de la Cruz, víctima de los más excesivos tormentos, cubierto de oprobios, se produce en esas almas una transformación en todo su ser; sienten ellas también vivas ansias de sufrir; consideran la humillación como una gracia de la que no son dignas; llegan a estimar lo que el mundo desprecia, y menosprecian lo que él estima, cifrando su gloria en participar de los dolores, repulsas y desprecios de su Rey de Amor Crucificado.

–El amor le ha obligado a hacerse Hostia, – y allí está como verdadera Hostia de propiciación…

*"No habéis querido Hostia ni holocausto: y Yo he dicho: Heme aquí, Padre mío, dispuesto a cumplir tu voluntad".* (Heb. X, 5-7).

Y la voluntad del Padre le ha conducido al Calvario, y ha sido inmolado cual Cordero inocente.

Ese mismo Amor hizo a María *Virgen-Hostia* toda su vida, singularmente en el Calvario; ¡Virgen sacrificada, inmolada a los deseos y a las disposiciones del Eterno Padre! Inmolada a toda vida propia, Virgen anonadada… que vivía, según San Pablo (o más bien San Pablo vivió como María) *"no ya Ella, sino Jesús en Ella",* por su Espíritu de Amor y su vida divina.

Esa vida de Hostia o víctima, esencial a *Jesús-Eucaristía*, es también por imitación, por participación y por sobrenatural realidad, la vida de ciertas almas, que reproducen en sí mismas, de un modo particular, la vida de María; como María reproducía la de Jesús: Hostia desde su Encarnación hasta su consumación en el Calvario, y que perpetúa su estado bajo los velos eucarísticos, donde viene a tomar el nombre de Hostia Santa.

Si María es víctima con Jesús, como Jesús, por Jesús, en unión de Jesús y en Jesús… también es la Virgen Sacerdote según ya hemos visto. – Su vida es toda humildad, todo amor… y la expresión de esta humildad, de este amor, es la ofrenda. Quisiera dar a su Dios, todo lo que se merece… y en su impotencia, toma en sus manos el "Don Divino", (que es su propio Hijo) el Don de Dios, y lo ofrece al Padre…

–Aprendamos, pues, de Ella, a decir nosotros también: *"Padre Santo, os ofrezco a Jesús, vuestro Hijo muy Amado"...* (Ofrezcámosle por medio del Corazón de su Inmaculada Madre).

*"Y me ofrezco yo a mí mismo".* Sí, os ofrezco todo lo que yo soy, lo que tengo – todo lo que me habéis dado, yo os lo presento como homenaje de amor–, pero como no soy más que polvo y miseria y todo cuanto hay en mi está corrompido…

*"Yo me ofrezco a mí mismo en Él"...* perdido como un átomo en Él, como una gotita de agua amarga en un océano infinito de dulzura…; *"con Él"...,* esto es, unido a Él…; y *"por Él"...* que es el camino… puesto que nadie puede ir al Padre ni ser recibido del Padre sino por Él…

*"A todas sus intenciones"...* porque la Santísima Virgen, Sacerdote–Hostia, no tiene otras intenciones que las de su Hijo, –pero todas las intenciones de Jesús son suyas–, y todas las intenciones que Ella puede tener,

están comprendidas en las de Jesús y ocupan en Ella el mismo lugar que en el de su Rey Jesús.

Por tanto, sea cual sea la intención que se presente a la Santísima Virgen, la toma Ella como suya, si es intención de Jesús. ¿Se trata, por ejemplo, de pedir por el Soberano Pontífice?... – ¿No ocupa el primer lugar en las intenciones de Jesús? – Se trata de los Sacerdotes… De la Iglesia… ¡Son esos sus intereses más preciados!...

– ¿Se trata de implorar el aumento del número de Santos, de almas de Amor? – ¡Jesús ha venido a encender fuego sobre la tierra!... ¿De los pecadores…? ¿De los agonizantes?... ¡Murió para salvarlos!

– ¿De las almas del purgatorio?... Se acelera por hacerlas entrar cuanto antes en la beatitud eterna.

¿De los niños?... ¡Si son sus preferidos!

¿De las almas tentadas?... ¡Vela por ellas con celoso esmero!

Está deseando escuchar y conceder lo que se le pide, pero quiere que se le ruegue, – que cooperemos para asociar sus criaturas a sus obras para hacerlas contribuir a su gloria.

¿No es ésta una manifestación más del exceso de su Amor Misericordioso?

El alma que participa o que desea participar de las disposiciones de Jesús (como es obligación en todo cristiano), ha de alejar de sí todo sentimiento egoísta, practicando sus actos y plegarias en unión de sus hermanos, en nombre de todas las criaturas, como Jesús…

Ese es el verdadero espíritu cristiano, católico, universal.

¡Qué grande y sublime es la plegaria así practicada!... ¡pero somos tan frágiles, pequeños y miserables!

Todo es cierto… Pero Jesús nos ha dado una Madre. Le ha dicho a María, mostrándole a San Juan, su Discípulo Amado: *“He aquí a tu Hijo”,* – y

al Discípulo, señalándole a María: *"He ahí a tu Madre"...* y en Juan, no nombró sólo a Juan, ¡nos nombró a todos!

Aprendamos de ahí con que filial amor y confianza debemos recurrir a esta dulce Madre, que Jesús nos dio, y a la que hemos sido entregados por Él como hijos.

¡Si pudiéramos comprender hasta qué punto se siente obligada María, con esta sagrada palabra!... En ella ve la voluntad expresa de su Hijo, y de su Dios. Voluntad a su vez, también del Padre, puesto que Jesús nos dice, no hace más que lo que dice y hace su Padre… Y ¡qué bien cumple María, la voluntad del Padre!... ¡Con qué seguridad podemos decir, pues, realmente: "María es mi Madre", –no solamente porque la bondad de su Corazón la incline hacia nosotros, sino por obligación de su propia condición de Madre, que Jesús le concedió: –¡Qué podré, pues, temer, siendo la Santísima Virgen tan sabia, poderosa y buena!... *"Mater Misericordiae"* – ¿Qué no hará una Madre por su hijo? – ¡Es un amor de tanta abnegación, que sobrepuja a todo amor, a toda abnegación!...

–María nunca falta a sus deberes de Madre; en cambio, yo… ¡cuánto y cuán frecuentemente falto a mis deberes de hijo!

Me la dio por Madre Jesús, con su Corazón amante, llevado de su Amor Misericordioso. ¡Cuánto no deberé amarla… siendo, como es, la mejor de las Madres, la misma que tuvo Jesús!... ¡Oh, Jesús, enseñadme a mirar verdaderamente a María como mi Madre!

¡Oh, María! ¡Qué contraste entre Jesús y este miserable hijo vuestro!... Vuestro primer Hijo fue el santo Niño, ¡yo soy el hijo miserable! – Pero Vos y yo ¡amada Madre mía!, somos ya para siempre uno del otro por el legado del Corazón de Jesús, en su última hora. – Y ¡qué inviolable y sagrado es este testamento de los últimos instantes! ¡Fruto de un amor que a ambos abrasaba, y recibido en una herida que a los dos hería!...

Si un hermano, un amigo, antes de morir me hubiese entregado a su madre por madre, y me hubiese dicho: "Se tú ahora su hijo… súpleme junto a ella…" lo consideraría yo como un deber, como una promesa sagrada… y, sin

embargo, aun no he sabido apreciar esas mismas palabras de Jesús moribundo, entregándome a su propia Madre como hijo ¡y dándomela a mí por Madre!...

¡Con qué ligereza lo he considerado!

¡Oh, María! Vos no habéis cesado de ser siempre mi bondadosa Madre. ¡Sea yo ahora vuestra verdadera hija, y enseñadme a ser como Vos, según los deseos de Jesús, oh, mi buena Madre!

¡María, Madre del Rey de Amor, y Madre mía, hacedme verdadera hija vuestra!

## DIA QUINCE

**4ª palabra:** *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*

Todo cristiano en la tierra debe reproducir algún rasgo de Jesús, un rasgo de su Corazón adorable. A los que más ama les da una parte más íntima de sus dolores. – De todos sus sufrimientos personales, el más penoso fue, seguramente, el desamparo y abandono del Padre, cuando, después de haber hecho y sacrificado todo por Él, buscando únicamente su gloria, ve que el Eterno Padre parece haberle desamparado, abandonado, tratado como verdadero delincuente…

Había prometido su Reino a un ladrón convertido, y su Padre parece cerrarle las puertas del mismo Reino a Él… al que todo lo ha hecho para de restablecerlo ¿Qué hace Jesús en esa espantosa angustia?...

En el paroxismo de su dolor –dolor que excede a todo dolor, como su amor excede a todo amor–, exclama: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?"...* ¡Oh, cuán luminosa y profunda es esa pregunta con apariencias de divina queja! No es el *por qué* de reproche o de curiosidad, sino el de amor, que indaga la voluntad del Padre para cumplirla.

*¿Por qué?...* ¿quería significar: "¿por qué causa me habéis abandonado?"… o "¿cuáles son vuestros designios de amor en estas circunstancias?".

¡Oh, no! Es un *"por qué"* que busca la respuesta, no para darse satisfacción a Sí mismo, sino para dársela más completa a su Dios…

Y la respuesta divina se oyó en el silencio… Jesús debía continuar su obra en nombre de toda la humanidad. Dentro de su Corazón, llevaba a todos los que viven bajo el peso de ese amargo y extremo sufrimiento. ¡Era preciso que en aquella hora consumase lo que le había hecho venir a la tierra!, que procurase aún más la gloria del Padre, y le diese la prueba más grande de amor, por el acto más sublime de confianza y de abandono que una criatura puede practicar: la total entrega de Sí mismo a las disposiciones del Padre.

Fue como si dijera dirigiéndose a su Padre: "En vano parece que me habéis abandonado; Yo estoy tan seguro de Vos ¡Padre mío!, que en vuestras manos entrego mi espíritu".

Este abandono, esta entrega absoluta y ciega, es la que proporciona a Dios una gloria inmensa.

En todas las circunstancias de nuestra vida debemos recordar esa misma divina pregunta: ¿por qué me presentáis o por qué permitís esto, Dios mío?... ¡Ah, ya lo sé: por vuestra gloria! – pero, ¿cómo procuraré yo esta gloria?... Con una plena confianza en Vos, acomodándome por completo a vuestras disposiciones, independientemente de toda humana consideración y sentimiento, sin atender para nada la propia conveniencia, ni mirar las ventajas o contratiempos que puedan sobrevenirnos.

Se trata, únicamente, de complacer a Dios; sin permitirnos voluntariamente la menor desconfianza, la menor duda; porque esto es lo que más le ofende. El mejor sostén para el alma en medio del sufrimiento lo constituyen la obediencia y la fe; aquella sosteniendo y fortaleciendo a ésta.

Fortalece igualmente al alma apenada la divina promesa: promesa auténtica hecha por Jesús mismo, para sostener viva e inquebrantable la fe: *"De tal modo amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito, a fin de que todos cuantos crean en Él no perezcan, sino que alcancen la vida eterna".* (Joan., III. 16).

La vida eterna, es la que promete Jesús a todos los que crean en Él, en el Hijo de Dios, Primogénito del Padre.

¡Oh! *Yo creo* – yo creo que este Hijo Amado no hace más que lo que ve hacer al Padre, que todo es Amor y Misericordia como el Padre –; que ha recibido el poder de dar la vida a aquellos que crean en Él – que no perderá a ninguno de los que su Padre le ha dado –, que no rechaza a ninguno de los que a Él vienen –, y que nadie puede venir a Él, si el Padre no lo atrae. Luego, aquel que es atraído por el Padre, pertenece al Padre, es dado al Hijo por el Padre.

Por tanto si viniese a inquietarme esta terrible perplejidad y angustia, exclamaré abismándome en el Amor Misericordioso: ¡Oh, Jesús, que me habéis amado hasta la muerte, hasta la Eucaristía, yo creo en vuestro Amor Misericordioso para conmigo! Yo creo en Vos, ¡oh, Jesús-Rey!, creador del mundo, que habéis venido para rescatarnos ¡Acordaos que soy vuestro hijo, la obra de vuestras manos –, el precio de vuestra Sangre!

¡Gloria, alabanza, honor os sean dados, oh, Cristo Redentor nuestro!

¿Podría rechazar un Padre a su hijo, sobre todo si ese hijo no busca más que la gloria de su padre?...

Pero en vano razona y discurre el alma, en esta perplejidad. – Las palabras que la sostienen, tanto en medio de los sufrimientos, para sobrellevarlos, como en las alegrías, para santificarlas, son aquellas palabras de nuestra Religión Católica, que implica la caridad universal del Corazón de Jesús: *"En nombre de todas las criaturas2.*

¡Qué palanca es para el alma ese *celo* por la gloria de Dios: la caridad con sus hermanos! El alma ve que hay en el Universo miles y miles de almas, presas de tentaciones; tentadas por el desaliento, el temor, la duda, la desesperación, – ve tanta gloria de Dios, arrebatada por esta pobre humanidad a su Rey soberano… que no puede menos de sentir la necesidad imperiosa de entregarse cada vez más ella misma, multiplicando sus manifestaciones, sus protestas, procurando a Aquel a quien ama, toda la mayor complacencia y el mayor goce posible, aún a costa suya, aún pasando por encima de sus propios intereses, sus propios sentimientos!

*"Aunque me quitase la vida* –decía el Santo Job– *todavía esperaré en el Señor".* – y San Francisco de Sales decía también: *"Aún cuando no tuviese pensamiento alguno de confianza en Vos, creería que sois mi Dios y que soy todo vuestro; me abandono totalmente en vuestras manos".* Porque no es necesario *sentir* esa confianza, basta que se quiera y se procure sentirla. Lo que Dios mira, es la voluntad del corazón.

¡Oh, Rey mío adorable! ¡Soy todo vuestro y tengo plena confianza en vuestro Amor Misericordioso!

## DIA DIEZ Y SEIS

### **5ª palabra:** *"Tengo sed"*

¿Qué haríamos nosotros, si al lado de un moribundo, le oyésemos exhalar esta desgarradora queja: *"Tengo sed"?* — Correríamos enseguida a buscar la bebida necesaria pata calmársela, trataríamos de llevarle a cualquier precio y molestia. Por lo menos, algún sorbo de agua.

Desde lo alto de la Cruz sangrienta exclamó Jesús: *"Sed tengo".* — Su sed es devoradora; y al cabo de tantos siglos, no ha sido aún apagada; al contrario, parece con el transcurso de los tiempos, va también en aumento, la sed de Jesús; por lo menos, sus manifestaciones más apremiantes, más reiteradas... su llamamiento más explícito que entonces.

Ya lo dijo a Santa Margarita María: *"Tiene sed de ser amado de los hombres"*. Después se lo repite a una de sus almas privilegiadas: *"¡Ámame, al menos tú! ¡Ámame! ¡Tengo tanta sed… tanta necesidad de amor!"…* Y ¡cuántas veces no nos lo hará escuchar también en lo íntimo del corazón!...

*"Tiene sed de amor"...* Pero ¡que poco amor encuentra su Corazón para saciarla! ¡Qué lejos están las almas de darle la suma de amor que Él espera de ellas! El amor propio anida dentro de nuestras almas, combatiendo al amor de Jesús, e impidiendo que se adueñe del corazón de sus criaturas, que a veces, se encuentra tan lleno de afectos terrenales, que no queda lugar para el amor límpido y transparente del Corazón de Jesús; o tan saturado de acritud y

amargura, de desafectos, envidias y rencores... que, al decir a Jesús : *"Yo os amo"* … no es amor lo que le ofrecemos para aliviar su sed, sino más bien la esponja empapada en hiel... que Jesús rechaza, después de haberla probado.— ¡Oh, qué pensamiento tan desconsolador y tan real!: Jesús no rechaza a los que a Él vienen, no se negó en principio, ni aun a gustar de la traidora esponja, como tampoco rehusó el beso de Judas… como tampoco rechaza nuestras ofrendas ni nuestras plegarias...!

Pero ¡cuántas veces no recibe sino desengaños su Corazón!... – ¿Le ofrecemos acaso lo mejor que tenemos? ¿No son nuestros sacrificios como los de Caín, sacrificios ofrecidos de mala gana, de lo peor, – de lo menor que podemos ofrecerle?... Examinemos a fondo nuestras limosnas; las ofrendas que hacemos a Jesús en la persona de los pobres… – ¿Y en cuanto a nuestras plegarias?... ¿no las hacemos las más de las veces con el único fin de alejar de nosotros el sufrimiento, el trabajo o la violencia, buscando la propia complacencia, la estima y el afecto de los demás? ¡Qué de veces, ignorantes o ciegos, pedimos al Señor, precisamente lo que ha de ser obstáculo para unirnos con Él!

Semejantes plegarias no pueden aplacar la sed de Jesús.

Jesús tiene sed de Amor, sed de amor bajo todas sus formas… Sed de ternura, de generosidad, de abnegación. Sed de Amor para su Corazón, para su Eucaristía, sed de Amor para los suyos, para los que sufren. Esa es la sed que más le consume… Y ¿qué hacemos nosotros para aliviar su sed?

La mayor parte de las veces, apegados a nuestra naturaleza y guiados por nuestro egoísmo, no nos conmueve nada lo que afecte a los demás, a menos que medie en ello algún interés personal o alguna satisfacción propia.

Examinemos, pues, seriamente y veamos, si en nuestro trato con el prójimo es siempre la caridad el móvil de nuestros actos; y si no brotan a menudo de nuestra nada y miseria fogaradas de vanidad, egoísmo o envidia, buscando siempre, visible o secretamente, lo que pueda satisfacer nuestros propios deseos.

No será esto lo que mitigue la sed de Jesús.

Para saciarla, debemos despojarnos de nuestra propia voluntad, de nuestras propias miras, de nuestros propios anhelos. ¡Cuántas veces somos duros e inflexibles como el hierro! Y ¡qué ocasiones tan propicias serían esas para poder apagar, con vencimientos propios, la sed de Jesús!

Tiene también sed de almas inocentes como los niños: sencillas y puras, dóciles y flexibles bajo la acción de su santa voluntad. ¡Jesús está sediento de sus sacrificios!

Pero precisamente porque es el Amor Misericordioso, tiene verdadera sed de remediar miserias. ¡Esa es su mayor gloria!

Entreguémosle, pues, todo cuanto somos y tenemos, pero démoselo por medio del Corazón Inmaculado de María, nuestra Reina y nuestra dulce Madre.

Así lograremos agradar al Hijo y a la Madre; y nuestras miserias presentadas por María, ¡con qué agrado serán recibidas!... ¡hasta las cosas que les son más opuestas, resultarán a medida de su agrado! Si en medio de las torturas del Calvario, alguno de los soldados, compadecido de Jesús, hubiese sentido deseos de ofrecerle algo; y no teniendo más que hiel a la mano, se hubiera acercado a María para presentársela, confiando en que su bondadoso Corazón, sabría comprenderle, y apreciar el sentimiento que tenía de no disponer de otra cosa, que poder ofrecerle… ¿podremos creer que María, por cuya intercesión convirtió Jesús el agua en vino, no emplearía todo su valimiento para que aquella hiel dejase de ser amarga y pudiese contribuir a calmar la sed de Jesús?... ¡La sed de su Corazón!

No hagamos, pues, nada sin María, puesto que es nuestra Madre, como nos lo dijo Jesús. Acudamos a Ella en todo; no hagamos nada sino por medio de Ella; que todo pase por sus benditas manos (que es el verdadero secreto del amor) y pongamos en Ella las llaves y la custodia de nuestro hogar, dejándola que disponga de todo lo nuestro como mejor le agrade: Ella hará que todo sirva para consuelo y alivio de su Jesús… de su Divino Hijo.

¡Oh, Amada Madre mía! Mi corazón se deshace de amargura ante ese grito desgarrador del Corazón de Jesús: *"¡Sed tengo!".* Permitid que a mi vez yo haga una resolución decidida, a manera de testamento que exprese mi

última voluntad: en mi HABER, yo no tengo nada propio, más que defectos y miserias, aparte de eso, si hay algo en mí, de Jesús lo he recibido…

Renuncio gustoso a la propiedad de todos mis bienes, y de todo lo que pueda recibir en vida y en muerte; añado a ello todo lo que de vuestro amor puedo hacer mío, todo lo doy a mi dulce Madre la Virgen María, por el tiempo y la eternidad, a fin de que Ella disponga de todo como le plazca y lo convierta en bebida de Amor para templar la sed de Jesús.

Renuncio al uso y a la disposición de todo cuanto soy y tengo, y no quiero servirme de mis bienes sino por medio de María, con dependencia del Espíritu de Amor, a quien suplico obre en mi alma, en unión de María, para que constantemente sepa yo conformarme con la voluntad del Padre, como Jesús; puesto que ya queda demostrado que el alma más dócil y pronta a corresponder a los deseos de Jesús (a pesar de su nada y miseria) –presentada por María– será la que más alivie al Amor Misericordioso del Corazón de Jesús… Firmado: X… pobre miseria.

¡Oh, Rey mío, consumido de Amor! ¡Abrasadme en amor vuestro por medio de María!

## DIA DIEZ Y SIETE

### **6ª Palabra:** *"Todo se ha consumado".*

En esta breve frase: *"Todo está consumado",* muestra Jesús todos los excesos de su Amor realizados. Amó a los suyos hasta el fin. – Todo está consumado por el Amor y para el Amor, nada más le resta ya.

Lo ha hecho todo, lo ha dado todo; siendo Dios como es, no podría hacer más. Todo cuanto ha podido y querido hacer, lo ha hecho…

Jesús quisiera que nosotros pudiéramos también decirle: "Todo se ha consumado"; y a este fin desea que nos dejemos consumir por el Amor, en el Amor y para el Amor.

La consumación se realiza cuando el sacrificio se ha terminado. – Jesús ha consumado su sacrificio en el Calvario; pero todos los días (y en cierto modo, de manera más completa aún), se renueva su consumación en la Santa Misa, donde Él mismo se da en alimento, por medio de la Sagrada Comunión… Porque, en la Misa, no se renueva solamente la inmolación de una manera incruenta, sino que se da realmente al alma bajo las santas especies eucarísticas. ¿Puede caber una consumación más real que esa entrega de Jesús al alma? – Jesús, Dios-Hombre, viene a nosotros, a nuestra pobre humanidad con su Cuerpo, Alma y Divinidad. – Se da a nosotros como alimento, y nos permite en cierto modo consumir su Santa Humanidad, que se rebaja a seguir la suerte de los otros alimentos materiales: su destrucción… De modo, que al desaparecer también la Santa Humanidad que había penetrado en nuestro pecho, y queda como consumida por su pobre criatura[2]. ¡Qué misterio tan incomprensible es este de la consumación de Jesús en el alma del cristiano! Misterio de Amor, en el que Aquél que es recibido y consumido miles de veces en todos los lugares de la tierra, no deja de ser el Mismo siempre viviendo continua y realmente.

¡Misterio que no podemos comprender y que arrebata de admiración hasta a los mismos Ángeles!...

Consumación por la unión más íntima y completa, unión sobrenatural de Dios con nosotros, – la cual tiene por fin nuestra consumación recíproca en Dios, derramándose Dios en nuestra alma y perdiéndonos nosotros en Él, para que su vida absorba la nuestra, en cierto modo, y que se verifique la palabra de San Pablo: *"Vivo; mas no yo, sino Jesucristo en mí"* (Gal., II, 20). *"Vosotros en Mí y Yo en vosotros",* dijo Jesús en la Última Cena, después de la primera de todas las Comuniones. – *"Y Yo en ellos, a fin de que sean consumados en Uno".*

Y para que se realizase este gran misterio de consumación, fue preciso que Cristo padeciese y muriese. Por eso antes de pronunciar su última palabra,

[2] Entiéndase que en la Eucaristía la presencia de Jesucristo depende de la condición de la existencia de las especies Sacramentales. Pero por la Comunión no es Jesucristo, Pan de Vida, quien se destruye en cierto sentido, como convirtiéndose en el que le recibe; sino al contrario: quien lo recibe se convierte o muda en cierto sentido en Jesucristo: "No me mudarás en ti como el alimento de tu cuerpo; sino que tú serás mudado en Mí"; dijo el Señor a San Agustín, y lo aprueba la Iglesia consignándolo en el Oficio Divino. – *(Nota del Traductor).*

que será también el último acto de consumación y de entrega a su Eterno Padre, Jesús nos manifiesta la resolución de su voluntad y abraza y acepta en aquel momento todos los *Consumatum est,* futuros eucarísticos…

¡Lo he dado todo sin reserva alguna!

Debemos, pues, nosotros proponernos hacerle continua donación de todo nuestro ser, minuto por minuto; ya que estando sujetos al tiempo, nuestra consumación no puede ser sino el fruto de la ejecución de actos incesantes, reiterados, de anonadamiento, perdiéndonos continuamente en Dios, que no pueden hacerse sino movidos por una gracia muy particular que de lo alto nos viene.

El Espíritu Santo es, en efecto, el Consumador de toda nuestra vida sobrenatural:

Consumador de la Unidad Divina, en la Trinidad Adorable;

Consumador de la Unión Hipostática, en la persona de Jesús;

Consumador de la unión de la gracia de Jesús en las almas, y de las almas en Jesús.

Espíritu de Amor, fuego Consumador, lazo divino, que ablanda los corazones más duros, y hace flexibles y dóciles a los más terribles y rebeldes.

Y alcanzando el alma mayor docilidad, por el renunciamiento de sí misma, bajo la acción del Espíritu Santo, –como hemos visto ayer, – y derramándose de momento en este momento por medio de María, en el ardiente horno de fuego del Corazón de Jesús, es consumida por el Amor Misericordioso.

Pidamos constantemente para todas las almas la gracia de responder plenamente al Amor de Nuestro Salvador, para que cada una, en la medida de sus gracias, de sus dones y de lo que el Señor le pide, pueda decir con plena confianza en la hora de la muerte: “Todo está consumado”: – ¡He cumplido fielmente, Dios mío, vuestra voluntad en la Tierra!

Para conseguirlo, recurramos siempre a María durante todo el camino de la vida, para que esa buena Madre nos obtenga tal efusión de Amor Misericordioso en nuestros últimos momentos, que logremos dar a Dios en ellos, aquello que por nuestra fragilidad, debilidad o malicia le hubiésemos escatimado.

¡Señor mío y Rey mío! Mi alma se entrega sin reservas a vuestras misteriosas operaciones por medio del Corazón Inmaculado de María. – No puedo nada sin Vos, porque no soy más que nada y miseria… Dadme lo que Vos queráis que os dé. – Formad en mí lo que en mí queráis hallar, a fin de que podáis sacar de mi pobreza y ruindad toda la gloria y la complacencia que esperáis de mí y que pretendisteis al crearme.

## DIA DIEZ Y OCHO

**7ª palabra:** *"Padre mío en tus manos encomiendo mi espíritu"*

Después de haber rogado por sus verdugos e implorado su perdón, –prometido el Cielo al buen Ladrón, y haber dado el Discípulo a María, y Ésta a Juan y a todos nosotros por Madre; –y habiendo experimentado el abandono del Padre, y la más devoradora sed, Jesús, declarando que todo estaba consumado, entrega su Espíritu en manos de su Padre, –para servirnos de modelo una vez más, y enseñarnos a hacerlo a nosotros.

Al nacer, recibimos de Dios junto con la vida corporal un alma vivificada con el soplo divino. ¿No es justo, por tanto, que en la hora de la muerte pongamos el alma y el espíritu en manos de nuestro Creador, para que Él juzgue y disponga de nosotros como guste? – Debemos de reconocerle y confesar de antemano su sabiduría y la equidad de sus juicios.

¿Hemos reflexionado alguna vez en este acto de la entrega del alma en manos de Dios en el momento de la muerte, y hemos comprendido jamás lo justa y natural de esta entrega? Por poco que el Espíritu Santo ilumine nuestra alma, nos sorprenderá la sabiduría y al mismo tiempo la sencillez que se desprenden de todas las palabras y de todos los ejemplos de Jesús; bien se ve que es el conjunto de todas las perfecciones. En todo lo que ejecuta, no hay ni

exceso ni exageración; nada que no podamos hacer o practicar nosotros, con la ayuda de la gracia, ¡si queremos!... ¡si amamos!... – ¡Qué Escuela tan incomparable la del Rey de Amor!...

En los días precedentes hemos discurrido sobre la manera de vivir bien; veamos hoy como aprenderemos a bien morir.

Ya hemos visto cómo debemos conducirnos con nuestros enemigos cuando estamos penetrados de la Santidad de Dios y de nuestra miseria… cuál deberá ser también nuestro comportamiento como hijos de María, la más bondadosa, buena e incomparable Madre que Jesús nos dio; –cuál nuestra conducta en los desalientos y angustias, –qué celo debe haber en nuestro corazón por la gloria divina, tendiendo siempre a poder decir en todas nuestras acciones, día por día, hasta el momento supremo: "Todo está consumado": – no me he reservado nada; –cuerpo y alma, ¡todo lo he dado!...

–Jesús, en su última palabra, nos recuerda ahora que la vida no es más que un paso que en la hora de la muerte nos encontraremos entre las manos de un Padre Omnipotente, todo justicia, pero también todo Misericordia. Nos enseña también, que para caminar en la senda de la verdad, basta que nos pongamos como niños entre las manos de nuestro Padre, que nos ama.

¿No dijo Jesús a Santa Margarita María?: *"¿Puede perecer entre los brazos de un Padre Todopoderoso una criatura a quien yo amo tanto como a ti te amo?".*

Esta palabra de amor nos la dirige también a cada uno de nosotros. – Meditémosla a menudo durante nuestra vida, para que sea nuestra íntima disposición en el momento de la muerte.

– ¿No dijo también el Divino Redentor en su Evangelio que el Reino de los Cielos estaba reservado a los niños y a los que a ellos se asemejaren?...

Esta entrega sencilla, desinteresada, es un acto de infancia espiritual, que agrada sobremanera y llena de gozo al Corazón Sacratísimo de Jesús, del Rey de Amor. –Porque ¿dónde podrá colocar nuestro Padre al que se entrega en sus manos, sino en su amoroso Corazón? Ponerse en manos de Dios, es el acto mayor de confianza que podemos hacerle. Jesús ha dicho, en efecto, que

la mayor prueba de amor consiste en dar la propia vida por sus amigos, y ¿no sacrifica su vida al Rey de Amor a Aquél que se da a sí mismo el nombre de *"Amigo"* divino, todo el que pone en las divinas manos su propio espíritu, cuya separación del cuerpo constituye para éste la privación de la vida? – Entregar el alma en manos de Dios, es el acto del más perfecto abandono: – el hombre aceptando con santa indiferencia que el Padre disponga de su alma como mejor quiera; sea que la devuelva a su cuerpo, –que la coloque en el Purgatorio o en el Cielo… ¡poco importa! – Si nos atrevemos a hablar así, es porque el alma se encuentra como asegurada, no por sus méritos, sino por las palabras de Jesús en el Evangelio, y asegurada también por su fe y su confianza absoluta en el Corazón Misericordioso de Jesús, – creyendo firmemente que siendo Dios el mejor de los Padre, y habiéndola amado tanto cuando aún era su enemiga… habiéndola seguido y atraído con tanto amor… no la rechazará ahora cuando vuelve a su Hijo, al que fue dada por el Padre; – y está asegurada de haberle sido dada por el Padre, porque ella viene a Él, se entrega a Él con amor y con fe; y eso no podría hacerlo si el *Padre no la hubiese atraído.* ¡El alma que se entrega unida a Jesús, entre las manos de su Padre, no perecerá jamás!

Además, ¿no tenemos por Madre a María?... ¡Pues un siervo de María, un hijo de María, no puede pereceré!...

–Por otra parte, Aquel que dio como ejemplo de su Corazón al padre del hijo pródigo, ¡qué recibimiento no dispensará a su hijo, aunque sea culpable, si se arrepiente y vuelve a Él; y aunque sea en el último instante de su vida, le dice, profundamente humillado: "¡Heme aquí, Padre mío Misericordioso! – he pecado mucho, no soy digno de ser llamado hijo tuyo, pero "en tus manos encomiendo mi espíritu"… sea cual fuere el juicio que yo merezca, y la sentencia que Vos me deis, conozco demasiado la bondad de vuestro Corazón, y sé muy bien que a aquél que viene hacia Vos, como hacia su Padre, lo recibiréis como a verdadero hijo, con Misericordia infinita; lo trataréis con incomparablemente menos rigor que el que tan justamente haya merecido. "¡Oh, Padre bondadoso y clemente!"…

¡Qué gozo debe ser en el Cielo para el Eterno Padre, para Jesús, para el Espíritu Santo y para nuestra amada y tierna Madre María, lo mismo que para

los Ángeles y los Santos, recibir en su seno –en el Reino de Dios– en la Jerusalén celestial –(o en el Purgatorio donde el alma se prepara purificándose), a un ser amado, rescatado de la muerte, libre ya de las ocasiones de pecar y de las pruebas de la vida –que viene a tomar posesión (inmediata, o por lo menos futura, pero desde luego ya segura) de la beatitud eterna!

¡Qué consoladora es la muerte, así mirada! No es más que la continuación de lo que debe ser nuestra vida: tal vida, tal muerte. Y si ésta debe ser una entrega total de nuestra alma en las manos de Dios ¡con cuánta más razón deberá ser otro tanto nuestra vida!

Sí, ¡Jesús mío! Yo así lo comprendo, mi vida debe de ser toda ella como la de un niño que ama y se siente amado, y que confía en todo momento todo su ser y cuanto hace a su bondadoso Padre, –aún después de sus faltas, de las que se siente sinceramente arrepentido, –y sea cualquiera la conducta exterior de su padre, a pesar de sus aparentes desvíos, frialdades o abandonos… Sí vemos a Jesús abandonado de su Padre… ¿cómo podremos asombrarnos de que esta pobre miseria sufra la misma prueba y el castigo de su pecado? Es como el padre que se esconde para probar el cariño de su hijo; o que le enseña la vara para que el hijo se acerque más todavía y recibir de él mayores pruebas de amor!

¡Oh, Jesús mío! Por vuestra preciosa muerte dignaos concederme en todos los instantes de mi vida y en el de mi muerte la gracia de estar siempre entregado a vuestras manos, como un niño en los brazos de su padre. –Escucho atento y me parece oír vuestra respuesta en el interior de mi corazón, diciéndome que *"así será, si soy todo caridad".* Porque esta virtud es la que nos hace verdaderos hijos de Dios. La caridad será la que sostenga mi confianza en el día del juicio. En aquel día no puedo presentarme sin obras de caridad misericordiosa, porque el Padre no me reconocería por hijo y yo mismo me atraería el rigor de su justicia.

La muerte es sencillamente el velo que se descorre; el alma quedará fija para siempre en el estado, o en el grado de amor y de unión en que la muerte la encuentre.

¡Oh, Rey de Misericordia y de Amor! Haced que el último acto de mi vida sea objeto de vuestra complacencia y motivo de triunfo de vuestro Amor Misericordioso. En la Cruz sacrificasteis al Padre un día vuestra vida por mí y continuáis sacrificándola en la Sagrada Eucaristía, Vida por vida, Amor por amor.

¡El Rey de Amor es mi Padre!

¡María es mi Madre!...

¡Oh, Padre de las Misericordias! Unido a Jesús y por medio de María, mi Madre, pongo en vuestras Manos mi espíritu –y tengo la intención y el vivo deseo de poner también en ellas, a cada instante, todas las almas de la tierra, a fin de que mostréis a cada una de ellas el maravilloso poder de vuestro Amor Misericordioso, que sabe transformar de tal modo las almas.

Haced con todas el oficio de Salvador, transformando en Santos y elegidos a los más grandes pecadores.

## DIA DIEZ Y NUEVE

### Novena preparatoria a la fiesta del Sagrado Corazón

### (Primer día)

Como preparación a la fiesta del Sagrado Corazón, parece lo más oportuno, meditar cada día algunas de las palabras dirigidas por Nuestro Señor a la amante Discípula de su Corazón, palabras que tantas veces hemos leído, pero cuyo sentido no hemos penetrado quizás aún suficientemente…

Supliquemos al mismo tiempo a esta gran Santa que nos obtenga la inteligencia de los misterios de Amor que le fueron descubiertos, y sobre todo, la gracia de corresponder fielmente a los deseos e inspiraciones de Nuestro Rey de Amor.

# SUPLIR A LA INGRATITUD DE LOS HOMBRES

1º Recuerda Jesús a Santa Margarita María la grandeza de su amor y la ingratitud, rebeliones, menosprecios, etc., con que los hombres corresponden a su amor.

2º Jesús da los medios para realizar lo que pretende: pide un consuelo: nos ha escogido también a nosotros para dárselo.

3º Cómo corresponderemos a los deseos de Jesús.

4º Suplir la ingratitud; y en qué medida.

5º Jesús nos da los medios para suplirla.

6º Medios expresados por Jesús.

7º Debemos ser como Él pide: almas que le consuelen.

8º La obediencia nos hará triunfar contra nuestros enemigos.

1º *Se aparece Jesús un día a su Esposa. – De sus cinco llagas, y sobre todo, de su adorable Corazón, salen ardientes llamas. Recordando su Amor infinito hacia los hombres que no tienen para Él sino ingratitudes y desprecios, le dice estas palabras: Quiero que tú, al menos, me proporciones el placer de suplir a sus ingratitudes, en la medida que puedas.* (Bula de canonización).

Nuestro adorable Salvador, al aparecerse a Santa Margarita, se proponía, sobre todo manifestarle su Amor infinito y la falta de correspondencia que recibía un Dios todo Amor, todo Misericordia, al que sólo se le corresponde con infidelidades y desprecios… El corazón se llena de amargura oyéndolo; quisiera precipitarse hacia el Corazón del Divino Maestro para consolarle –y oponer la gratitud a la ingratitud–, la sumisión y obediencia a las rebeldías –, la alabanza y la gloria a los menosprecios. El sufrimiento del Amor atrae la compasión del Amor; pero esta compasión, ¿no será acaso un atrevimiento, una audacia en nosotros tan miserables?...

Jesús previene nuestro temor, y responde de antemano a la necesidad de nuestro corazón, con las mismas palabras que dirigió a Santa Margarita María, en aquella conmovedora escena:

*"¡Al menos, dame Tú ese consuelo!"*

¡Oh, feliz y privilegiada, Jesús mendigando de ella un consuelo!... y en el consuelo que solicita es el de verla suplir cuanto pueda a la ingratitud de los hombres.

2º *Al oír estas palabras del Redentor, la Santa, sintiéndose anonadada y confundida, le pregunta: "Pero, ¿cómo podré yo hacerlo?" – ¡Oh, divina condescendencia de Jesús! – "Mira", le dijo– "Toma de aquí lo que ha de suplir a la que te falta". – Y descubriendo su divino Corazón, dejo brotar de Él una llama tan potente e intensa, que parecía consumirla. Entonces Jesús le reveló cuanto debía hacer para responder a su deseo: Comulgar con toda la frecuencia que se lo permitiera la obediencia, haciéndolo sobre todo el primer Viernes de cada mes: postrarse en tierra antes de medianoche del jueves al viernes, recordando la tristeza mortal que el Redentor de los hombres experimentó en el Huerto de los Olivos e implorando ella también la Misericordia divina a favor de los pecadores y consolándole por la pena que le causó el abandono de sus Apóstoles…*

*La previno contra las asechanzas del demonio, de las cuales saldría victoriosa, no haciendo nada fuera de las prescripciones de la obediencia a las órdenes de sus Superiores.* (Bula de Canonización).

Después de habernos movido (por la confidencia que Él hace a su fiel Esposa) a un profundo dolor, unido a una voluntad intensa de consolarle; –voluntad acrecentada por la súplica del mismo Rey de Amor, y ante la perspectiva de poder realizar fácilmente su deseo–, Jesús nos hace sentir en el fondo del corazón, que no es solamente Santa Margarita María la llamada a gozar de ese privilegio, sino que se valió de ella para convocar a las almas que quisieran oírle y dejarse atraer por su Amor.

Podemos, pues, nosotros darle también ese consuelo; y pudiendo ¿no querremos proporcionárselo, dándole el placer de suplir con amor y celo las

ingratitudes humanas?... Esforcémonos en dar a Jesús este consuelo que espera.

3º *Jesús le infunde una llama de Amor para suplir lo que a ella le falle.*

– ¿Y cómo podremos nosotros responder a los deseos de Jesús, sino valiéndonos de su propio Amor?

Abramos por completo nuestro corazón al Amor, y dejémonos consumir por Él. Pidámosle que nos purifique, nos abrase y nos consuma para indemnizarle de los agravios que recibe.

¡Ah, con qué anhelo quisiéramos desagraviarle, cuanto nos fuese posible! Pero esto es tarea harto difícil para tan pobres criaturas, sería preciso no solamente amar y agradecer por nosotros mismos, sino también por los hombres todos, supliendo por su ingratitud… Y ¡qué suma de ingratitudes no recibe Jesús de sus criaturas!...

Oyendo estas palabras de Jesús, el alma se siente penetrada de una gracia interior y como primera vez, comprende que el corazón de Jesús reclama de ella un suplemento de Amor, –y que este suplemento de amor digno de Él no podemos encontrarlo sino en su propio Corazón.

4º *¿De dónde procede la ingratitud?* De la falta de fe en el amor. – y del egoísmo, que produce la flojedad y la pereza para responder a ese Amor infinito, al Amor Misericordioso de un Dios, que se rebaja de esa manera a sus criaturas y que no pide más que amor.

Debemos, pues, suplir esa ingratitud, no lo olvidemos. – Pero ¡ay! sucede a veces que nosotros mismos cometemos estas mismas faltas de monstruosa ingratitud –murando de las disposiciones de la Providencia–, rehusando la debida sumisión a sus decisiones, llegando a preferir nuestra propia satisfacción y nuestros gustos antes que los de un *Dios-Amor*, que se sometió a los más atroces sufrimientos, para expiar nuestros pecados y descubrirnos mejor los excesos de su inmenso Amor; y aún más: rechazando su divino ósculo, cuando viene hacia nosotros con su vestidura de ignominia y su corona de espinas, por miedo de herirnos con ellas; sin pensar en el desprecio que le hacemos al obrar así; y finalmente, no atreviéndonos otras

veces por vergüenza o cobardía, a conducirnos como discípulos suyos… y amigos privilegiados; abandonándole como los Apóstoles, por no seguirle al Calvario y permanecer con Él clavados en la Cruz.

Este pensamiento nos sostendrá en muchos desfallecimientos y debilidades, acordándonos de la vocación de amor a que hemos sido llamados. ¿Podría yo ser todavía ingrato con Él, cuando me ha escogido para suplir las ingratitudes de los demás hombres: y no por una, ni por dos veces, sino cuando me lo permitan mis fuerzas?... – ¡Lo haré, desde ahora, para siempre y con todo el amor de mi alma!

5º *Jesús me enseña también que en Él debo recibir todo cuanto a mi me falte".* ¡Profunda palabra! Debo primeramente cooperar con todo lo que esté a mi alcance, y Jesús suplirá todo lo demás.

Hay almas que para ello se contentan con ofrecer y dar a Jesús todo cuanto de Jesús mismo toman, sin preocuparse para nada de dar también algo suyo. No es ese el orden señalado por el Divino Hacedor; sino el de contribuir en la forma y manera de que cada uno es capaz, ofreciendo después el Amor de Jesús para suplir lo que nos falte – Afectos.

6º Jesús indica luego los medios de corresponder a su deseo:

*a) La Sagrada Comunión,* que es el acto más grande que una criatura puede realizar. Allí recibe el alma, no solamente una chispa salida del Divino Corazón, sino el Corazón mismo de Jesús, horno de Amor. ¡Oh! ¡Si conociéramos el valor de una Comunión!...

*b) Recibir la Sagrada Comunión todos los primeros Viernes de mes.*

Ahora tenemos nosotros la dicha insigne (que no tenía Santa Margarita María) de poder recibir todos los días la Sagrada Comunión. Comulguemos, pues, con amor y fervor, y dejémonos dominar y poseer por el Amor, –tenemos en Él la omnipotencia de la reparación…

Si no podemos hacer la Hora Santa a media noche, ¿por qué no hacerla al obscurecer, por la tarde, o a cualquier hora del día que visitemos a Jesús Sacramentado?...

Podemos también hacerle compañía en espíritu de doce a tres de la tarde, teniendo nuestro corazón junto al suyo, durante aquellas tres horas de su Calvario, en que se realizó el acto para siempre memorable de nuestra Redención; acordándonos de su agonía y abandono, – implorando la *Misericordia divina para los pecadores,* en unión con Jesús *"Padre, ¡perdónalos porque no saben lo que hacen!* – y consolándole por la amargura que le causó el abandono de sus discípulos.

- Seamos las almas consoladoras que Jesús buscaba.
- Me aplicaré a ser el alma consoladora del Corazón de Jesús.

7º ¡Oh, Jesús mío amantísimo! Yo me entrego todo a Vos. Empiezo a comprender la misión de Amor que os dignáis ofrecerme, si quiero aceptarla: misión consoladora y reparadora.

¡Oh! ¿No he de aceptarla, amado Jesús mío? – Indigna soy de desempeñarla, mas puesto que me la brindáis Vos y mi corazón ha comprendido vuestros deseos, os doy mi corazón, mi alma y todo mi ser… – me consagro todo a Vos para dedicar mi vida a esta reparación de ingratitudes tanto como me lo permitan mis pobres fuerzas, con ayuda de vuestra divina gracia. – Agrandad el poder de mi capacidad, – y puesto que Vos mismo me lo permitís, os recibiré en la Sagrada Comunión para ofreceros al Padre. – ¡Pero soy tan débil, tan inconstante! Sed Vos mismo mi fuerza y mi tutela.

8º Como en otro tiempo a vuestra sierva Margarita María, me advertís también que por la obediencia, saldré victoriosa de mis enemigos, según la palabra de las Sagradas Escrituras: "El varón obediente cantará victoria" (Prov. XXI – 28).

A imitación vuestra, Jesús mío, que habéis sido obediente hasta la Cruz y lo sois perpetuamente en la Eucaristía, formo desde ahora la resolución de conducirme siempre como alma de obediencia, a fin de cumplir en todo vuestra santa voluntad.

Uno de los desordenes que son consecuencia de la ingratitud, es la desobediencia: –la rebelión, –el desprecio. – Me esforzaré por llevar una vida de obediencia, de sumisión, de reparación, haciendo de mi vida una alabanza

continua y perpetua, para llevaros un poco de consuelo, a fin de poder agradar en todo instante al Divino Rey de Amor.

Empezaré seriamente mi vida de alma reparadora y consoladora, por medio de mi amor, mi sumisión y mi espíritu de alabanza.

Daré por lo pronto cuanto tengo y cuanto puedo, tomando lo demás de su Corazón.

¡Oh, Jesús, Rey de Amor! Yo no soy más que una mísera criatura; pero ya no quiero emplear mi vida sino en desagraviaros y suplir a las ingratitudes de mis hermanos, tanto como me lo permitan mis fuerzas, con ayuda de vuestra divina gracia.

## DIA VEINTE

### Jesús apasionado de amor

### (2º día de la Novena)

1º *Favores concedidos a Santa Margarita María. Nosotros recibimos otro no menos grande en la Sagrada Comunión.*

2º *El Corazón de Jesús la escogió, no pudiendo ya contener su Amor.*

3º *El Amor quiere comunicarse.*

4º *Fin del Amor: – Salvar a las almas, colmándolas de beneficios.*

Estando un día Santa Margarita María en oración delante del Santísimo Sacramento, en la fiesta de San Juan Evangelista del año 1673, se le apareció Jesús, invitándola a reposar sobre su pecho, como el Discípulo amado, y le descubrió su Corazón diciéndole: *"Este Corazón está tan apasionado de amor por los hombres y por ti en particular, que no pudiendo contener las llamas de su ardiente caridad, necesita difundirlas por tu medio, a fin de que colmados los hombres de sus beneficios, se libren de la eterna condenación".* (Bula de Canonización).

1º Al recibir Santa Margarita María el mismo favor que el Discípulo amado, recibió también el conocimiento de los secretos del Divino Corazón.

Este privilegio de San Juan, tan grande y tan envidiable, se renueva en Santa Margarita María. – También ella es admitida a reposar sobre el pecho de Jesús; y como el Discípulo amado, recibe el conocimiento del amor apasionado que Jesús siente por las criaturas y por ella, particularmente.

Pero a este nuevo favor, que parece ya incomparable, ¿no excede aún el que recibimos nosotros todas las mañanas en la Sagrada Comunión? En ella, no solamente reposamos también nosotros sobre el pecho de Jesús, sino que Él mismo es quien viene a nuestro pecho, todo entero, con su Cuerpo, Alma y Divinidad, – y por consiguiente, con su Corazón; – con su Corazón de *Dios-Hombre…* podríamos decir con su Corazón de Dios y con su corazón de Hombre: –Corazón de Dios y Corazón de Hombre, que no hacen sino un solo Corazón… un Corazón Divino y Humano al mismo tiempo.

Y ¿qué sucede entonces? – ¿permanece inactivo, como un diamante guardado en su estuche?... ¡Ah, no! Jesús todo lo anima, todo lo vivifica, se apodera de todo nuestro ser, en la medida que se lo permitimos, para comunicarnos su vida y hacernos vivir de ella… Vive y está dentro de nosotros, pero además nos atrae, nos cautiva, nos absorbe, nos consume Él a su vez: –no estamos solamente en su divino pecho, sino en su Corazón: por nuestro espíritu, nuestro corazón y nuestra voluntad; y el amor de su Corazón llega a ser el alma de nuestra alma, la vida de nuestra vida.

¡Oh! ¡Quién podrá expresar lo que es este momento sublime de la Comunión! Vive en nosotros y nosotros en Él… y por su presencia en nosotros, por este don de Sí mismo, todo entero, nos hace comprender (como a Santa Margarita María), hasta qué extremo nos ha amado a nosotros (a nosotros, personalmente) hasta hacerse pan y unirse a nuestra miseria.

2º Y ¿no parece añadir también para nosotros (por la realidad de su eficacia) aquellas palabras: *"No pudiendo contener dentro de Sí mismo las llamas de su ardiente Caridad"?* – ¿Qué hace, en efecto, por nosotros?... – Viene a comunicárnosla.

Jesús es el que viene a nosotros en la Eucaristía, el mismo Dios, el Amor Infinito… Amor que excede a cuanto podamos imaginar… Amor que aunque se basta a Sí propio, no puede ya contenerse, franquea las distancias, para venir… a la más ínfima y miserable de sus criaturas. Viene con su Corazón… todo Amor, para consumir en las llamas de su ardiente caridad todas nuestras pasadas iniquidades, o más bien, las reliquias de ellas, y encender en nuestra alma el vivo fuego del Amor Divino.

3º El fuego no arde sino comunicándose; es su propiedad. El Amor de Dios siente ansias de darse, para comunicarse luego a los demás, por medio de los que le han recibido.

Si nosotros no hemos sido escogidos para misión tan extraordinaria como Santa Margarita María, estamos todos llamados por la gracia de Dios a contribuir a la salvación de las almas, cada uno según su estado y vocación.

Cuanto más llenos de amor de Dios estemos, más se desbordará el Amor, dilatará nuestras almas y las de cuantos nos rodeen, facilitando en ellas el acceso del Amor de Jesús.

4º El fin de esta comunicación de amor es (según dijo Jesús) "colmar de beneficios a las almas, para que se libren de la eterna condenación".

Quiere sumergir a las almas en su Amor, a fin de que colmados los hombres de sus beneficios e iluminados por las luces de su fe, se muevan a la gratitud, –se sacien con confianza, –y viviendo vida de caridad se libren de la condenación eterna.

Aprendamos en estas últimas palabras cuán importante es que correspondamos a esta vocación; si Santa Margarita María no hubiese correspondido a la gracia, no hubiésemos recibido nosotros el conocimiento del Corazón de Jesús.

¡De cuántos beneficios no se hubiese visto privado el Universo! Si el resplandor de nuestra alma es menor, no por eso es menos verdadero; con la oración podemos nosotros iluminar las almas del mundo entero. – No las privemos del socorro divino por nuestro abandono; animémonos en nuestros

sacrificios, con el pensamiento del consuelo que produciremos a Jesús, con el deseo de la salvación de las almas.

Tengamos fe en las gracias recibidas –la Sagrada Comunión, el llamamiento–, el Apostolado, la participación en la Redención.

Oh, Rey de Amor, no contengáis más las llamas de vuestra ardiente caridad, sino extendedlas por medio de vuestros sacerdotes, de vuestros apóstoles, a fin de que colmados de vuestros beneficios, se libren los hombres de la eterna condenación.

## DIA VEINTIUNO

### Deseo que tiene Jesús de ser ardientemente amado

### (3º día de la Novena)

1º En la revelación antes considerada, manifiesta Jesús el Amor ardiente de su Corazón y la necesidad que siente de comunicarse; – en ésta descubre su inmenso deseo de ser amado con pasión; expresándolo como causa de la manifestación de su Corazón y de las efusiones de sus beneficios.

2º Los beneficios de su Divino Corazón.

3º Aprovechar los tesoros del Corazón de Jesús.

1º *Poco tiempo después Santa Margarita María fue favorecida con esta visión: Sobre un trono de llamas y fuego, más brillante que el Sol, transparente como el cristal, reposaba el Corazón de Jesús, rodeado de una corona de espinas, con una cruz sobre Él y abierta la llaga que le hizo la lanzada. – "Es tan grande* –dijo– *el deseo de ser amado apasionadamente por los hombres, que he querido manifestarles sobre ellos los tesoros de Amor, de Misericordia, de gracias, de santificación, y de salud".* (Bula de Canonización).

En la revelación precedente, Jesús había dado a conocer a Santa Margarita María, el Amor apasionado de su Corazón por los hombres… el *don* que de su Amor quería hacerles; y ahora, hace conocer sus deseos de recibir el

amor de sus criaturas, – un amor apasionado, – (se sirve de la misma expresión)…

El amor ha sido el sentimiento supremo de Jesús durante su vida mortal. Su amor no estuvo exento de sufrimiento, pues hacía vibrar todas las pasiones divinas de su alma; pero poniendo obstáculos el hombre a la realización de los designios del Amor, resultaba de ahí un movimiento ardiente, intenso, activo…; pero comprimido, que Jesús nos ha descubierto anteriormente, y que encuentra satisfacción en el alma de Santa Margarita María. Este Corazón tan lleno de amor, no pudiendo contener más en Sí mismo las llamas ardientes de su caridad, tiene necesidad de derramarlas por su medio… su objeto continúa, pues, siendo todo misericordia.

En retorno de su Amor, Jesús desea también ser amado apasionadamente; sirviéndose de esta expresión, para manifestar toda la fuerza del amor que exige; e indica que la grandeza de este deseo, es la causa misma de la manifestación de su Corazón: *"Es tan grande el deseo que tengo"...*

2º Según esta misma revelación, hemos comprendido ya, que su amor quería colmar a los hombres de sus beneficios, para librarnos de la eterna condenación. – Aquí es más explícito, señalando cuáles son sus beneficios: primeramente, la manifestación de su Corazón, de su Amor y del Amor Misericordioso de su Corazón para con los hombres, y como consecuencia, los tesoros que encierra y que va a derramar sobre ellos, para que puedan devolverle lo que de Él reciben… Da lo que desea que le den. Derramará, pues, sus tesoros de amor para que los hombres le amen con ese mismo amor… tesoros de misericordia… tesoros de su Corazón, entregados a la mísera criatura, para mover su corazón y provocarlo a la gratitud, a la confianza y también a la caridad misericordiosa;

Tesoros de gracia, de unión con el Padre, y de unión de las almas entre sí;

Tesoros de santificación, por la comunicación de sus propios pensamientos, palabras y acciones, y de las virtudes y méritos de su Divino Corazón;

Tesoros de salud, por la fe en su Amor, y por la caridad, – conociendo el alma de qué modo ha sido amada por este Corazón Divino, y de qué modo debe ella corresponderle a su vez.

3º Puesto que Jesús derrama sus tesoros para ser amado, aprovechémonos de ellos fielmente, pues no se nos han dado en vano. ¿Qué hemos hecho de ellos hasta aquí?... Si anhelamos la salvación, en los tesoros del Divino Corazón la hallaremos; – si deseamos nuestra santificación, abramos nuestra alma para recibirla del Corazón Divino, pues en Él está; – si sentimos ansias de que se aumente en nosotros la vida de la gracia, esos mismos tesoros nos la proporcionarán; –si pedimos misericordia, es uno de los tesoros del Divino Corazón; – si queremos Amor, aspirémosle en Él; Jesús no puede contenerle ya dentro de su Corazón. – En el ansia de recibirlo de nuestra parte, tiene inmensos deseos de dárnoslo Él primero; porque no podemos darle nada digno de Él, sin que de Él lo hayamos antes recibido.

Aprovechémonos de los tesoros de Jesús, excitándonos a amarle con un amor ardiente.

¡Oh, Rey amantísimo! Derramad sobre nosotros los hombres los tesoros de amor, de gracia, de santificación y de salud… de vuestro Corazón Divino, a fin de que, según vuestros deseos, seáis ardientemente amado de aquellos a quienes Vos amáis con el amor más intenso y ardiente.

## DIA VEINTIDOS

## El goce de Jesús

## (4º día de la Novena)

1º El gozo de Jesús.

2º La causa del gozo de Jesús.

3º Efectos de la Imagen del Divino Corazón.

1º *"Mi gozo,* añade Jesús, *está en ser públicamente honrado por los hombres bajo la figura de este Corazón de carne, a fin de que por Él sus corazones se inflamen. Derramará bendiciones dondequiera que esta Imagen sea venerada".*

Mi gozo, – el gozo de Jesús… Él mismo nos lo manifiesta. ¿Quién no querría emplear todas sus fuerzas en procurarlo? – ¿Y cuál es vuestro gozo?... ¡Oh, Jesús!

Mi gozo consiste en ser honrado, – en ser colocado en puesto de honor, no solamente en secreto… sino públicamente bajo la figura de este Corazón de carne.

No puede ser más explícito; su gozo está en ser honrado públicamente bajo esta figura. – Nosotros, pues, que queremos proporcionar gozo y satisfacción al que tanto nos amó, estamos en el deber de honrarle de este modo.

2º Jesús nos descubre también su designio de Amor; si goza que se le honre así, es porque pretende *mover los corazones* por este medio. Comprendo, ¡oh, Rey de Amor!, el celo de vuestros apóstoles porque se honre en todas partes ese Divino Corazón, pues cree en vuestra palabra y sabe que es el mejor medio de mover los corazones y atraerlos así a vuestro amor: ¡Oh, Jesús mío! ¡Realizad en todas las almas vuestros designios de Amor! Que queden penetradas de él cuantos os miren; que experimenten esa íntima conmoción del alma, que determine su conversión.

3º Vos decís, Jesús mío, que *colmaréis de bendiciones los lugares donde esa Imagen sea venerada.* Nosotros queremos, no solamente exponerla en nuestras casas, sino hacer de ella el objeto de nuestra veneración, de nuestro amor y de nuestro respeto. Su imagen ocupa ciertamente el puesto de honor en nuestra morada; mas… ¿la rodeamos personalmente nosotros de la veneración que le corresponde?...

¡Cuántas veces entramos en esos lugares donde está colocada, lo mismo que el Crucifijo, sin dirigirle siquiera una mirada… un pensamiento de amor!...

¡Qué lejos están los Santos de obrar de este modo… los verdaderos amantes de Jesús! No podemos dirigir una mirada indiferente a la imagen de un ser querido… sólo para Jesús hemos de ser tan fríos e insensibles[3].

Parece que, por lo mismo que se humilla tanto y que nos ama a todos con tan Misericordioso Amor, le correspondemos peor y le apreciamos menos los que tan obligados estamos.

Oh, Jesús mío, ¡vida por vida!, ¡amor por amor!... Quiero dedicarme con todas mis fuerzas a colocaros en el puesto de honor y tributaros en toda su intensidad la veneración que os es debida.

## DIA VEINTITRES

### La sed de Jesús

### (5º día de la Novena)

1º Jesús tiene sed y no halla quien se la mitigue.

2º ¿Qué homenaje debemos tributarle?

1º *"Siento una sed devoradora de recibir los homenajes de los hombres en el Santísimo Sacramento, y ninguno se esfuerza por calmarla correspondiendo a mi Amor".* (Bula de la Canonización).

Por un lado vemos la figura y por otro la realidad. Jesús se complace viéndose públicamente honrado en su *Imagen,* en su deseo de mover los corazones, colmarles de bendiciones y obligarles a corresponder al inmenso Amor en que se abrasa y que le causa ardiente sed de recibir los homenajes de los hombres en el Santísimo Sacramento.

¡Un Dios sediento de amor!... ansioso de recibir los homenajes de los hombres… y añade luego Jesús: "Nadie se esfuerza por calmarla,

[3] Se recomienda la práctica de la *Entronización de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús en el Hogar,* para responder a los deseos de su Sagrado Corazón; práctica tan recomendada por los Sumos Pontífices.

correspondiendo a mi amor". – Jesús dice: "Nadie… ninguno"… ¿es posible?...

Pero ¡ay! ¿Qué hago yo sino eso mismo? – ¿Acaso me esfuerzo por calmar esa sed, respondiendo a los impulsos de su amor?... Le amo, cuando la gracia me impulsa a amarle; pero cuando tengo que hacer algún esfuerzo para sobreponerme a mi naturaleza… ¿no me vuelvo como insensible a la sed de mi Jesús?... ¡ah! Dominado por el egoísmo ni siquiera pienso en calmarla.

Tan sólo estas palabras de Jesús a Santa Margarita María debían bastarme para orientar toda mi vida: un buen número de almas ha sabido aprovecharse de ellas, santificándose por este medio. ¡Qué energía, en efecto, pueden comunicar a nuestra vida, para responder a su amor, al deseo de calmar la sed de Jesús que vive en su Sacramento de Amor!

2º ¿De qué tiene sed? – De los homenajes de los hombres. – Y ¿cómo le correspondemos nosotros? – Por medio de estos mismos homenajes. Pero ¿cuál es el homenaje supremo?... La aclamación con que se le saluda como a Dios y como a Rey. Ese Jesús que tiene sed en el Tabernáculo, es el mismo que tuvo sed en la Cruz. – El que fue proclamado de una manera irrisoria Rey de ignominia, quiere ser declarado, aclamado ahora como Rey de gloria.

Este Santo Sacramento del Amor, es el mismo Calvario perpetuado de una manera incruenta. – Pongamos, pues, nosotros, sus amigos, sus esposas, todo nuestro mayor empeño en calmar su sed y resarcirle de todos los desengaños que recibe, de toda la indiferencia de que es objeto.

Tiene sed de homenajes… ¡tributémoselos!... El homenaje de fe, ante todo; ¡creamos que está allí, Dios vivo!... ¡Nuestro Creador!... nuestro Salvador, Soberano, Señor de todas las cosas, y por eso mismo Rey de gloria, Rey de Amor. – Rindámosle homenaje de adoración, con nuestra actitud llena de respeto y reverencia, complaciéndonos en estar de rodillas en su presencia: inclinando la frente ante Él; y reparando las genuflexiones irrisorias del Pretorio, haciendo las nuestras reverentemente como a nuestro Dios y a nuestro verdadero Rey.

¡Rindámosle nuestros homenajes de Amor!... – Llamas de Amor quiere Él esparcir; abramos nuestro corazón para recibirlas; dejemos que lo abrase

todo. Que esas llamas que se escapan de su pecho hacia nosotros, vuelvan igualmente inflamadas, de nosotros a Él.

Tiene sed de Amor, como la tenemos también nosotros; Él de recibirlo, nosotros de dárselo: y porque nuestra indigencia es extrema, y su abundancia infinita, siente Él necesidad de dar, para recibir; nosotros, de recibir, para dar.

¡Comercio admirable!... Que ese sea en adelante el objeto de nuestra existencia. – ¡Dichosa vida, la que se emplea en este fin Divino, satisfaciendo los anhelos del Corazón de Jesús; proporcionándole alegría: calmando la sed de que le abrasa! – Preciso es para lograrlo olvidarse de sí propio, teniéndose por nada; pues cuando se mira y se busca uno a sí mismo, no está aún plenamente a las disposiciones de Aquel  quien se ha consagrado por el tiempo y por la eternidad.

No vivir ya sino para calmar la sed de Jesús, por medio de nuestros homenajes.

¡Oh, Jesús! Yo os adoro como a mi Dios y a mi Rey, rindiéndoos como a Soberano mis homenajes; quiero, ante todo, calmar la sed de vuestro Corazón, correspondiendo a vuestro Amor.

## DIA VEINTICUATRO

### Cielo de reposo

### (6º día de la Novena)

1º *“He escogido tu alma, con el fin de que sea para Mí un cielo de reposo.”*

2º Y tu corazón será un trono de delicias para mi Divino Amor.

*“He escogido tu alma con el fin de que sea para Mí un cielo de reposo, y tu corazón un trono de delicias para Mí”.*

1º Fácil es comprender la impresión profunda que debieron producir estas palabras en el alma de nuestra Santa. – Al recogerlas nosotros, nos sentimos sobrecogidos por un sentimiento profundo de respeto; – ¡el alma de Margarita María, escogida por el mismo Jesús como su Cielo de reposo!... ¡Un Cielo!... es decir, su propia morada, – donde brilla el amor, en el seno de una felicidad divina… ¡Un Cielo!... ¡Reino eterno de Amor de Nuestro Señor, donde su santa voluntad es amada, deseada, soberanamente cumplida!

Jesús dice: "Un cielo de reposo". – El carácter peculiar del Cielo que Él busca en el alma de su sierva Margarita, es el reposo, esto es, la paz en el orden; – el estado que sigue a la adquisición de un bien, o a la terminación de un trabajo efectuado. – Este reposo significa también complacencia, el término de la lucha y de la oposición, la perfecta tranquilidad.

En el alma de Margarita María encontraba Jesús, ciertamente, su cielo de reposo; reinaba en ella como Soberano, y a medida que se descubría a ella, nuestra Santa se iba modelando más y más bajo la acción divina, y cuanto más íntimamente reposaba ella en Dios, con mayores delicias reposaba Dios en ella.

Jesús nos ha escogido también a nosotros… a nuestras almas, para su cielo de reposo; quisiera disfrutar de este cielo de reposo en nosotros:

Cielo de reposo en el espíritu, – por nuestra conformidad con sus divinos designios:

Cielo de reposo en la voluntad, por nuestra unión a su santa voluntad.

Cielo de reposo en nuestros afectos, – no teniendo sino un solo y mismo amor con Él.

¡Jesús tiene que luchar tanto para conquistar las almas!... ¡Encuentra la mayor parte de las veces tanta resistencia! Entreguémosle por completo la nuestra, para que llegue a ser su Cielo de reposo. Tan pronto como surja en ella la pasión o la oposición, pidamos a Jesús que lo apacigüe todo, que todo lo ordene, para que encuentre allí el reposo de su Corazón.

Durante su vida mortal, Jesús iba a descansar de sus trabajos a casa de Marta y María. Después de las penas y las pruebas, se busca reposo y descanso entre los amigos; – ahora bien, como Jesús es verdadero Dios, ¡su morada es un cielo que trae consigo! – Sea, pues, nuestra alma, como la de Santa Margarita María, para Jesús, un cielo de reposo, donde encuentre compensación y desagravio de las ingratitudes, las rebeliones y los desprecios que recibe en todas partes, pues ese triple contrapeso debe hallarse siempre en el cielo de reposo de Nuestro Divino Rey.

2º Jesús escoge seguidamente el corazón de Santa Margarita María para hacer de él un trono de delicias para su Corazón. – El trono es el sitial que ocupa el Rey. El corazón de la Santa será el sitial del trono donde descanse el Rey de Amor, como en un cielo de reposo; corazón que será para Él un trono de delicias, un trono de consuelo para su divino Amor. – ¡Ah! Quisiéramos ofrecerle también nuestros corazones, como otros tantos tronos de reposo y consuelo para su corazón. Pero si recordamos aquella palabra de Jesús: *"Voy buscando un corazón puro, para en él hacer el lugar de mi descanso",* nuestra alma se sentirá invadida de tristeza al pensar que le será imposible disfrutar de semejante dicha; mas el espíritu de amor nos recuerda que el amor purifica; ¡y San Francisco de Sales ha dicho que nuestra miseria es el trono de la Misericordia del Señor!

Podremos, pues, convertirle, si queremos, en trono de su Amor Misericordioso.

No dejemos de ofrecérselo todas las mañanas, cuando por medio de la Comunión entre este Rey en nuestras Almas; así como nuestras potencias y sentidos, prometiéndole fidelidad y procurándole la verdadera paz para que Jesús encuentre en nuestra alma el reposo y las delicias de su Amor.

Si tratamos de indagar los deseos de Jesús, en sus divinas revelaciones, veremos que el cielo que le pide para su Amor, es siempre el mismo, – cielo de gozo y complacencia, y por lo tanto, de reposo.

Que nuestra vida se emplee toda en ella y responda a este designio, – el más consolador de todos; gracia de elección de la que todos somos indignos, pero que por lo mismo debemos apreciarla más. Pidamos para ello la

protección de la Discípula del Corazón de Jesús. Seguramente no podrá negarse.

Esforcémonos en ser para Jesús su Cielo de reposo.

¡Oh, Jesús mi Dios y mi Rey! ¡Que mi alma sea también un cielo de reposo, y mi corazón sea para Vos un trono de delicias!

## DIA VEINTICINCO

### Sacrificios ardientes

### (7º día de la Novena)

1º Santa Margarita María, escogida por Jesús para ofrecer al Padre Celestial sacrificios ardientes.

2º Objeto de los sacrificios.

3º Medios para realizar este bien sublime.

*"Yo te he escogido para ofrecer a mi Padre sacrificios ardientes, para aplacar su justicia, y para rendirle un tributo de gloria infinita en esos sacrificios, uniendo a ellos el de todo tu ser para honrar el mío".*

1º Jesús escogió también a Santa Margarita María para ofrecer sacrificios a su Padre Celestial; sacrificios ardientes; sacrificios de amor, de un amor que abrasa y está siempre en constante actividad.

¿Y qué es lo que Margarita María debe aplacar?... Todo lo suyo, todo su ser. – Sacrificar es inmolar, renunciar a una cosa, encontrarse luego desposeída de todo, como si no existiese; sacrificar un pensamiento es sepultarle voluntariosamente en el vacío; sacrificar un gusto, una inclinación, es lo mismo que aniquilarlos; y este sacrificio hecho a Dios por amor, con un amor ardiente, es un homenaje que le glorifica, un homenaje en el que se reconoce su Soberano dominio.

Desde el principio de la creación, el Señor rechazó el homenaje de los sacrificios; Abel y Caín los ofrecían; pero ¡con qué diferencia! Los sacrificios

de Caín eran solo exteriores y ofrecidos de mala gana, dando lo menos que podía y acompañados tal vez de murmuraciones y de egoísmos. Los sacrificios de Abel eran ardientes y agradables al Señor.

Todos los hombres tienen que soportar forzosamente los sacrificios que les imponen las enfermedades, los trabajos, los deberes de su estado, el trato con sus semejantes, la situación en que viven y la muerte misma, pero son pocos los que saben aprovecharse de estos sacrificios y convertirlos en meritorios.

Pidamos al Señor que nuestros sacrificios sean siempre ardientes, es decir, vivificados por el amor, y supliquémosle conceda esta misma gracia y estos mismos deseos a muchas almas, y sobre todo, a los que sufren, para que obtengan el fruto debido de sus sacrificios.

2º Jesús indica el fruto de estos sacrificios ardientes: *"Para aplacar su Justicia y rendirle una gloria infinita"* ¡Qué hermosas palabras!

Pero, ¿cómo podrá realizar el deseo de Jesús una pobre y débil criatura como Santa Margarita María? – y ¿qué significan estos sacrificios ante la Majestad ultrajada?... – ¿Será capaz de rendir una gloria infinita a su Dios, un ser ilimitado? – Por sí mismo, seguramente no; pero Jesús concede lo que Él mismo pide, indicando a Santa Margarita María lo que deberá hacer para alcanzarlo.

3º Este medio de aplacar la Justicia Divina, y de rendir al Padre el tributo de una gloria infinita, consiste en lo que dijo Jesús mismo: *"en la ofrenda que tú harás de Mí mismo en esos sacrificios".*

Jesús quiere que su sierva haga sacrificios; que ofrezca estos sacrificios al Padre, que ofrezca a Jesús mismo en esos sacrificios. – Pero ¿cómo se podrá realizar esto?... Por el ofrecimiento que hagamos de Jesús a su Padre, en el acto mismo de ejecutar cualquier sacrificio; por ejemplo, al retener una palabra inútil o contraria a la caridad, o al renunciar a un pensamiento de juicio temerario, hacer al mismo tiempo la ofrenda de Jesús, que practicó tan perfectísima abnegación, considerando que Jesús no juzgaba… que Jesús excusaba a sus verdugos, y recordando el silencio de Jesús en su Pasión… en el Pesebre… ¡en la Eucaristía!

De esta manera, nuestros menores sacrificios (que no son sino actos humanos) se transformarán en actos revestidos con los méritos de Jesús… de un valor infinito.

Jesús, por su unión hipostática, sufría como Hombre, y daba, como Dios, un precio infinito a sus sufrimientos. En cuanto a nosotros, por caridad y por gracia, quiere el Señor, según lo aconsejó a Santa Margarita María, que nos acojamos a sus méritos para aplicarlos a nuestros sacrificios; y así, con este tesoro divino aplacaremos a la Divina Justicia y daremos al Padre una gloria infinita.

Jesús termina diciendo: *"Y uniendo el sacrificio de todo tu ser para honrar el mío";* como para significar que no sólo quiere el sacrificio ardiente del momento, pedido por su voluntad actual, sino también la ofrenda de su ser mortal, para honrar el suyo. Se honra, en efecto, la Santa Humanidad en su estado de oblación, ofreciéndonos a nosotros mismos, en unión con Ella, para no dejarla sola en la inmolación y en el sacrificio, pues se rinden honores, acompañando, siguiendo los ejemplos, y conformando la propia voluntad con la de Aquél a quien se quiere honrar.

¡Oh Jesús, mi Bien amado! Avivad continuamente mi amor, para que de mí recibáis cuanto de mí esperáis…, y puesto que me hacéis comprender que las palabras de vuestro Corazón a Santa Margarita María se dirigen también a mí, quiero esforzarme en ofreceros a Vos mismo, en mis sacrificios, ofreciéndome incesantemente unido a Vos.

Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, vuestro Hijo muy amado, y me ofrezco yo a mí mismo, en Él, con Él, y por Él, a todas sus intenciones y en nombre de todas sus criaturas.

DIA VENTISEIS

## Abismar sus miserias en el Sagrado Corazón

## (8º día de la Novena)

1º Abismar sus miserias en el Corazón de Jesús.

2º No pensar más que en amarle.

3º Olvidarse de sí misma.

*"Abisma todas tus miserias en el amable Corazón de Jesús, y no pienses más que en amarle, olvidándote de ti misma".*

1º Hemos estudiado durante esta semana las palabras de amor de Nuestro Señor a Santa Margarita María, y vamos a terminar recogiendo un consejo de la Santa. ¿Podremos aprender en mejor escuela, que en la de la Discípula predilecta de Jesús, que recibió directamente las enseñanzas… y conoció los secretos del Divino Corazón?

*"Abisma todas tus miserias".*

¡Sumérgelas en un abismo, para que allí sean confundidas, aniquiladas! Y, ¿en qué abismo?... ¡En el amable Corazón de Jesús! Santa Margarita María nos muestra ese Corazón adorable, no sólo amante, sino amable; lleno de atractivos y encantos… acogiendo hasta la misma miseria (de donde toma el nombre de Amor Misericordioso).

2º Y después de haber tenido el valor de tomarlas y sumergirlas en el abismo de este amable Corazón (pues se necesita gran valor y confianza para hacerlo), añade:

*"No pienses más que en amarle".*

No te preocupes ya de lo que has sumergido en el abismo, de lo que has abandonado; que sea la única ocupación de tu espíritu pensar en amarle.

¡Qué instructivas, claras y fecundas son todas las palabras de Jesús! pues como el espíritu se disipa dando mil vueltas sobre el pasado o preocupándose por lo venidero, conviene darle una ocupación que llene el

vacío causado por el sacrificio de nuestras miserias. – Y, ¡pensar que el amable Corazón de Jesús – como así lo llama Santa Margarita María –, acepta no sólo el sacrificio de bienes preciosos, sino hasta el de nuestras propias miserias!...

Por eso, en lugar de ocuparnos de recordarlas… no debemos tener ya otro pensamiento ni otro deseo que el de amarle, pensamiento único, que debe absorberlo todo en nosotros, de ahora en adelante: *"¡No penséis más que en amarle!"* dice; y no solamente *amarle,* sino que *no pensemos más que en eso;* tan cierto es que la mayor parte de las veces nuestras faltas, provienen principalmente de que no estamos atentos al pensamiento de amarle.

El Señor dice en la Sagrada Escritura: "Anda en mi presencia y sé perfecto". – No pensemos *sino en amar* y todos los designios de Dios se realizarán en nosotros.

3º El gran obstáculo del amor de Dios es el amor propio. Lo que nos impide pensar en el Amor es el ocuparnos tanto de nosotros mismos. He aquí por qué añadió la fiel amante del Corazón de Jesús: *"Olvidándoos de vosotros mismos";*

– El amor propio pretende continuamente ocupar el lugar de Dios en el alma, pero ¿con qué interés?... ¿con qué fin? Con el de retardar nuestra unión divina en la tierra, y más tarde la posesión de Dios en el Cielo por la prolongación de nuestra estancia en el Purgatorio; y sobre todo, a fin de ver aminorada la complacencia de Dios en el alma, menos aplacada su justicia y menos aumentada su gloria.

¡Oh, miserable de mí, queriendo ocupar el lugar de Jesús! – Quiero hacer desde ahora sacrificios ardientes de mí mismo, revestidos con los méritos de Jesucristo, haciendo así de este modo la ofrenda de todo mi ser unido al de Jesucristo… ¡Dichosa vida!... ¡vida de amor, de gloria y regocijo para el Corazón del Amado!

Abismemos todas nuestras miserias en el Corazón de Jesús, esforzándonos para no pensar más que en amarle, con olvido completo de nosotros mismos.

¡Oh, Jesús, Rey amadísimo! Dadme la gracia de cumplir todo lo que me pedís.

## DIA VEINTISIETE

## Fiesta del Sagrado Corazón

## (Último día de la Novena)

### EXCESOS DEL AMOR A JESUS

1º Disposición de Santa Margarita María. El deseo que Jesús le manifiesta es un deseo constante.

2º Excesos del Amor de Jesús.

### RECONOCIMIENTO QUE RECIBE

3º Jesús no recibe sino ingratitudes en correspondencia a un amor tan grande.

4º Cómo se manifiesta esta ingratitud: – irreverencias y sacrilegios.

5º Frialdades y desprecios.

6º Lo que más aflige a Jesús.

### LO QUE JESÚS PIDE

7º La fiesta del Sagrado Corazón.

8º La Sagrada Comunión.

9º La gran reparación de honor.

### PROMESA

10º La Divina Promesa.

1º *Mientras se preguntaba Santa Margarita María cómo podría ella expresar su gratitud por las gracias que recibía, le dijo el Señor: "Ninguna me será tan grata como la realización de lo que tantas veces te he pedido".* (Bula de Canonización).

Vemos ya la disposición de nuestra Santa. Su alma se desborda de gratitud… pensando *cómo* podrá manifestar su reconocimiento… – Jesús mismo va a descubrírselo, indicando lo que le será más agradable, y añade lo que tantas veces le ha pedido y aún va a reclamar de nuevo. No es, por tanto, un deseo pasajero del Corazón de Jesús, el que vamos a conocer; sino un deseo constante, mil veces declarado… y al que tal vez se resistió la Santa, a causa de la grandeza de la petición, y de la debilidad del instrumento elegido para realizarlo.

2º Escuchemos, pues, con piadoso recogimiento y ardiente deseo de corresponder al deseo de Jesús: *"He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y que nada economizó hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor"*. (Bula de Canonización).

En las meditaciones precedentes, hemos visto el amor apasionado del Corazón de Jesús, su deseo de ser correspondido. En esta revelación, Jesús nos descubre todo el exceso de su amor, manifestándonos que su Corazón… el Corazón de todo un Dios… ha llegado hasta el extremo de agotarse y consumirse por demostrarnos su amor…

¿Qué podrá decir… ni qué podrá hacer nuestra pobre alma, ante semejante declaración de amor?... Querría ella a su vez agotarse, consumirse de amor por Él.

Pero escuchemos aún… y dejemos que el dardo divino traspase nuestro corazón, como fueron traspasados el Corazón de Jesús y el de su Santísima Madre…

3º RECONOCIMIENTO. – *En agradecimiento, Yo no recibo de la mayor parte de los hombres, sino ingratitudes y desprecios, por sus irreverencias y menosprecios que tienen para Mí en este Sacramento de Amor.* (Bula de Canonización).

¡Oh, Maestro Adorado! ¡Rey Divino! ¡Imposible parece!... Damos las gracias hasta al que nos da un pedazo de pan; vemos que hasta en el corazón de los animales irracionales, vibra la gratitud hacia aquellos que los acarician y favorecen; y Vos, su Salvador y su Dios, por todo reconocimiento (según la expresión misma de que os servís) no recibís más que ingratitudes y desprecios de la mayor parte de los hombres; no sólo de algunos pocos, aisladamente, sino *de la mayor parte de los hombres.*

¡Oh, Maestro bueno!... ¡El corazón se acongoja!... La ingratitud de un ser a quien se ama, a quien se hace algún beneficio, basta para llenar de amargura y de profunda tristeza el corazón más amante. Y… ¿qué corazón será tan sensible como el vuestro?... ¡Oh, Jesús mío! Sufrís por cada una de esas almas, como si fuese ella sola la que os está haciendo sufrir… ¡Y cuántas almas… cuántos millares de almas no están clavando al mismo tiempo el dardo de la ingratitud en vuestro Corazón amante!

4º Pero, ¿cómo lo clavan?... ¿cómo se consuma semejante ingratitud? ¡Con sus irreverencias y sacrilegios! La irreverencia es el ultraje, el insulto que se hace a aquel cuya calidad exige respeto y honor.

El sacrilegio es la violación de una cosa sagrada, y ¿qué cosa más sagrada en el mundo que la Persona misma de Jesús?… y en esta misma Persona… ¿cuál más sagrada que su amor? – La irreverencia y el sacrilegio son crímenes de lesa Majestad, contra nuestro Dios y Rey. – Irreverencias y sacrilegios que son tanto más odiosos cuanto que se dirigen al Corazón de Aquel que los amó *"hasta agotarse y consumirse para demostrarles su Amor".*

¡Oh, Jesús mío! Esta repetición de vuestros excesos de amor, destrozan mi pobre corazón; pero así debe ser, a fin de que, profundamente conmovido, sea aguijoneado por su propio dolor y por su propio amor, para amaros más y más y corresponderos mejor.

5º FRIALDAD Y MENOSPRECIO. – Señaláis ¡oh, Jesús mío adorable!, otro género de ingratitudes no menos sensibles a vuestro Corazón ¡no es ya la ofensa provocadora!... – es el dardo acerado de la frialdad y el desvío con que se rechaza el beso divino… – ¡Cómo… Jesús mío!... ¡Os

habéis rebajado hasta haceros Hostia (Víctima) y sacrificio… y precisamente en ese mismo Sacramento divino de vuestro amor, es donde sois peor tratado y hasta ese punto menospreciado!... ¡Vos!… el Amor por excelencia… el Infinito Amor… ¡Amor todo Misericordia! ¡Que sea precisamente donde más nos habéis amado… donde más continuáis amándonos… donde también más se os ofenda!... ¡Oh, Jesús mío! También será desde hoy donde más os amemos…

¡Ah! ¡Que no pudiera yo publicar en toda la faz de la tierra los excesos de vuestro amor, y la ingratitud de los hombres provocando en todas las almas el deseo de restituiros su amor!...

6º LO QUE MÁS AFLIGE A JESUS. – Creíamos conocer ya todos vuestros dolores, ¡oh Jesús mío!, pero aún más nos descubrís nuevas amarguras. Son tan agudos vuestros sufrimientos, no solamente por la grandeza misma de vuestro amor y por el número de ingratos que oprimen vuestro Corazón con su crueldad y malicia, torturando vuestro Corazón amante… sino por un refinamiento de amargura que agudiza más y más vuestra pena, según Vos mismo lo expresasteis: "*lo que me es más sensible aún que todo lo restante"…* (Bula de Canonización).

¿Será posible, Maestro Divino?... ¡Ah, ya comprendo el dolor de vuestro Corazón! – Que un desconocido os ultraje, podéis soportarlo; que lo haga uno de vuestros favorecidos, eso os afecta más; pero que *un amigo* os abandone o solamente aparte de Vos su rostro, ¡ah, eso os causa mucha mayor pena! – ¡pena más proporcionada al amor que tenéis al alma que os ofende, que a la ofensa misma que ella os hace!

Por eso, Jesús se lamenta tanto de que sean precisamente *corazones a Él consagrados* los que tan mal le corresponden; corazones que se han dado a Él, consagrados a Él, y que faltan al respeto debido a su carácter sagrado, y a la Divina Presencia, y que no viven del Amor ni por el Amor. – ¡Oh, cuán obligadas están las almas especialmente a Él consagradas (los Sacerdotes y Religiosas) a deshacerse y consumirse a su vez, para rendirle amor por Amor!

Ese lamento de Jesús debía provocar en ellas el deseo de ser las primeras en esa restitución de Amor, no solamente en nombre suyo, sino también en el del Universo entero.

## SÚPLICA DEL CORAZÓN DE JESÚS

7º LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN. – Jesús nos ha comunicado sus amarguras y dolores. – ¿Qué remedio pondremos a ellos?... – De los mismos labios de Jesús (que hablan de la abundancia de su Corazón) va a brotar una súplica. – Mas, para que Margarita María no ignore el objeto de ella – (porque esta súplica tiene un fin particular, divino), Jesús le dice, después de haber desahogado en ella su sufrimiento: *"Por eso... porque me oprime tan gran dolor... te pido el primer Viernes de la octava del Santísimo Sacramento, al final de la octava en que Yo he permanecido expuesto a vuestras adoraciones de Amor".* – Jesús elige su Viernes, el Viernes… día de su Corazón, día de su Calvario y del Amor, el primer Viernes después de la octava del Corpus…

*"Para que sea dedicado a una fiesta particular en la que sea honrado mi Corazón".* (Bula de Canonización).

Como desagravio y compensación a sus dolores, Jesús quiere una fiesta. – Lo que importa, pues, para responder al deseo de Jesús, es, desde luego, la realización de esa fiesta, del día designado por Jesús mismo; – mas el carácter de este día ha de ser *de fiesta* –, esto es, de alegría y… regocijo para el Corazón del Amado; ¡fiesta en honor de su Corazón, objeto de la misma!

Las almas que comprendan el carácter de este día, se esforzaran ante todo en proporcionar alegría y consuelo al Divino Corazón, pero, ¿lo harán únicamente por las manifestaciones exteriores? – Estas sólo deben ser la expresión de un deseo inmenso de reparación de amor… – ¿Sentiría satisfacción una madre, si su hijo por agasajarla con flores el día de su fiesta, contraviniese sus órdenes y su voluntad?... ¿Sería una fiesta verdadera para el Corazón de Jesús, si nosotros no tuviésemos nuestros corazones dispuestos también para agradar al suyo?... ¿si encuentra en ellos dudas, y desconfianzas de su amor; sequedades o rencores para con el prójimo…

Es preciso que nuestro corazón esté por completo a merced del suyo, y que la paz reine totalmente en nosotros y alrededor nuestro, al presentar nuestra ofrenda.

8º LA SAGRADA COMUNIÓN. – Pero, ¿de qué modo agradaremos más a su Corazón en esta fiesta? – El Amor no halla descanso, ni se sacia, sino con la unión, en la unión recíproca. – El Corazón de Jesús arde en deseos de darse y de recibir; por eso inventó la Comunión… Pide, pues, la Comunión en ese día. – ¡Oh, sí!... comulguemos digna y santamente para complacer al Amado. – Que esta Comunión sea para Él una Comunión de día de fiesta, preparada con la mayor delicadeza de amor; si hacemos fiesta en nuestras casas, hagámosla también y sobre todo en nuestras almas. – Renovemos en ella íntimamente nuestra entronización. – El Reino de Dios ha dicho Jesús que está dentro de nosotros. En nuestro interior es, pues, donde debe ser elegido, aclamado, y, sobre todo, reconocido y tratado como Rey – como Amigo –, verdadero Rey de Amor Misericordioso, sobre el trono de nuestra miseria. Entreguémosle nuestros sentidos y potencias, para consagrárselos y no volver a servirnos de ellos sino para su gloria y beneplácito.

Pasemos, pues, todo el día con regocijo, y en la intimidad con nuestro Rey, y por la noche, que cada familia no forme sino un solo corazón y una sola alma para renovar públicamente la Entronización en el hogar. ¡Cuán consolador será para su Corazón el verse reconocido Rey de los corazones, Rey de cada corazón; y reconocido por todos esos corazones en una misma familia! ¡Rey del hogar!; y por medio de todos los hogares, unidos en una misma aclamación, Rey de la Nación; y por estas naciones ¡Rey del Universo!

¿No es este el fruto que debiera producir en nosotros la Comunión, puesto que en Jesús tenemos todos a un mismo Rey, dentro de nuestros corazones, uniéndonos en Él, por su Divino Espíritu, a todos los individuos, los hogares y las naciones?

9º REPARACIÓN. – Después de la Comunión, donde cada alma hará íntima reparación, – reparación de las irreverencias, por la adoración, – de los sacrilegios por el Amor, – de la frialdad por la ternura, – del menosprecio por la gloria: cada alma deberá hacer la *Reparación de honor*, pública y solemnemente, con un *Acto de desagravio* que repare todos los ultrajes que

Jesús ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares; es decir, todo lo que fue indigno de su Divina Majestad.

Hagamos, pues, fervorosamente esta reparación de honor públicamente; sobre todo, renovemos en lo más íntimo de nuestro corazón la resolución de acercarnos a Jesús Sacramentado, convencidos de que *real y verdaderamente está* en el Sagrario con un Corazón incomparablemente amante y sensible como ningún otro corazón humano. Tomemos también la resolución de asistir a los actos de la iglesia con todo recogimiento y piedad, y con una modesta compostura; sin que se distraiga nuestro pensamiento, y atento siempre a la presencia de Dios; procurando que nuestras Comuniones sean cada vez más fervorosas, más edificantes y más amorosas, rebosando gratitud; y sobre todo, olvidándonos de nosotros mismos, para no pensar ya más que en amar y hacer amar a Jesús, y en procurarle la mayor gloria.

10º LA DIVINA PROMESA. – Jesús, después de haber desahogado su dolor, y hecha su petición, declara ahora su Promesa:

*"Yo te prometo, igualmente, que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre todos cuantos le rindan este honor y procuren que otros se lo rindan también".*

*Yo te prometo:* (Jesús habla – y todas estas palabras constan en la Bula de Canonización) *"Yo te prometo que mi Corazón se dilatará"...* se dilatará en la alegría;… – la pena oprime – la alegría dilata –… ¡Oh, Rey amantísimo!, aun cuando vuestra Promesa no tuviese más que esa consecuencia, sería ya bastante para mí corazón, saber que el vuestro se dilata, al celebrarse por fin su Fiesta; ¿qué alma, por poco amante que sea, no querrá daros y procuraros semejante consuelo?

Pero no se detendrá aquí vuestro Corazón; se dilatará para derramarse y derramar con abundancia lo que contiene; es decir, las influencias de su divino Amor… – *"Las influencias de su divino Amor".* ¡Oh! ¡Qué palabras!... ¡qué frutos no producirían, si el alma estuviese bien dispuesta para recibirlas! ¡Y qué transformación experimentaría el alma con ese contacto divino! Propio es del Amor, como del fuego, atraer a sí las cosas, para transformarlas en Sí mismo.

Y esas divinas influencias, ¿sobre quién las derrama? *Sobre todos los que le rindan este honor y procuren que otros se lo rindan.* – Fácil es comprender el ardor y el celo de las almas, que han dado fe a las palabras que dirigió Jesús a su fiel amante Margarita.

Pidamos, pues, que se multipliquen constantemente esas almas y que todas ellas, después de haberse consagrado sin reserva a la causa del Rey Divino, se mantengan siempre dispuestas a recibir los efectos de sus divinas promesas. – Mantenerse en una disposición de sincera gratitud.

Compartir los dolores de Jesús.

Dedicarnos con todas nuestras fuerzas a celebrar con mucho fervor la fiesta del Divino Corazón, con una Comunión fervorosa; y con público, honroso y solemne desagravio.

¡Corazón de Jesús, Amor Misericordioso, Vos sois nuestro Rey!

¡Padre Santo, glorificad a vuestro Hijo, a fin de que vuestro Hijo os glorifique a Vos!

## Preparación para el Triduo

*"Busqué quien me consolase y no le hallé"*

Todos encontramos sobre la tierra algún amigo: algún corazón adicto y fiel… – El Rey de Amor, quisiera también hallar un amigo fiel… un verdadero amigo; Él se los elige, pero no fuerza a nadie.

¡Oh, dichosos aquellos a quienes Él escoge!... Nosotros, los que leemos estas palabras, somos tal vez de ese número; pero es necesario que nuestro amor responda a su Amor… para llegar a ser de sus amigos.

No se trata de ser amigo de un *"personaje cualquiera":* ¡es el Rey! Es mi Dios, es el Amor Infinito, quien me escoge… si yo me presto para ser su amigo.

¡Mi Dios… el Salvador del mundo se digna aceptar, mas bien, mendigar el corazón del hombre!... ¡quiere recibir de él un poco de consuelo, algún alivio en los sufrimientos que ha padecido por él!

Nos deshacemos de gratitud por la menor prueba de bondad y afecto que recibimos de los hombres… y un Dios, muere de amor por nosotros, y no se piensa siquiera en ello!...

¡Un Dios está en el Tabernáculo, prisionero por nosotros; y apenas se le visita!...

La fe y la experiencia nos enseñan, que no recibe de la mayor parte de los hombres, sino indiferencia y ultrajes; y nosotros ¿no pensamos siquiera en consolarle?... Cuando vamos a verle, a visitarle, casi siempre es para exponerle bagatelas, mezquindades…

¡Oh, qué error! Se cree el alma noble y amplia, porque se toma la libertad de hacer cuanto quiere, y concede a su espíritu toda licencia; no demuestra eso, por el contrario, la mayor estrechez de miras y la mayor ruindad de un corazón, donde ya no hay lugar más que para sí mismo?

¡Esas almas que se dicen libres son las desgraciadas esclavas de sí mismas!

Ya decía San Pablo: “Los hombres se buscan a sí mismos en todas las cosas”. –

Pidamos a la santísima y fidelísima Virgen María, Madre del Amor Hermoso, que nos desprenda de nosotros mismos; y nos presente a Jesús por amigos; – pero amigos de corazón grande, generoso, universal, que se dilata amorosamente, para abrazar todos los intereses del Divino Maestro, prestando su concurso a todos los sacrificios, y poniendo toda su dicha en anonadarse para ser, a imitación del Maestro, un amigo, un bálsamo para su corazón – y un humilde cimiento para las obras de celo de sus hermanos.

DIA VEINTIOCHO

## Primer día del Triduo: Divina declaración de Amor

*"Te he amado con una caridad eterna; por eso te he atraído, teniendo piedad de ti".*

Esta frase contiene toda la revelación del Amor Misericordioso que Jesús me tiene a mí, su mísera criatura. – ¡Jesús me ama!...

¿Quién es el que me ama?... ¡Mi Dios! ¡El Eterno Amor! El que se basta a Sí mismo y en Sí mismo encuentra su dicha y felicidad. – No pudiendo contenerse dentro de su Caridad, me ha creado para comunicarse conmigo, para derramar en mi su bondad, y aún antes de que yo existiera, ya me había concebido en sus designios de Amor… ¡ya me amaba!... Desde que Dios existe, me ama y soy obra de su voluntad.

¡Oh, criatura que tan poca cosa eres! ¡Cómo te engrandece el Amor de tu Dios!

¡Me amó con una caridad eterna y por eso me atrajo a Sí!

El amor atrae al amor; porque me ama tiene sed de mi amor, y como entre Él y yo existe una distancia infinita, y nadie puede ir a Él, si Él mismo no le atrae, mi Dios me ha atraído… ¡lo creo firmemente! ¡Así lo siente, en verdad, mi alma! Jesús es para mí un imán irresistible.

Pero ¿cómo puede atraer hacia Sí el Santo de los Santos a un ser tan miserable?... El mismo lo manifiesta: *"Porque he tenido piedad de ti".*

"Mi Corazón es el Amor Misericordioso que, conmovido de compasión hacia la mísera criatura, ha descendido hasta ella, para estrecharla en amoroso abrazo.

"Mi gloria y mi gozo consisten, en derramar el bien sobre todo lo que es pobre, débil, vil y miserable.

*Porque te amaba, he tenido piedad de ti,* que eres cual insignificante partícula de polvo, ignorada en el Universo; y aunque hayas huido de Mí… aunque te hayas sustraído muchas veces a mi Amor, Yo te he traído muchas

veces a mi Amor, Yo te he sido fiel, y no he cesado de amarte, de atraerte, porque mi compasión crecía a medida de tu miseria. – Vuelvo hoy de nuevo… ¡Vuelve a Mí!... Cree, hijo mío, ¡cree en el inmenso Amor Misericordioso que te tengo!"

Y… ¿Quién es el que hace a nuestra alma semejante declaración de Amor…?

¡Un Dios!... sí, ¡Dios mío!... Aquél que tan justamente es llamado "El Amor Misericordioso".

¡Ah! Recibamos estas divinas palabras como último llamamiento que nos hace para brindarnos su Amor un Corazón amigo. Palabras que deben abrir ya total y definitivamente nuestros corazones, provocando en nosotros una confianza sin límites; mirando a Jesús ya verdaderamente como nuestro mejor Amigo.

¡Ah! El que haya tenido la dicha de encontrar en la tierra el dulce e inapreciable tesoro de un amigo verdadero, recordará tal vez lo que fue un día para ellos aquella primera entrevista más íntima, aquella confidencia más completa, aquella declaración de amor en que el alma comprendió y penetró el corazón de su amigo… Aquella entrevista aclaró entonces cosas pasadas, y actos anteriores, cuyo alcance no pudo él antes sospechar, y que no tenían otro objeto que el que logró, al fin, en ese día; y esos dos corazones amigos, abriéndose entonces uno en otro, se comprendieron, y en lo sucesivo reinó entre ellos la unión más íntima, más profunda… unión de corazones, de pensamiento y de voluntades.

¡Aún siendo todo un Dios el Rey de Amor, tiene el Corazón sediento de amores! Busca amigos por doquiera; corre en pos de ellos… llama a su puerta, mendigando amor: *"¡Hijo mío, dame tu corazón!"*.

¡Cuántas veces no ha venido también a llamar a la puerta del nuestro! Y aún vuelve hoy a llamar diciéndonos: – "¿Qué más puedo hacer por ti que ya no haya hecho?... Te amé hasta bajar a la Cuna de Belén… ¡hasta la Cruz!... ¡hasta la Eucaristía!... hasta darte mi propio Corazón… ¿qué más quieres de Mí?"…

¡Un Dios que mendiga!... ¡Un Dios que se digna rebajarse hasta ese extremo!...

Escuchémosle junto a sus Apóstoles en la última Cena. – ¿No parece un mendigo de Amor, abriéndoles su Corazón, y confiándoles todos sus secretos y el exceso con que los ama… y todo cuanto aún pretende hacer por ellos?... Sabe que le han de ser infieles, pero parece como si cerrase los ojos; su amor es el que se desborda, el que se explaya y los fortalece… – Teme que se vayan, y por eso, deshaciéndose en ternuras, quiere hacer sentir a sus corazones el extremado amor que le consume… el Amor Misericordioso…

¡Ah, no conocemos bien a Jesús!... no se conoce su Corazón… por eso no se le ama…

¡Tantas almas como hay que viven aisladas en la tierra y gimen de continuo por no tener amigos!... ¡Tratemos nosotros de orientarlas hacia Jesús!... ¡Acerquémoslas al Divino Corazón, que las espera y las ama! ¿No es un amigo fiel y verdadero?... ¡Nadie lo creería, a juzgar por la indiferencia con que le miran y le tratan!... ¡Se apasionan menos sus amigos para amarle, que sus enemigos para escarnecerle! – Al ver un Crucifijo o ante la Sagrada Forma, ¿vibran de amor nuestras almas tan íntimamente como vibran de odio las de sus enemigos? – ¿Son tan espontáneas en nuestros labios las alabanzas, como en los suyos las blasfemias?... – ¿Mostramos nosotros tanto respeto y amor por su santa ley como furor e industria despliegan ellos para fomentar el odio contra Jesús?

¡Oh, dolor! ¡Los malvados conquistan más partidarios con sus crímenes que el Rey de Amor con los excesos de su solicitud!...

¡Jesús no recibe sino desconsideraciones, repulsas, ingratitudes, hasta de sus amigos!... ¡Calculemos el sinnúmero de infidelidades y decepciones que en una hora, en un día recibe Jesús, aún de los que le aman!

Pero Jesús no se desanima; es la fidelidad misma… ¡no se cansa de amar!

¡Me ama a mí, quizás el más favorecido, el más solicitado, y hasta casi el más *perseguido* por su Amor; y tal vez también el más ingrato e infiel de sus amigos!...

¿Continuaré yo haciéndole esperar? ¿No corresponderé todavía a este nuevo llamamiento?

Desde el Bautismo es Dueño de mi corazón, y, sin embargo, tal vez en él esté como Rey destronado, Rey cautivo o solitario, viendo colocado en su lugar el ídolo de mi amor propio. ¿Cuál es el recibimiento que le hago cuando voy a su encuentro por la mañana invitándole a venir a mi pecho en la Santa Comunión?... ¡Tras de breves fórmulas… pronto le dejo!... ¡y corro a mis entretenimientos y ocupaciones ordinarias!... mi espíritu se disipa… mi corazón se adormece… ¡mi voluntad languidece! – ¡Así reposa Jesús en mi alma!... así ha pasado por ella… ¡y por muchas otras el Rey de Reyes! *¡Mi Dios!*... ¡Aquél a quien llamamos Nuestro Señor Jesucristo!

¡Oh, Jesús, mi Amor! ¡Mi Rey adorado! ¡Que siendo tan grande, os hacéis tan pequeño, para uniros a mí, brindándome vuestra amistad! – ¡Mi corazón ya es todo vuestro, y toda mi vida deploraré lo tarde que os conocí!

¡Mi vida será todo amor, ternura, reconocimiento y reparación por tanta ingratitud, e indiferencia tanta! ¡Se consumirá toda en adoración y amor!

Quisiera emplearla entera en alabaros y atraer hacia Vos, ¡oh, Corazón tan Misericordioso y Bueno!, a todas las almas humildes que, como los niños, son vuestras predilectas; pero también a los pecadores, a los ingratos, a los indiferentes, a fin de que, alcanzando también ellos vuestro perdón, se conviertan en amigos, apóstoles y defensores vuestros, y que todos nosotros vivamos unidos para desagraviar vuestro Corazón y proclamaros, no ya sólo de nombre, sino con toda verdad:

¡Rey de Amor, Rey de los Corazones!

DIA VEINTINUEVE

## Segundo día del Triduo: Los Amigos de Jesús

*"Sois mis amigos si hacéis lo que os mando… Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no es sabedor de lo que hace su amor: os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuántas cosas oí de mi Padre".* (Discurso, o Sermón de la Cena. – San Juan, XV, 15).

En estas palabras seguimos recibiendo las divinas confidencias de Jesús.

En ellas es más explícito, más abierto, más confiado que nunca con sus Apóstoles. Hasta aquí los había tratado como siervos: pero en este día les da el dulce nombre de amigos… ¡Amigos de Jesús!... Y Él mismo les indica la diferencia que hay entre siervos y amigos… ¿No nos trata también como amigos a nosotros, habiendo recibido anteriormente, por los santos libros y por sus escogidos, las Confidencias más íntimas de su Corazón?... ¿Qué alma ignorará las acciones y palabras de Jesús teniendo entre las manos el Evangelio y con él todas las manifestaciones de los afectos, pensamientos y disposiciones de su Divino Corazón?...

– ¡Qué bien se llega a conocer el Corazón de Jesús cuando se le estudia en el Evangelio!...

Se adquiere el conocimiento de personas que no hemos tratado nunca, leyendo su vida o estudiando sus pensamientos, palabras y obras. ¿Cómo, pues, prestamos tan poco interés, por conocer el espíritu de Jesús… de su Corazón Divino?

Nos contentamos con saber que tiene un Corazón, exponemos su Imagen en nuestras casas, la llevamos colgada sobre el pecho y hasta enviamos sus imágenes a los demás. Pero… ¡qué poca cosa nos parecería todo eso, si le amáramos de veras!

Fijémonos en lo que nos ocurre con nuestros íntimos amigos; ¡con qué afán tratamos de conocer hasta los más pequeños detalles de su vida!... y cuando están ausentes, ¡cuánto nos gusta que nos hablen de ellos y cómo se graban en nuestro corazón hasta sus menores palabras!... ¡Qué deseo sentimos

de conformarnos a sus gustos e inclinaciones!... ¡Con qué placer guardamos sus secretos si nos los confiaron! No quisiéramos olvidar ni una sola letra de cuanto nos dijeron, y frecuentemente lo recordamos con sus amigos.

¡El Santo Evangelio pudiera muy bien denominarse el Espíritu o el Corazón de Jesús!... ¡Con qué amoroso respeto debiéramos mirar este sagrado Libro!... ¡Con qué afecto besarlo!; y ¡leerlo de rodillas! ¡Cómo debiéramos nutrirnos con cada una de sus líneas… verdadero maná celestial que debía ser nuestro alimento, como lo era para Jesús la lectura de la Ley y los Profetas, donde veía la Voluntad del Padre!

Tratemos desde ahora de penetrar más y más en el conocimiento verdadero de nuestro Divino y adorable… Amigo Jesús, tan bueno para nosotros, que nos ha dado su Espíritu.

Si uno de nuestros seres más queridos, a la hora de su muerte, hubiera podido dejarnos su espíritu y su corazón al separarse de nosotros… ¡con qué amor y con qué gozo viviríamos tratando de conservarlo! ¡Con cuánto respeto guardó Eliseo el manto de Elías! ¡Con qué veneración se honran las reliquias de los Santos, sus huesos, sus cuerpos inanimados y hasta sus vestidos! ¡Oh, si nos dieran sus almas para animar nuestras vidas! – Jesús así lo ha hecho… El Espíritu del Amigo Divino mora y permanece en nosotros, denominándole Jesús *"El Amor",* porque el Espíritu de Jesús no es otra cosa que *Amor*. ¿No es de éste el nombre que se da al Espíritu Santo?

El Espíritu del Rey de Amor está en mí. ¿Puede haber en el mundo nada más grande? ¿Puedo recibir un privilegio más excelente? Pero lo esencial es que yo sepa sacar fruto de este don sagrado, oculto realmente hasta hoy en mi pobre humanidad.

¡Por su divino Espíritu está Jesús tan cerca de mí!

– ¡Le tengo además bien próximo, viviendo real y verdaderamente en la sagrada Hostia, donde quiera que se encierra su divino Sacramento! – ¡Oh, Jesús! Y ¿esta pobre miseria es la que recibe tal merced?... ¿de dónde me viene a mí semejante don? – *"No sois vosotros los que me habéis escogido a mí,* dice Jesús… *soy yo el que os ha escogido"...*

¡Qué amor de predilección!

¡Oh! ¡Con qué divino amor me ama Jesús al entregarme su amor!... ¡ha hecho de mi corazón un rinconcito del Cielo, convirtiéndolo en su propio Reino! ¿Qué deberé yo hacer para llegar verdaderamente a serlo y responder a su Amor?... Al decirme Jesús que es nuestro Amigo, nos dice también cómo podremos nosotros serlo suyos, porque la amistad debe ser recíproca.

Se muestra nuestro Amigo tanto más cuanto más nos comunica su luz y conocimiento de la voluntad del Padre; y nosotros lo somos tanto más suyos, cuanto mejor aprovechamos este conocimiento, recibiéndole con sencillez y pureza de corazón, abriendo y disponiendo nuestro corazón para mejor recibirlo, adhiriéndonos a Él y conformando con Él nuestra vida.

Vivir en Dios es conocerle y amarle: la expresión del Amor de Dios en el Cielo se hará por medio del conocimiento que de Sí mismo nos dé. Por este conocimiento se unirá a nosotros, iluminando nuestro espíritu, abrasando nuestro corazón, atrayendo nuestra voluntad como un imán sagrado. Y por eso la medida de su Amor hacia nosotros será la del grado de conocimiento que nos comunique.

La expresión de nuestro Amor hacia Él será la adhesión a este conocimiento y dará la medida del amor que le tengamos, la fuerza y la intensidad con que nos unamos a Él y en Él nos perdamos para vivir de su vida.

Aun aquí abajo vemos que cuando queremos que un cuerpo cualquiera se impregne de la sustancia de otro (por ejemplo, un lienzo con bálsamo) tanto más impregnado quedará, cuanto más fuerte y estrechamente los unamos. Y la proporción sería menor, si el contacto fuese más ligero.

Comprendemos mejor una verdad, cuanta mayor atención le prestamos; y cuando nos hemos penetrado íntimamente de algo, lo retenemos mucho mejor.

Así también, se ama y se desea tanto más un bien, cuanto más se conocen y se saben apreciar las excelencias del bien amado.

Así, pues, la medida del conocimiento de Sí mismo que Dios nos conceda (es decir, la medida de su amor hacia nosotros), será la medida de nuestro amor hacia Él.

Cuanto más le conozcamos, más le amaremos; y cuanto más le amemos, más todavía deseáramos conocerle… y más amorosamente le contemplaremos.

Pero, ¿qué vemos actualmente (al menos con los ojos de la fe) en el Corazón de Jesús?...; (porque su corazón es el que atrae nuestras miradas, y su Corazón es todo Él). – Vemos en Él un amor infinito del Padre y de cuanto ama el Padre; por tanto le vemos amar como el Padre a todas las criaturas del Padre, particularmente a aquellas que le ha dado el Padre. – Le vemos con aquella misma inclinación que tuvo en la tierra hacia todos los pequeños, los pobres, los indigentes. – Y también vemos que el Padre quiere que nosotros amemos de la misma manera, siendo como reflectores divinos, que devolvamos a nuestro amado prójimo cuanto del divino Amor recibamos.

Este deseo del Corazón de Jesús está expreso en su amoroso mandamiento: *"Amaos unos a otros como Yo os he amado". – "Seréis mis amigos si hacéis lo que os mando; si así lo hacéis". – "Y os reconoceré por mis amigos según la medida en que lo hagáis".* – ¡Fácil es comprender la pasión que se despierta entonces en el alma por los pobres, los miserables, los pecadores; por cuantos afligen y ofenden a Jesús! Con estas disposiciones el alma comprende que se asemeja más a Él.

¡Siente entonces como Jesús la misma necesidad de prodigarse, de rodear de atenciones y delicadezas a todos! De perdonar y de hacer el bien por todas partes, – ¿podría ser de otro modo? *"El Amor hace semejantes a los amigos".* (Santa Margarita María). Cuando no encuentra esa semejanza, la produce. – ¡Oh, Jesús que tanto me habéis amado! ¡Quiero contarme entre vuestros amigos, amar a cuantos ama vuestro Corazón, y amarlos como Él los ama; y con el amor con que a mí me ama! – ¡Amor Misericordioso! – Amor que abraza todas las miserias y nada omite para entregárselas al Padre… Amor Misericordioso, que brota en el alma por el deseo y la voluntad de parecerse a Jesús, y por el deseo y la voluntad de agradar más y más al Rey de Amor…

El amigo de Jesús, es manso y humilde como Jesús; tiene un corazón de padre, de madre, de hermano, de amigo, para todos los que sufren y recurren a Él. – Cuanto más en falta se esté con Él, con tanta mayor confianza puede buscarse su ayuda. – El verdadero amigo de Jesús como nuestro divino Salvador, es el sostén de los débiles, los consuela y anima con el espíritu que mora en Él y que le alienta y le posee. Es amigo de los pecadores, no para alentarlos en el vicio, sino para sacarlos del precipicio. El que ha delinquido, el que se ve caído, aquel que tiene el corazón herido, necesita otro corazón que le compadezca y le comprenda; que por su misma miseria, le ame; que reanime su confianza y le hable de esperanza, ¡del Misericordioso Amor de nuestro Salvador!...

Hay obras admirables para el alivio de las enfermedades corporales, Sociedades de Socorros Mutuos, etc. Y como decía un santo amigo de Dios, *"¡serían mucho más necesarios los socorros mutuos de amor...!"* ¡Están haciendo tanta falta para tantos hermanos nuestros desdichados, para tantas almas descarriadas…! ¡Esta será la obra secreta del Amor Misericordioso, donde quiera que verdaderamente reine…!

¡Oh, cuánto ama Jesús a sus verdaderos amigos, los mansos, los bondadosos, los pacíficos, que, como San Francisco de Sales, sólo emplean la ternura de corazón para convertir a las almas, mostrando la fe, rodeada de toda la fuerza y los atractivos del amor!

Tengamos verdadero celo por las almas, pero celo semejante al de Jesús. Guardemos para nosotros la expiación, el sufrimiento; no temamos ni desprecios ni censuras; para que todos puedan reconocernos entre los fieles amigos de Jesús, unidos y movidos por su mismo Espíritu… de Caridad… de Amor Misericordioso… y pudiendo decir al vernos: ¡éstos son sus amigos, porque piensan, hablan y obran, como Él…!

¡Oh, Jesús! Que yo haga bien todo lo que me pides, para que tenga la gracia insigne de merecer un puesto entre los tuyos: entre los amigos de tu Corazón.

DIA TREINTA

## Tercer día del Triduo: Vida de intimidad con Jesús

Hay muchos grados de amistad. Somos amigos cuando amamos, cuando se tienen los mismos ideales o las mismas inclinaciones del Corazón. – Cuando el que amamos es bueno, cuanto mejor le conocemos, más lo amamos; porque así fue formado nuestro corazón, todo bien lo atrae: verdadero o ficticio, según responda a su deseo o necesidad; o tiende a satisfacerla.

Por eso, hasta el que está dominado por la codicia, por ejemplo: que se deja arrastrar por todo aquello que crea más propio para satisfacerla.

Pero el alma cuanto más se purifica, más sedienta se halla del verdadero bien y tanto más desea encontrar la perfección y darse a ella.

El conocimiento de las imperfecciones enfría el amor en esta alma que busca entre las criaturas alguna que le satisfaga… y no la encuentra.

Pero Jesús habla un día a esta alma de un modo más íntimo (porque Él habla secretamente al alma por las inspiraciones de la gracia y la luz de su Espíritu desde que mora en ella) y este día, con tiernas palabras, se le muestra más claro, más apremiante, más amoroso, más sediento de amor, como lo hemos visto en el primer día del Triduo; y el alma comprende entonces que hay un ser en la tierra que, aunque siendo llamado Dios Todopoderoso, recibe también el nombre… ¡de Dios Amor!... que este Ser, infinitamente grande, quiso reducirse a nuestra flaqueza para amar y ser amado; para poder vivir con nosotros en una intimidad verdadera que no excluye el respeto, pero que no hubiera podido aunarse con el brillante esplendor de su Majestad divina.

Y esta alma comprende ahora la razón de esos divinos anonadamientos… el Amor es la causa.

El amor ha despojado a Dios de su magnificencia para venir a buscarnos a nosotros… ¡a mí!... ¡a los demás! ¡a todos!...

Pero, ¡cuán pocos lo comprenden y cuán pocos responden! ¿Quién lo creyera? Y aún entre las almas que comprenden y que Jesús ha tratado como amigas ¡qué pocas le son fieles!...

Al menor soplo de tentación, a la más ligera insinuación del enemigo, desoyen la voz de Jesús, que les repite, como antes a sus Apóstoles: "velad y orad para que no seáis sorprendidos; velad y orad para que no sucumbáis" – Y lejos de velar y orar, nos creemos fuertes y parlamentamos con el enemigo; y Jesús calla… y sufre de nuevo la agonía en que nos tuvo tan presentes… – con todos los peligros que corremos en este momento.

Se nos traspasaría el corazón, si viéramos los desengaños sin número que sufre el Amor Divino. ¡Preferencias odiosas… indiferencias… cobardías!

En la balanza de Adán, de un lado estaba la manzana, del otro, la voluntad de su Dios… en la nuestra, a veces, hay menos todavía… un harapo, un átomo de basura, de barro o de polvo de oro, – pero polvo al fin. – Una mirada de satisfacción, una palabra punzante… y todo esto, no una vez, ¡sino cuántas en el día, dejándonos arrastrar por aquello que es contrario a lo que el Divino Amor nos pide!

Hay muchos grados de amor, ya lo hemos dicho.

Hasta Jesús tiene sus preferencias: – los sencillos, los pequeños, son sus mejores amigos, sus preferidos. –

Tiene también luego atenciones inconcebibles y delicadezas conmovedoras para los amigos recuperados que vuelven a Él.

Tiene, en fin, sus secretos íntimos, de corazón a corazón, independientes de todo sentimiento y de toda mira – sin demostraciones sensibles – como no sea un aparente abandono (como el del Padre para Jesús – como el mismo Jesús lo tuvo hacia María su Madre). – Es un soplo purísimo, un céfiro, una íntima correspondencia, una luz penetrante que se recibe por medio de un amoroso asentimiento – un convencimiento sorprendente al que, sin razonar, se adhiere el alma.

Más frecuentemente es la fe sencilla y escueta en la paz; la alegría de la verdad en el anonadamiento de la criatura, que se sienta en su lugar, viendo a Dios puesto en el Suyo, y sabiendo ¡cuán amoroso y bueno es!

Hay muchas clases de amigos, tratados por Jesús de distinto modo; pero también ellos responden de muy diversa manera. Muchos aman a Jesús por su propio interés y satisfacción; pero pocos le aman por Él mismo. – Muchos le aman a la hora de sus atenciones y sus dádivas, en medio de sus alegrías; pero le abandonan cobardemente cuando los prueba y cuando sufren. – Dicen, como San Pedro, en el Tabor: "Señor, ¡qué bien se está aquí!"… Quieren estar con Él mientras multiplica los panes; pero se duermen cuando le ven en la agonía… Huyen cuando sus enemigos le atacan; se avergüenzan de que los reconozcan como partidarios y amigos suyos, y tiemblan… se disculpan… reniegan: ¡y cuando le crucifican y blasfeman, se encuentra *Solo* con algunos amigos!

¿Estamos nosotros entre ellos?...

¿Somos amigos íntimos de Jesús, no siendo fieles para las pequeñeces y no sabiendo sufrir por Él? ¿Cuál es entonces nuestro amor?...

¡Palabras!... ¡sensiblerías!... ¡nada sólido!... ¡nada que valga!...

Determinémonos ya a vivir con Jesús como con un íntimo y verdadero amigo. – Él nos llamó primero: respondamos nosotros con la confesión de nuestras flaquezas, ingratitudes y desmayos, pero que el amor domine nuestra pena y confusión; lloremos nuestras faltas, pero más que por nosotros mismos, por la pena que causaron a su Corazón, al que tanto hicimos padecer y esperar ¡al que tanto ofendimos con nuestro abandono!... ¡y amémosle!... ¡Que hasta las faltas de amor nos sirva para animarnos a amarlo más y más!

Hay que amar doblemente, cuando antes se ha amado poco; hay que duplicar el amor, para repararlo; hagamos, en fin, cuanto se hace cuando se ama. Desde el primer momento el corazón se siente atraído por su Amado Bien; y Él arrastra continuamente a la voluntad y al espíritu; porque al pensar en el Amado, la voluntad se siente constantemente impulsada a complacerlo.

No se mira si existe sacrificio cuando se trata de hacer algo por el Ser Amado.

Ha habido afectos tan grandes, que hasta hacían perder el hambre y el sueño, porque el alma ya sólo vivía unida a la de su Amado.

Tales fueron los Santos… amigos apasionados de Jesús.

¡Ah! ¡Todos quisiéramos también serlo!... Jesús, asimismo lo desea; pero debemos observar, que para que la amistad alcance en nosotros intensidad, preciso es que el amor que a Jesús le tengamos sea más exclusivo… ¡más particular!...

No se pueden tener dos amigos preferidos… (a menos de que un mismo lazo los una); el afecto del uno, perjudicaría al del otro, o por lo menos, lo debilitaría.

Los Santos sacrificaron, cuando fue menester, todos sus amigos, para no tener otro amigo que Jesús;… y nosotros, en cambio… hasta a nosotros mismos nos amamos demasiado, con excesiva ternura, con amor de preferencia… Sí, en todo cuanto vemos, oímos o experimentamos, siempre parece que una voz secreta nos dice: *¿y yo?*... Y en seguida la imaginación trabaja… aproxima… reviste… Ese *"¿yo?"* se liga a todo lo que se ve, a todo lo que se oye; y siempre busca una aproximación… un apoyo… una complacencia… Ese *"yo"* es nuestro mejor amigo. ¡Con qué afán tomamos su defensa, si lo atacan! ¡Qué indulgencia tenemos para con él!... Siempre hallamos manera de excusarle; y no toleramos que se le vitupere o se le censure. Si no le estiman o no le quieren tanto como deseamos, nos compadecemos de él hasta derramar lágrimas de ternura (o de sensiblería); y si sufre, quisiéramos que todos se afanasen a su alrededor. Sin cesar pensamos en él, y ponemos toda nuestra preocupación y nuestro mayor empeño en procurarle algún alivio. Y todo esto lo hacemos casi inconscientemente de tanto como le amamos.

¿Quién hizo más por su mayor amigo?...

¡Sin duda, no hemos comprendido que ese "yo", nuestro amigo querido, lo es también de Satanás; y que, por consiguiente, es el mayor enemigo de Jesucristo!

¡Si queremos ser amigos de Jesús, debemos renunciarnos a nosotros mismos!... renunciar a tenerme a mí mismo por amigo, y saber tratarme desde ahora como a enemigo, colocando a Jesús en mi lugar, para conducirme con Jesús con el esmero con que me conducía conmigo mismo.

Pidamos a María nuestra Madre (que también lo es de Jesús) que nos enseñe a hacerlo.

Para amarse es preciso conocerse; verse a menudo, desahogarse con el amigo, contarle penas y alegrías; tomar parte en las suyas, olvidarse a sí mismo por *Él*, supremo y único objeto de nuestra vida. Cuando el corazón así se entrega, el alma no vive ya en sí; ya no tiene otras miras, ni otros gustos ni otras voluntades que las de su Amado.

Si en ella reaparece alguna aspiración personal, pronto la sofoca, porque toda su vida depende ya de la del Rey Divino.

Esa dichosa vida de intimidad con Jesús, es preciso que empiece ya. Que sea Jesús nuestro único, nuestro íntimo amigo; y amaremos a los demás como Él los ama, con su propio amor. Vivamos con Él… ¿no dijo ya que *"allí donde Él esté, quiere que estén sus amigos?"*.

¡Por Él iremos al Padre, le conoceremos!; y como su alimento es la voluntad del Padre, ella será también nuestro alimento: oraremos por su oración; nuestros deseos serán los suyos; amaremos por su amor; y este amor (con que le amó el Padre) – ya lo dijo – morará en nosotros. No tenemos que buscarle muy lejos; vive muy cerca Jesús, real y presente; ¡nuestro Dios, el Amor mismo!

¡Oh, qué vida de intimidad! ¡Qué vida de unión podemos tener con Él… tendremos un mismo espíritu; imprimirá en mí sus movimientos; sus alegrías, serán mis alegrías y mis penas serán sus penas; volaré al encuentro de sus menores deseos y ya no viviré más que para complacerle!

¡En los sufrimientos de mi alma y de mi cuerpo, ya no estaré solo! ¡Todo le pertenece! ¡Quiere que yo complete lo que falta a su Pasión…! ¡Qué favor tan grande!

Desde ahora, en todo cuanto vea o sienta, ya no me buscaré a mí mismo, sino a Él… Con qué amor mirare a mis hermanos… por Él… ¡Cuánto desearé el advenimiento de su Reino de Amor! – ¡Desearé que reine como Él quiere reinar: por medio de la Caridad! – Para ello tengo que revestirme interior y exteriormente de mi Dios… que todo en mí hable de Él… – Que con sólo acercarse a mí, le reconozcan y, de tal modo le imite, que sea su imagen la que en mí vean, cuando me presente ante el Padre, y ante los hombres: imagen de su Amor Misericordioso. –

Que mi vida sea una continua alabanza –una ofrenda de todo Él–, una viva acción de gracias y una reparación perpetua de la gloria que le arrebata el hombre; una súplica incesante para que su Padre le devuelva esta otra gloria que Él sacrificó y veló por su Padre.

Pero en lo que más se complacerá Jesús, será en un alma infantil y sencilla que se entregue plenamente y se consuma en el cumplimiento de su voluntad; un alma cuyo único gozo sea agradarle y satisfacerle, estimándolo como una merced, aún cuando sea a su propia costa. – Un alma que tenga con María, como con el Padre Celestial, la confianza de un niño; un alma sencilla, ignorada, toda escondida en Dios–, sólo conocida de su Sagrado Corazón; cuya vida sea una continua sonrisa de bondad para atraer a su Amor a los pecadores y los tímidos: alma que oculte su propio sufrimiento a los ojos de los demás, no dejando ver más que flores… y respirando sólo amor: un alma pequeñita, que no sabiendo como mostrarle su amor, se deja llevar de su mano, se abraza y se adhiere a Él, suplicando al Padre Celestial, que la permita glorificarle. ¡Cuanto más pequeña y miserable se sienta, mayor será su confianza en su Misericordioso y Divino Amigo, más segura estará de su Amor!

Tengamos la fe firme en Jesús: en el poder de su Amor Misericordioso; esta fe es su gloria y su alegría. – Recurramos a Él continuamente… Corramos hacia Él a la menor dificultad que se nos presente.

Es la luz… la riqueza… la omnipotencia…; todo lo que nos falta, se halla en Él…

Puesto que se rebaja hasta casi mendigar nuestro amor… puesto que nos ha elegido por amigos…, digámosle con María ¡que Él será nuestro único Amigo! Y supliquemos a esta buena Madre que nos guarde y nos enseñe lo que debemos hacer para serlo.

Todo con Él…, nada sin Él…, Todo para Él…, como Él…, en Él…, todo Él…

## Meditaciones especialmente dedicadas a los Primeros Viernes de Mes

### *Primer Viernes:* LA REPARACIÓN

Lo primero que entendemos en la palabra *reparación,* es una idea de arreglo o reconstrucción de algo que ha sido destruido o deteriorado, y que debe reconstituirse y restablecerse a su primitivo estado. – Para que tenga lugar la reparación, es preciso que exista antes un daño previo; la alteración de algo que existía en buen estado…; de no ser así, no cabe reparación. Se repara una casa ruinosa; unas prendas usadas, o desgarradas… etcétera…; se repara o enmienda una falta, una torpeza cometida…

De aquí se puede deducir lo que es reparación, y la clase de trabajo que exige.

¡Jesús es el Reparador Divino: así se ha transformado por efecto de su Amor Misericordioso!, para reparar ha venido a este mundo.

El pecado, origen de tantos males, había causado en el hombre un doble desorden respecto de Dios y respecto de sí mismo.

Hay que observar que el pecado, aunque sea contra Dios, no puede llegar a alcanzarle: el que se hiere a sí mismo con el pecado, es el hombre; pero también es cierto que el hombre abusando de su libertad, en cuanto

depende de Él, priva al Señor de la gloria y del gozo accidental que pretende encontrar en su criatura.

En el transcurso del tiempo, el Señor obtendrá la misma suma de gloria por su justicia, que por su misericordia; pero el hombre se verá eternamente privado de lo que hubiera podido dar a Dios por amor, y de la eterna recompensa que hubiera recibido, – es decir, de un agradecimiento de eterno Amor.

En cuanto al alma, aparte del daño que le viene por la privación de gracia que resulta de cada falta, de cada infidelidad, desfigura en sí misma la imagen de Dios. – Si pudiéramos ver los destrozos que hace en el alma el pecado, quedaríamos traspasados de dolor.

Por tanto, el alma sedienta de la verdad y del bien, la reparación se impone: primero, por sí misma; y luego, por caridad hacia los demás; porque la caridad quiere que socorramos al prójimo en sus necesidades; y ¿qué necesidad es comparable a la del infeliz, cuya desgracia es tan grande que ignora su propio mal y que sufrirá sus consecuencias por toda una eternidad?

Si pudiéramos ver estas cosas con la claridad de la luz divina, querríamos lavar y reparar los daños que causa el pecado, aunque fuera con torrentes de lágrimas, con lágrimas de sangre.

¡Un Dios menos conocido!

¡Un Dios menos amado!

¡Un Dios menos glorificado!

¡Un Dios, viendo su obra de amor trastornada por su criatura!...

¡Un Dios, viendo su imagen desfigurada en el hombre por el hombre mismo!... Un Dios, viendo al espíritu infernal preferido por una de sus amadas criaturas. ¡Un Dios, viendo a los hombres rechazar sus bendiciones, o no queriendo reconocerlos!

Un Dios todo Amor, inclinándose hacia el alma, para darle el beso de su Corazón, y el alma rehusando ese beso divino del Amor Misericordioso de su Dios.

¿No es para morirse de pena y de amor?...

Por eso Jesús…, por eso María han sufrido tanto, y por eso consagraron su vida entera a la reparación hacia Dios; reparación que pudiera llamarse "Restitución de amor".

Pero ¿quién podrá hacer esta reparación digna de Dios?

Sólo un Dios reparador podía vengar a un Dios ofendido. Y como el hombre fue el ofensor, y convenía que el hombre reparara, el Verbo se hizo carne y Reparador del linaje humano.

El elemento de la Reparación, es el sacrificio… Por eso dice Jesús al venir al mundo: "Las hostias y los holocaustos no han sido de vuestro agrado; por eso he dicho: heme aquí, Dios mío, ¡vengo para hacer vuestra voluntad!"…

Con estas palabras, Jesús nos da a entender, que el sacrificio que consiste en someterse a la voluntad de Dios, es muy superior al de las víctimas inmoladas – y lo que avaloró el sacrificio del Calvario, no fue tanto la efusión de sangre y el exceso de sufrimiento, como la grandeza del amor con que *"Jesús-Rey"* quiso soportar aquellos suplicios horrendos de manos de sus súbditos, para devolver a su Padre la gloria que le había sido arrebatada.

Por Jesús ha sido reparada toda gloria. Regocijémonos en el Señor: el don ha sobrepujado a la ofensa. Porque Dios se devolvió a Sí mismo lo que el hombre le había arrebatado; y aunque el pecado atacaba a Dios, y aunque el objeto de él fuese infinito, el daño no podía ser infinito, porque la naturaleza del ofensor es limitada. Por el contrario, la reparación se hizo infinita por los méritos del Salvador.

Jesús devolvió a su Padre en toda forma, la gloria que le habían arrebatado; le devolvió del modo más excelente todos los deberes de criatura: conocimiento, amor, adoración, acción de gracias… oración…

Y como el hombre peca buscando su propio deleite, Jesús cargó sobre Sí mismo todos los sufrimientos, soportándolos en todos y cada uno de sus miembros: en sus sentidos, como en sus potencias, devolviendo al Padre todo lo que le había sido arrebatado.

Por poco que estudiemos la vida de Jesús, nos veremos obligados a reconocer en ella particulares sufrimientos por cada clase de crimen o de falta cometida.

Esa fue la reparación en cuanto a la gloria del Padre.

En cuanto al alma desfigurada o manchada, le era preciso un baño saludable. La Sangre de Jesús lavó todas sus manchas y le devolvió su hermosura.

Para reparar sus fuerzas necesitaba un alimento… Jesús se lo ofrece en el Divino Banquete, donde nos da su Sagrado Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad.

*"Venid a mí –* nos dice *– y Yo os reformaré"…*

La gran Reparación consiste, pues, en ir a Jesús y entregarse a Él… Cooperando a su acción divina; dejándose reformar por Él… y entregándole todo cuanto le debemos.

Porque Jesús pago por nosotros, pero quiere que nosotros mismos le demos todo cuanto nos pertenece, que terminemos lo que falta a su Pasión… y Él añadirá todo lo que nos falta.

Hay almas nobles, reparadoras y generosas, que se abrazan con los mayores sufrimientos.

Deben acordarse siempre de que el valor de la reparación (como ya lo hemos visto en Jesús) no está en la magnitud del sufrimiento, sino en el amor con que se sobrelleva; ¡amor al Padre y a su voluntad Santa!... – ¡Unión con Jesús su amado Hijo! ¡El Reparador de la Humanidad! ¡¡Que serían sin Él las montañas de sufrimientos!!

Ya hemos visto que el sufrimiento y la reparación deben ser de la misma clase que la ofensa… Así, pues, este Primer Viernes será ante todo… un día de sumisión y obediencia, en que procuremos hacer todo lo que Dios quiera y como lo quiera, es decir: un día de caridad; porque ese es su Mandato.

Un alma reparadora que no tuviera caridad en el corazón, en la mente y en los labios, no habría sabido comprender su condición, puesto que su falta sería mayor que cualquiera de las que pretende reparar, ya que el Señor quiere y pone ante todo la caridad.

Así, pues, este día debe ser un día de bondad, de indulgencia, de paz, de reconciliación, de unión.

Será un día de mortificación de la vista, de la lengua, del paladar y de los sentidos todos; un día de penitencia, ya que tan frecuentemente buscó las comodidades y el bienestar de su cuerpo.

Será sobre todo un día de amor, un día en que procuraremos dar al Señor el primer lugar en todo: la gloria, la preferencia, el mayor gozo que podamos; ¡así repararemos tantas indiferencias, odios y desprecios como recibe!

Será un día de gratitud hacia nuestro Crucifijo, procurando honrarlo como ya no se le honra; ¡el Crucifijo!... que debería hacer vibrar las almas de entusiasmo, recordándonos el drama de amor verificado un día, y por el que no recibe compensación alguna.

En fin, un día de homenaje a Jesús sacramentado, que vive entre nosotros; *está ahí,* en el Sagrario, cerca de nuestra casa, y quizás en una de las habitaciones de nuestro propio hogar.

¿Hemos dado a Jesús durante todo el mes, y mientras está de Manifiesto, lo que un Rey de Amor espera y exige?... ¿Hemos sido fieles en cortejarle? ¿Cómo nos hemos portado en su presencia? ¿Cómo le hemos amado? ¿Hemos hecho por Jesús lo que hacemos por nuestros padres, hermanos o amigos?

Generalmente olvidamos o parece que no sabemos que Jesús *¡está ahí!...* que *vive* cerca de nosotros, que nos mira, nos oye… ¿Con qué fervor debiéramos aprovechar este Primer Viernes en que sale de su Tabernáculo para exponerse… a qué? ¡A nuestro amor!... ese es su objeto; pero ¿no está aún más expuesto frecuentemente a la indiferencia, a la irreverencia, a la ingratitud y a los ultrajes?

Debiéramos corresponderle, dándole amor por amor; pasando el día en el mayor recogimiento y sin cansarnos de darle gracias: porque este día, este Viernes, es el aniversario del día en que nos mostró el mayor de los amores, día de la muerte de un Padre, de un Hermano, de un Amigo sin igual. ¡Es el día de los excesos de amor, de ternura y misericordia de todo un Dios! ¡Es el día en que se verificó el más monstruoso de los crímenes de la tierra, que ha sido reparado por el más incomprensible de los Amores! Al que tenemos que adherirnos para corresponderle, reparando por los ultrajes que recibe el Dios que muere por nosotros, y reparando por las ofensas hechas al Dios que vive entre nosotros.

¡Que cada alma vibre de amor, en unidad con María, su Madre y le pida la luz y la fuerza necesarias, y sobre todo, que dé en este día, todo lo que de ella pide y espera el Amor!

¡Qué vida tan hermosa la de un alma reparadora! Vida de justicia y de verdad; vida de restitución, de olvido de sí misma; de amor puro y misericordioso – ya que el alma sólo tiende a la gloria de su Dios y a la regeneración de sus hermanos; porque Dios es tan Bueno, que a pesar de nuestra miseria, acepta cuanto le damos; y todo, – menos el mérito – puede ser compartido con los demás.

Uniendo nuestro amor y sacrificios a los de Jesús, damos gloria al Señor y atraemos la abundancia de sus gracias sobre nuestros prójimos con los que se renueva en ellos la imagen de Jesús. – ¡Seamos buenos sobre todo, por eso! Que en nosotros se deje traslucir el Espíritu que nos anima, el don de Jesús, la unción; que todos al vernos, comprendan cuán grande es nuestra fe en el Amor de Jesús, que vive y que nos ama; y cuánto también lo amamos nosotros.

Amémosle por nosotros y por nuestros hermanos. Esta es la reparación.

## *Segundo Viernes:* LA ACCION DE GRACIAS

La nota que espontáneamente vibra en el alma, después de la debida Reparación es la de la Acción de gracias. Así como la reparación recuerda la ofensa, la gratitud evoca el beneficio. – Para que haya acción de gracias, es preciso haber sido antes favorecido.

No cabe reparación donde no hay perjuicios o daños, ni acción de gracias, cuando no se han recibido beneficios. La Reparación nos pone en presencia de un Dios ofendido y defraudado, en cierto modo, por la infidelidad de la criatura, la que, por ella, ha sido envilecida y privada de las perfecciones y bellezas de que fue dotada en su principio, por Dios Nuestro Señor, y que por la Reparación, vuelve a quedar en el orden y lugar en que Dios la colocó y en la disposición en que Él la quiere.

La acción de gracias nos lleva a un Dios infinitamente Amante y Misericordioso, que a pesar del desorden de su criatura, no deja de hacerle y desearle todo bien. – Más aún: Dios que veía todas las cosas y por consiguiente, conocía perfectamente la flaqueza, cobardía e infidelidad de su criatura, la creó y puso en este mundo, para que pudiese, si ella quería (porque todas las almas reciben las gracias suficientes y necesarias para ello), elegirle por su Rey y Maestro Soberano, tributándole el libre homenaje de su voluntad; lo cual es aun mismo tiempo gloria accidental para Dios, y mérito para el alma.

Esta creación, es pues, un beneficio que debemos agradecerle, así como el de la conservación y todos los medios que de vida recibimos de su mano.

Si pudiésemos ver las maravillas de la Providencia, su solicitud aún en las cosas temporales para cada uno de nosotros, y la sabiduría con que todo lo dispone, para nuestro bien, en la admirable armonía del Universo, nos confundiríamos al ver a un Dios tan grande, tomándose tantos desvelos y cuidados, por un ser tan pequeño.

¿No nos dijo Jesús que no caerá un solo cabello de nuestra cabeza sin el consentimiento de su Padre Celestial?... Cuántas criaturas estarán ocupándose o trabajando actualmente para nosotros, por disposición suya, sin que nosotros vayamos a percibir el fruto de su trabajo hasta pasados muchos años. ¡Cuántos

seres habrá formado o preparado desde hace siglos, para llegar a sernos útiles o proporcionarnos algún beneficio en el momento presente!

Remontémonos hasta el primer granito de trigo, germen del que hoy ha sido nuestro pan. – Al progenitor del animal o del vegetal que hoy nos sirve de alimento o de vestido; las piedras mismas con que están construidos los edificios que nos causan admiración o nos sirven de vivienda, ¿desde cuándo estaban ya preparados para nosotros?... Y ¿qué movimiento, que transformación no habrá experimentado todo cuanto nos rodea, hasta poder llegar a nosotros?... ¡Todo esto hizo el Amor Misericordioso de Dios para nosotros y nada se hizo sin Él! ¡Sí, todo lo hizo por caridad y misericordia!

¿No es, pues, un deber de justicia que dediquemos un día del mes a la acción de gracias? – Y ¿qué día mejor que un Viernes, día en que se cumplió a favor nuestro la mayor de las maravillas, día en que recibiremos el mayor de los dones, la vida y el perdón, la gracia y la salvación por la muerte de Jesucristo?

Si hemos recibido del Señor, del Amor Misericordioso de su corazón, todos los dones de naturaleza, de Él recibiremos igualmente todos los de gracia, que hacen al alma capaz de conocerle, amarle, servirle y alcanzar la vida eterna…

Hoy, como ayer, cada una de estas palabras es un abismo, que únicamente a la luz de Dios podemos sondear, y que encierra toda clase de tesoros, bellezas y maravillas sólo esas palabras bastarían para extraviar el alma por toda una eternidad.

Poder llegar a *conocer* a Dios… poder *amarle… servirle…* vivir *de su propia vida* toda una eternidad ¡Y sabemos todo esto, lo creemos y permanecemos como insensatos con la insensibilidad de las piedras! Sin que vibre en nosotros la gratitud (como no sea cuando logramos alguna pequeña satisfacción terrena), gratitud de momento, y aún eso… no siempre. – Somos la mayoría de esas almas que no saben siquiera decir “gracias”.

Queremos estar siempre *recibiendo;* nada nos basta; pedimos constantemente, pero no sabemos agradecer… porque tenemos poca fe, y por tanto, poco amor.

Pero la causa de la debilidad de nuestra fe y de la insuficiencia de nuestro amor, es nuestro egoísmo; nos buscamos a nosotros mismos en todas las cosas, y este egoísmo nos ciega, empequeñeciendo y manchando el corazón con el desordenado amor de nosotros mismos.

Jesús ha dicho: *"Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios".* Le ven los corazones puros, ¿cómo extrañarnos, pues, de no verle nosotros, si nos lo ocultan las mezquindades de nuestro corazón, puesto que sin cesar lo comprimimos y lo empequeñecemos, concentrándole en nuestro propio ser, tan bajo, tan vil y miserable? – Los corazones grandes y generosos son los que, no mirándose a sí mismos, buscan fuera de ellos lo que les es superior… mirando sólo al Rey Divino, que quiere dignarse hacer un rinconcito del Cielo en el secreto de sus almas.

Así como para llegar a ser un alma verdaderamente reparadora, debe mirar, ante todo, la gloria de Dios, procurando aumentarla siempre; para que un alma sea sinceramente agradecida, ha de considerar constantemente el Misericordioso Amor de Dios para con nosotros.

Agradezcámosle, por tanto, primeramente, el don de nuestras almas con todas sus potencias, y démosle gracias por el perdón otorgado al pecado original y a todos nuestros pecados actuales…

En este sentido, la reparación y acción de gracias van unidas… puesto que el alma debería una acción de gracias infinitas por el don del Reparador y de la reparación sublime, infinita y misericordiosa que Jesús se dignó hacer para gloria de Dios y bien suyo.

Agradezcamos también el don de la gracia habitual o santificante, que recibimos a cada instante; socorro divino, luz y ayuda para evitar el mal y practicar el bien; gracias actuales, multiplicadas a pesar de todas nuestras resistencias, ingratitudes e infidelidades. – Mientras estamos en este mundo, Dios no se cansa… ¡Nos colma!... prodigándonos las efusiones de su Amor Misericordioso.

Esta misteriosa conducta de Dios para con nosotros es un prodigio, y el hombre, insensible y ciego, recibe las gracias como si fueran beneficios naturales, sin pensar siquiera en demostrar gratitud.

Y ¡gracias como las de los *Sacramentos!*...

*El Bautismo,* que nos hace verdaderos hijos de Dios.

*La Penitencia,* que nos devuelve la pureza y blancura del alma, concediéndonos el perdón del hijo pródigo y volviéndonos a la vida.

*La Eucaristía,* que nos da al mismo Jesucristo, ¡nuestro Rey!, en la Sagrada Hostia, para que vivamos de su propia vida.

*La Confirmación,* que nos infunde el Espíritu Santo, el Espíritu mismo de Jesús, nuestro Rey de Amor, y nos arma como a soldados suyos, para defender su vida.

*La Extrema-Unción,* que nos prepara y prevé para el gran viaje del tiempo a la eternidad para reunirnos con el Padre de la gran familia en la Patria donde nos espera…

*El Orden* que, después del don de Jesús, nos otorga el mayor de todos los dones de su Corazón: *Sus Sacerdotes,* para comunicarnos por medio de ellos su luz y su vida, y para que nos administren Sus Sacramentos.

*El Matrimonio,* para santificar la unión legítima, y preparar al Señor nuevas generaciones de criaturas, llamadas a ser otros tantos elegidos o Santos, a quienes Dios dará su vida.

Todos estos bienes son gracias inefables que reclaman nuestra gratitud.

Gracias son también los sufrimientos, aún para los que no saben sobrellevarlos bien; porque, según se ha dicho, el sufrimiento es necesario, allí donde ha abundado el pecado, para repararlo; pues todo mal cometido, ha de ser expiado por el hombre, antes de entrar en el Paraíso.

Luego el sufrimiento es por sí sólo una expiación, y Dios no inflige dos veces su castigo.

Por eso los sufrimientos de este mundo disminuyen otro tanto los del Purgatorio, y aceptados en determinadas condiciones, hasta evitan los tormentos eternos.

El sufrimiento nos purifica y nos abre los ojos para mejor ver la vanidad y la nada de las cosas de la tierra… y bien soportado, a pesar de ser castigo, expiación y prueba, santifica y ennoblece el alma y la asemeja a Jesús, señalándola con el sello de los elegidos.

Corporalmente nos marca con los estigmas del Crucifijo, porque Jesús no sufrió solamente con los clavos que traspasaron sus pies y sus manos, y con la Corona de espinas que atormentó su cabeza divina, sino también con las bofetadas, las llagas, el agotamiento, la sed y el abandono, ¡pasó hasta por la agonía!...

El alma se asemeja al Crucifijo, cuando sobrelleva con paciencia estos tormentos; y penetra en ellos, se considera tanto más favorecida, cuanto mayor es su sacrificio.

Ha conocido que está obligada a mayor reconocimiento, y que el modo de probarlo (en ésta, como en toda ocasión) será correspondiendo a la gracia; en una palabra, valiéndose de ella para demostrar gratitud por medio de actos o acciones de gracia; recibiéndola en su alma, como en un espejo para reflejarla en Dios, como de Dios la había recibido; sin apropiarse ni restar nada de ella; no desperdiciándola (en cuanto sea esto posible a nuestra flaqueza) y devolviéndosela después de haberla hecho fructificar. – Y cuando se ha faltado en algo, repararlo; y cuando se ha reparado, agradecer la gracia de haber podido hacer la reparación.

Demos también gracias continuamente por todos los beneficios que Dios nos ha concedido. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido?... ¡Qué cuanto hay en nosotros y en derredor nuestro provoque sin cesar nuestro agradecimiento!

Si vemos en todo el Amor, ¿cómo no le hemos de bendecir y corresponder? – Porque no se nos confían los dones de Dios para que los sepultemos bajo tierra, ni para que los coloquemos en el fondo de un arca; deben, sí, ocultarse a todas las miradas, pero fructificar fielmente.

Las gracias son gérmenes de gloria, que producen primero las flores de virtud, que luego se abrirán dando frutos de vida eterna.

Sí, seamos agradecidos a los dones de Dios. Que su conocimiento sea seguido de amor y de gratitud… Gratitud por Amor al Rey de Amor… a Aquél que siendo Dios se hizo hombre, se entregó y dio su vida por nosotros.

¡Oh, sí! Por muy poco que el alma haya conocido a Jesús, ¡cuán necesaria será esta gratitud a su corazón!... ¡Gratitud que vibre a la vista del Crucifijo, al pensar en la Sagrada Eucaristía, cuando se acerque el momento de recibirla, y a su Divino contacto! – Comunión y Santa Misa que deberán ofrecerse como verdadero sacrificio de acción de gracias, con ese mismo espíritu.

Que este día de acción de gracias sea para nosotros el preferido; aprovechémosle para dar gracias a Dios por todos sus dones: dones de naturaleza y gracia de cuanto tenemos y poseemos, de las penas y alegrías pasadas, presentes y futuras; démosle también gracias por la vida y por la muerte… por el tiempo y por la eternidad: gracias por nosotros y por los ingratos; y por todos los momentos de nuestra vida en que nos hayamos olvidado de dárselas. ¡Ah! Empecemos desde la tierra el oficio tan dulce que tendremos en el cielo: de dar perpetuamente gracias al Amor Misericordioso.

## *Tercer Viernes:* LA ADORACION

La adoración debiera ser el primer acto del alma; pero ¡ay! después del pecado, ha sido invertido el orden; y parece como que el alma no se eleva, sino con trabajo, hacia su Dios. – Desde el fondo de su abismo y completamente desfigurada, necesita una total restauración.

Su amor no es todavía suficientemente puro, ni suficientemente fuerte. – Dios la atrae por medio de sus dones; por el conocimiento de los beneficios con que la está colmando, el alma descubre la bondad, la ternura y solicitud del Corazón de su Dios, de su amado Rey ¡Rey de Amor Misericordioso…!

Yendo así el alma de conocimiento en conocimiento, a medida que se purifica por la reparación, se abre el agradecimiento, y admirándose exclama: "¿Quién como Dios? Yo bien sabía que era Bueno, pero ignoraba que lo fuese tanto"… Y el amor que siente hacia la bondad infinita, no puede ya traducirse

sino por medio de la oración… Cierra el alma los ojos a cuantas cosas creadas la rodean… y se prosterna con la frente en el polvo… La voz que sale del trono del Altísimo ha repercutido en sus oídos: *"Alabad al Señor vosotros sus siervos, grandes y pequeños…"* y en su impotencia (porque apenas sabe balbucear las alabanzas), el alma adora, habla y alaba en un misterioso silencio.

¡Y cuántas cosas dice en él!

Así se restablece el verdadero orden en el alma, el verdadero amor, la verdadera humildad; confesando a la vez el alma, el polvo de su nada, y la grandeza de todo lo de Dios; ¡proclamando su propia miseria y el infinito y Misericordioso Amor!

*Su vida está unida al eterno Sanctus…* Parece ya no ser más que un *Amén,* un continuo *Alleluia.*

Vive adherida a Aquel en quien cree, en quien espera, a quien ama soberanamente: sus disposiciones fundamentales son el anonadamiento, la más completa sumisión, la absoluta dependencia; porque reverencia las infinitas perfecciones de Aquel que es todo Sabiduría, Omnipotencia, Bondad; ¡y está segura de su Corazón!

Siente la necesidad de permanecer ante Él, en su condición de simple criatura… y de ensalzarle continuamente.

Y a cuanto Él hace, pide o dice, su respuesta es siempre: *"¡Es el Señor! ¡El Rey de Amor! ¡Todo lo hace bien! Tiene derecho de pedir y mandar cuánto quiera".*

Las órdenes de Dios son para ella sagradas, su santa voluntad es su Ley; no vive sino a impulsos del divino beneplácito. Es la adoratriz en espíritu y verdad.

Y Jesús, que vino a buscar almas como éstas, para dárselas a su Padre, ¡que gozo sentiría, al encontrarlas! Y ¡qué honor reciben esas almas: ser buscadas por su Dios y poder satisfacer los deseos de su Divino Corazón!...

La adoración es el homenaje debido a Dios, como Dios; es el que Él exige… el que le negó Satanás, y le rehusaron nuestros primeros padres; negación que constituye el pecado… ¡verdadero acto de demencia, el de un ser que en presencia de su Creador, exclama: *"Non serviam"!* ¡No serviré!

Que al menos nosotros los que buscamos la sabiduría y estamos sedientos de la verdad, protestemos diciendo durante toda nuestra vida: *"Serviré…".* Mi Dios, es mi Señor y mi Rey; le obedeceré declarándome su humildísimo siervo… y haré todo cuanto Él quiera – querré todo lo que disponga… –; obedeceré a todo lo que me indique. Sea que me aflija o que me consuele, le bendeciré – y estará siempre en mis labios la alabanza, porque su Misericordia es infinita. –

¡Hermoso día de adoración, en que el alma, en su nombre y en el de todas las criaturas, rinde a Dios el homenaje de amor y reverencia soberana. Se asocia entonces al oficio de los Ángeles y los Santos en el Cielo… unida más estrechamente al alma de María, cuyos rasgos copia con la mayor fidelidad, del mismo modo que María es la imagen fiel de Jesús, su Divino Hijo.

La vida de Jesús (y a imitación de María) fue de verdadera adoración. Jesús y María se mantenían siempre en esta disposición, que se revelaba en todo su Ser, por una majestad, sabiduría, circunspección y recogimiento perfectos; no hubo nunca en Ellos ni ligerezas, ni apresuramientos; todo se hacía dentro del orden, sus movimientos eran regidos por la voluntad del Padre y las disposiciones de la Providencia, a las que perpetuamente se ajustaban.

Trabajaban asiduamente; porque el trabajo es un mandato del Padre, un castigo; oraban continuamente, porque la oración es la elevación del alma a Dios y sus almas estaban de tal modo unidas a la voluntad del Padre, que en ella se abismaban amorosamente.

Vivían como extraños en la tierra, como de paso, y las cosas efímeras no tenían cabida en ellos… no usándolas más que de un modo transitorio y según los designios amorosos que tenía el Padre Celestial al presentárselas, o permitirlas.

¡Oh, Jesús, haced de mí un alma adoratriz en espíritu y en verdad…! ¡Dulcísima Madre mía, María, obtenedme esta gracia del Corazón Divino…! Vos lo podéis, ¡oh, Jesús mío! – Por vuestro Amor Misericordioso… ¡queredlo!, ¡escuchadnos! – Haced que en toda tentación y sufrimiento, sin ocuparme de mí mismo ni de lo que sienta, sin temor al enemigo, ni a las cosas que me rodean, me una a Vos humilde y confiadamente… con la confianza que dimana de la adoración. ¿Cómo no confiar en Aquél a quien adoramos, puesto que para adorarle es preciso creerle Dios infinitamente Bueno, Sabio y Poderoso? Si no fuese infinita alguna de sus perfecciones no sería El infinitamente perfecto… No sería el Dios único y verdadero, el solo digno de ser adorado.

En consecuencia, si yo adoro, puedo y debo también confiar. No hacerlo así sería desmentir mis creencias o faltar a la fe; pero mi confianza debe ser tan grande como bueno y perfecto se me ha presentado el objeto de mi fe.

¡Ah! Si pudiéramos descorrer el velo del misterio, atravesando las sombras de la fe, la adoración sería una consecuencia necesaria, como vida del cielo sobre la tierra… ¡Pero hay que vivir de fe del mismo modo, sin ver y sin sentir, y haciendo lo que haríamos, si la luz divina nos descubriera las realidades de la fe!

Es, pues, de importancia suma instruirse para creer lo que es la base y el fundamento de todo: el Dogma y el Evangelio; y vivir después en conformidad con nuestra fe independientemente de todo sentido.

El día de adoración será, por tanto, día de fe, de humildad, de amor, de sumisión y confianza – de preferencia soberana –, de unión a todos los deseos del Padre, – día de entregarnos a Dios con el más completo abandono, dejándole disponer de todo, haciéndolo todo para su gloria, y confesando de antemano, que cuanto hace es lo mejor e infinitamente bueno.

Será un día de aceptación, hasta de la misma muerte, para acatar los derechos de Dios sobre el hombre pecador, – día de adoración en unión con Jesús y María, en nombre de todas las criaturas – incluso de los rebeldes que no se someten ni tributan a Dios el homenaje supremo y universal de un amor

inmenso: el amor más grande que puede caber aquí en la tierra, en la pequeñez de los seres humanos.

## *Cuarto Viernes: LA* PETICIÓN

Después de *reparar*, *agradecer* y *adorar*, conociendo el alma fiel sus inmensas necesidades, y habiendo escuchando la palabra del Divino Maestro, se encuentra ante su divina presencia con las mismas disposiciones que podría sentir un pobre mendigo.

De la adoración ha brotado la confianza; la confianza la atrae, la impulsa a implorar todo bien de Aquél cuyo Corazón y Omnipotencia conoce; y que no sabe negar nada a la humildad.

Y amparándose en las divinas promesas, y para provocar amorosamente a Dios para que se realicen, le recuerda las palabras que Jesús dijo: *"Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá."* Y más aún: *"Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi Nombre, Él os lo concederá, para que el Padre sea glorificado en el Hijo".*

*"Si le pedís algo en mi Nombre, os lo dará".*

Pide, pues, el alma por la gloria del Padre en el Hijo; y pide al Padre en nombre de Jesús, su Hijo amado.

Y ¿qué pide? – Lo que Jesús, el Primogénito del Padre, el Verbo-Amor, le ha enseñado:

Pide al Padre como a Padre suyo y Padre común de toda la humanidad. "Padre nuestro, que estás en los cielos" *(Pater Noster qui es in coelis)* "Santificado sea tu nombre"… *(Santificetur nomen tuum).*

"Venga a nosotros tu Reino"… *(Adveniat regnum tuum).*

"Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el Cielo" *(Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra).*

Lo primero que pide, son los grandes intereses de la gloria de Dios; y lo pide por la gloria del Padre en el Hijo – ¿Podrá no ser escuchada? – ¿Y lo será menos cuando, por obedecer a Jesús, pide también al Padre el remedio de sus propias necesidades: "El pan nuestro de cada día… *(panem nostrum quotidianum da nobis hodie);* que le perdone sus deudas como ella también las perdonas: *(et dimite nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris)* que la auxilie para no sucumbir en la tentación: *(et ne nos inducas in tentationem);* y que la libre de todo mal" *(sed libera nos a malo).*

Todas las demás peticiones que pueda hacer están comprendidas en éstas, y con ellas se relacionan necesariamente.

¡Qué confianza, pues, no ha de tener el alma en esta oración!

Deberíamos hacer estas peticiones con una fe tan viva, que fuese capaz de transportar montañas, y entonces, ¡veríamos maravillas!

Pero ¡cuán pocas almas, cuán pocos amigos tiene Jesús que confíen plenamente en Él!

La mayor parte somos tímidos y vacilantes en nuestra fe. No se reza el *Padre nuestro* con esa fe invencible; segura de ser escuchada, que hace violencia al Corazón de Dios, y a la que, en efecto, el Padre no puede resistirse.

¡Con cuánta frecuencia se reza el *Padre nuestro* sólo por rutina!

¡Para cuántas personas la oración dominical no es más que un conjunto de palabras, o la expresión de algunos piadosos pensamientos! Sólo para un corto número es el grito de súplica o instancia que brota del fondo del alma con toda la fuerza de la verdad, y que penetra el Corazón de Dios.

¡Se recita sin atención y a toda prisa el *Padre nuestro,* cuando debería ser cada palabra un dardo de amor!

¡Qué lánguido y débil es el deseo que mostramos de ser escuchados!

Estamos espiritualmente anémicos, y sin embargo, comulgamos con frecuencia, quizá todos los días; y es que no comulgamos bien; tenemos

dentro de nosotros al gusano roedor que destruye secretamente y aniquila el remedio divino: el orgullo y el egoísmo enemigos declarados de la caridad; y cuando la caridad no ocupa su puesto, no mantiene su vigor la vida espiritual, se debilita y languidece.

Se comulga, sí, pero conservando el veneno en el corazón y en la lengua, y de ahí las turbaciones y divagaciones del espíritu, pues quien lleva veneno en su corazón no puede tener la visión clara de la verdad.

En muchas almas el veneno está latente; no lo sienten, pero va haciendo destrozos en ellas y en el alma de los demás.

Decimos el *Padre Nuestro* y no nos preocupamos de practicar lo que en él pedimos a Dios; no nos ponemos en disposición de que el Padre cumpla lo que le rogamos – ¿de qué modo santificamos su nombre?... ¿Cómo procuramos que su Reino venga a nosotros, en cuanto se presenta el menor obstáculo? – ¿Cómo cumplimos la voluntad del Padre, cuando pedimos que se haga así en la tierra como en el Cielo?...

Le pedimos el pan de cada día: ¿y acaso nos acordamos de darle por él las debidas gracias?... ¿No prescindimos de Dios, para procurarnos, además, lo superfluo?

Le pedimos que nos perdone como nosotros perdonamos… ¿No es esta palabra, verdadera burla, irrisión e insensatez en labios de muchos que piden perdón y guardan, sin embargo, rencor, odio y envidia en su corazón; que se complacen con inconcebible ligereza, indisponiendo a unos con otros y encizañando al prójimo?

Pedimos que no nos deje caer en la tentación, y nosotros mismos nos exponemos a ella; que nos libre de todo mal, y no cesamos de fomentarlo en nosotros.

Sea, pues, el día de hoy de oración, en el verdadero sentido de la palabra. Elévese de continuo nuestra alma hacia Dios, en unión con Jesús, y por todas las intenciones de Jesús.

Que todo cuanto hacemos nos sirva de oración y nos lleve a alabar a Dios; que nuestros pensamientos y acciones sean una ofrenda que digan al Señor: "¡Yo os amo!... ¡Gracias!... Perdón… ¡Dios mío!... ¡Venga a nos el tu Reino! ¡Os lo pido en cambio de mis pobres ofrendas!".

Roguemos por todas las intenciones de Jesús; por su Vicario Supremo, Padre común de los fieles, que gobierna la Iglesia en su nombre, asumiendo tan gran responsabilidad.

Por todos los Sacerdotes de Cristo, a fin de que ellos también se santifiquen en la Verdad y para que todos los fieles sean santificados igualmente en ella, es decir, en humildad y caridad; roguemos para obtener Sacerdotes fervorosos que enciendan a todas las almas en un ardiente amor a Jesucristo.

Roguemos por toda la Santa Iglesia, para que no haya en ella más que un solo rebaño, un solo Pastor, bajo un Jefe Supremo y que todos le estén sometidos.

Roguemos para obtener muchos Santos abrasados en perfecta caridad.

Roguemos para conseguir la conversión de los pecadores.

Roguemos por todos los que nacen, viven, sufren y mueren.

Roguemos por los niños, por esos pequeñuelos predilectos de Jesús, a quienes colma de besos y caricias; a fin de que encuentre Jesús, en muchos de ellos, el goce de reposar en su corazoncito, y pueda conservaros bien puros, como azucenas siempre en flor.

Roguemos por los pobrecitos ancianos que ya se hallan al borde de la tumba; y con frecuencia están abandonados, para el arrepentimiento, la resignación y el amor, renovando su vida la hagan verdaderamente fecunda (aún la que pasaron lejos del Señor) y que al declinar el día de su existencia, puedan presentarse confiadamente ante el Dios que les espera y que quiere hacer a favor suyo el último esfuerzo de su Misericordioso Corazón.

Roguemos por el advenimiento del Reino de Dios y por todas las obras que de él se derivan… ¡por la Liga Apostólica de la caridad, por las vocaciones religiosas!

Pidamos socorro para los pobres, para los Misioneros, por sus trabajos y empresas apostólicas, por las obras de celo y por todo cuanto quisiéramos hacer y dar; ¡roguemos…!

Pero ¿cuál es el modo más excelente de orar?

Como ya lo hemos visto, el que enseñó y practico Jesús, el Divino Maestro. – Mas, Jesús empleó también otras formas de orar que no menciona el relato evangélico.

No obstante, el Evangelio nos dice que Jesús oraba antes de hacer milagros, y su oración era la de acción de gracias. *"¡Gracias os doy Padre mío!"* – Jesús hizo también oración de Divina preferencia en la Agonía, anteponiendo la voluntad de su Padre a la suya en medio de los mayores sufrimientos… ¡oración de perdón, de angustia, y de abandono!

Pero muy extensamente, San Juan, el Discípulo Amado, nos relata la oración *Sacerdotal,* la oración de Jesús-Sacerdote, después de la Cena.

Digámosla con frecuencia y pidámosle que se realice: *"Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique".* Sea este el clamor continuo de nuestro corazón. Añadamos luego: *"Puesto que le has dado potestad sobre toda carne, que Él dé la Vida Eterna a todos los que tú le has confiado".*

¿Y en qué consiste esta Vida Eterna? En que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Aquél que has enviado, ¡Jesucristo!...

"El te ha glorificado en la tierra y ha realizado la obra que le habíais confiado".

"Y ahora, Padre, glorifícale a tu diestra con la gloria que Él tenía en Ti, antes de que el mundo existiese…"

Palabras sublimes que son para nosotros la plegaria del más puro amor, la más gloriosa para Jesús y la más agradable al Padre que tiene todas sus complacencias en su Hijo muy Amado, y, por consiguiente, en los que se le asemejan, en aquellos que reflejan algo de Jesús y le ruegan con su misma oración.

Pero la oración de Jesús, no se limitó al tiempo que vivió en la tierra. Jesús continúa aún orando en el altar donde se ofrece a su Padre… y en el Cielo mismo, su presencia como Cordero inmolado (Apocalipsis) es una oración… Que nuestra oración, pobres, ignorantes y miserables como somos, sea una íntima, amorosa y voluntaria unión a la oración de Jesús.

Mas al lado de Jesús, está María, su Santísima Madre; María inseparable de Jesús, María que une su oración a la de su Hijo amantísimo, María que ruega con Él y en Él en el Santo Sacrificio de la Misa como en el Calvario, en el Cielo como en el Altar; por doquiera que encontremos a Jesús, ¿no está también con Él María por su amor, su pensamiento, y su intercesión?

Cuando decimos a la Virgen Santísima: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros", ¿qué hará la Madre Divina sino lo que hizo en el Calvario?... Mostrar Jesús al Padre, diciéndole, con los brazos abiertos como Cristo en la Cruz: *"Acordaos del precio del rescate"* – y al Hijo: "¡Uno mi plegaria a la Tuya…! ¡Hijo mío, no puedes rechazarla! ¡Padre! ¡Escúchanos…!"

Gocémonos, pues, en unir nuestra oración a la oración de María. ¡Oh, que eficaz será!

Repitamos a menudo: "¡Jesús! ¡María! Yo me uno a Vos" – o bien: "¡Oh! ¡Jesús, por María, me uno a Vos! – Os invoco, os ruego por medio de vuestra plegaria. ¡Escuchadme!"

¿Y no podremos estar unidos a Jesús en la oración más que cuando la hacemos de rodillas, o con los brazos en cruz, como nuestro Salvador en su agonía… o en el Calvario… cuando sufría y se ofrecía por nosotros?...

Siendo la unión con Jesús una oración, toda acción hecha por Dios y unida a las acciones de Jesús, ofreciéndola con su oración, es también por sí

sola, una admirable plegaria… Así, pues, todo lo que hagamos, comamos o bebamos, debemos ofrecerlo para gloria de Dios, en unión con Jesús y María… En unión de Jesús y como Jesús; por María y como María.

De este modo todos nuestros pasos, movimientos, palabras y sufrimientos, santificados por medio de esta intención y unión, se convertirán en hermosa plegaria, que cual nube de incienso, ofrecerá nuestro Ángel en incienso de oro, ante el trono del Altísimo; y que será la oración misma del Santo de los Santos, unida a nuestros pobres y pequeños sacrificios.

Que en este día, especialmente, todo lleve en nosotros ese sello de oración, humildad y reverencia… que son las condiciones que más conmueven en los pobres mendigos; y cuando imploremos para nosotros y los que amamos gracias, hasta de orden secundario, no temamos hacerlo siempre con humildad; nunca de modo arrogante; autoritario, impaciente o con exigencias; sino con la amorosa y tierna confianza de un hijo. – Acudamos a Dios como a nuestro buen Padre –, confiémosle nuestras inquietudes –, nuestras penas –, nuestras dificultades –, temores –, proyectos y esperanzas.

Expongámosle nuestras flaquezas, nuestras miserias, pero sin lamentaciones, y sin detenernos demasiado en nosotros mismos, ni en las cosas terrenas, basta con indicárselas; después ocupémonos de Él; que todo lo sabe, que todo lo puede y nos ama…

Ansía que le manifestemos nuestras necesidades y le pidamos su ayuda. Cifra su gloria y se complace como Padre en escucharnos.

¡Sea, pues, siempre *Jesús,* el pensamiento dominante de nuestra alma!

Considerémosle como el mejor Padre, el Rey del Amor Misericordioso, el Amor Divino que tiene constantemente abierto su Corazón, a todas nuestras necesidades.

Recordemos también que Jesús, quiere que la oración se haga en secreto. Procuremos, pues, orar siempre con el mayor recogimiento, ¡atentos sólo a un Dios tan bueno y Poderoso!, ¡a un Dios con quien hablamos en ese momento; teniéndonos en la actitud más devota posible, bien sea con las manos juntas o con los brazos puestos en cruz, cual fue la sublime plegaria de

un Dios agonizante! Plegaria del Rey de Amor Misericordioso a su Padre, en el solemne momento de la muerte…

¡Aficionémonos a orar en esta actitud suplicante, puesto que podemos estar tanto más seguros de agradar a Dios-Padre, cuanto más nos esforcemos por conformarnos en todo con Jesús, a pesar de nuestra miseria!

## *Quinto Viernes:* EN QUÉ CONSISTE LA VERDADERA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

*Cómo nos amó Jesús - Lo que espera de nosotros en correspondencia*

La verdadera devoción del Corazón de Jesús consiste en creer en Él, primero, y en asemejarnos a Él, después.

Creer en su amor para con nosotros y por consiguiente entregarnos a Él con suma confianza, independientemente de todo humano sentimiento, y que sea esta confianza más fuerte que todas las tentaciones e impresiones contrarias.

Creer en Él, por todo lo que por nosotros ha hecho, y porque así nos lo dice.

Creer en Él, y por consiguiente, creer también todo cuanto Él mismo nos manda y enseña.

Creer sobre todo en el Mandamiento que resume toda la Ley de su Corazón: *"Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado".*

Esto nos hace ver que Jesús mismo *quiere* que le imitemos. Pero, ¡ay! ¡Qué pocas son las almas que responden a su orden… a su llamamiento!

¡Hay tantos cristianos que no lo son más que de nombre! Que no conocen ni practican de modo alguno las máximas evangélicas pronunciadas por el mismo Jesús… ¡admirable código de la perfección!

¿Qué libro de amor hay semejante a Él? Es preciso, por tanto, que *nos amemos los unos a los otros, como Jesús nos amó.*

Pero, ¿cómo nos amó Jesús? – Nos amó, no con un amor de justicia, sino con un amor de misericordia, con *Amor Misericordioso.*

Y no solamente amó a los buenos;… su Corazón buscó el medio de unirse hasta con aquellos que le ofendían y despreciaban su Amor.

El amor es el movimiento del corazón que impulsa a la unión; es la pasión unitiva de dos que tienden a hacer uno solo.

Muchas almas hablan de amor, lo desean, pero no saben lo que es. – Creen que consiste en el sentimiento de gozo que experimentan al pensar en la persona amada, o cuando reciben sus beneficios, o en la satisfacción que les produce su presencia.

Ese sentimiento puede existir… existirá en el Cielo, pues es parte del gozo del amor, pero no es de ningún modo la base del amor; puede desaparecer el gozo sin que afecte nada al amor, que cuanto más libre de sentimiento, más puro y más fuerte es.

El amor es, pues, en realidad, *el deseo que tiene el alma de unirse al objeto amado.*

El amor será, pues, tanto más grande cuanto más fuerte, decidido y valeroso sea el deseo o la voluntad.

Ama, pues, verdaderamente a Dios, quien tiene *voluntad decidida de unirse a Él.*

Y ¿cómo nos uniremos, si no por adhesión de las diferentes partes de nuestro ser a su Ser? Nuestro espíritu, adhiriéndose a su Espíritu y conformando nuestro parecer al suyo; nuestro corazón, adhiriéndose a los afectos e inclinaciones de su Corazón; nuestra voluntad, adhiriéndose a su voluntad, para hacer lo que Él mismo hace.

Vemos, pues, que el fin del amor es la transformación, porque el amor olvidándose de sí mismo, pierde, por decirlo así, su propia forma, para tomar la forma del Ser Amado…

¿No consiste en eso mismo el acto maravilloso de la Encarnación?

“Dios amando tanto al mundo que le da su Hijo Unigénito…”

“El Hijo amando de tal suerte al mundo que se hace Hombre.”

El hijo amando tanto… a los miserables y hasta a los pobres pecadores; que todo lo acepta por salvarlos, por unirse a ellos y devolvérselos a su Padre.

Los ama de tal manera que toma sobre Sí el peso de sus pecados y su castigo.

Pero no lo olvidemos, su fin es la unión…

Si padece, si muere, es por la unión…

Si ora, si enseña, es por la unión…

El Amor es verdaderamente la pasión unitiva de su Corazón; mas ya lo vemos, esa pasión divina no se ejerce solamente sobre aquellos que ya están unidos.

Pero ¡ay! entre los unidos, solamente la Virgen Inmaculada lo ha estado siempre por privilegio divino. – Todos los demás nacemos desunidos a consecuencia del pecado original…

Y he ahí por qué al amor apasionado del Corazón de Jesús le urge poner en ejecución toda su obra, para atraer a las almas a su unión: avisos… promesas, amenazas, milagros, humillaciones y sufrimientos.

Se comprende la pasión que siente el Corazón de Jesús por nuestra pobre miseria; se siente impulsado hacia donde encuentra más necesidades, donde puede dar y remediar más;… por eso halla tanta gloria y satisfacción en realizar actos de Salvador, haciendo una obra, una fiel copia de Sí mismo en el ser más pobre, más miserable, más abyecto y más opuesto y contrario a su Santidad… este Amor del Corazón de Jesús; inclinándole hacia la miseria, impulsándole a entregarse a ella; –porque es propio del Amor darse para unirse, – porque este Amor es *“el Amor Misericordioso”.*

Si amamos, pues, a Dios y queremos vivir unidos a Él, debemos hacer nuestros pensamientos, afectos y deseos, semejantes a los suyos.

Las aspiraciones de Jesús consisten en la unión con su Padre y la unión con esos hombres a quienes llama hermanos suyos; ama aun a los más miserables de ellos. Sus afectos tienen el mismo objeto; su deseo es el de realizar los designios de su Espíritu y su propia inclinación, la necesidad apremiante de su Corazón. Aún cuando Jesús no nos hubiera impuesto su Mandamiento, como consecuencia de su mismo Amor, nos veríamos obligados a amarnos los unos a los otros como Jesucristo nos amó.

Muchas veces, cuando oímos esta recomendación de Amor, no pensamos más en la muerte de la Cruz, imaginándonos que deberíamos también nosotros estar siempre dispuestos a morir por nuestros hermanos; y como no nos sentimos con valor para tanto y al mismo tiempo quisiéramos observar el Mandamiento del Divino Maestro, no nos atrevemos a considerarlo más que de una manera vaga… y superficial, y así lo practicamos en consecuencia.

¿No habría nada que rectificar en este punto?

Cuando nos dice Jesús: Amaos *como* Yo os he amado, – quiere decir: Amaos con el amor con que Yo os he amado: ese *¡Amor Misericordioso!*

Quiere también decir: Yo Amo a mi Padre, y porque le amo, cumplo siempre su Voluntad y hago todo lo que Él hace.

El Padre ama de tal modo a los hombres, que se da a ellos en la Persona de su Hijo; el Padre da todo su Hijo; el Hijo se da todo Él; para cumplir en todo la Voluntad del Padre, que también es la suya como Dios y a la cual conforma la suya humana, a pesar de todas las repugnancias que pueda sentir, desechándolas y sobreponiéndose a todo, para adherirse a la Voluntad Soberana del Padre.

Jesús se entrega por completo a la Voluntad del Padre, para que se sirva de Él para todas las necesidades de los hombres. Amarnos mutuamente como Jesús nos amó, es, por tanto, hacer entrega total de nuestra voluntad para hacer y sufrir en todo momento lo que le plazca al Padre (a favor de las almas).

Jesús no nos amó solamente sobre la Cruz y en la Eucaristía; también nos manifestaba su Amor cuando oraba, cuando hablaba, cuando caminaba,

cuando comía y cuando sufría. Lo mismo que cuando gozaba. – Su amor le hacía tener constantemente presente a su Padre, y a las almas, haciendo así de Divino Mediador y de lazo de unión entre Dios y los hombres.

*Amar a nuestro prójimo como Jesús,* es, pues, penetrarnos más y más de ese pensamiento y de esta sed de unión con las almas y por las almas.

Haciéndolo así, ya no buscaremos el aislamiento ni seremos egoístas.

Como Jesús, haremos todas las cosas en unión con nuestros hermanos… particularmente con los más miserables, con quienes permaneceremos unidos de corazón.

Si comemos, hagámoslo en unión de Jesús y en nombre de todas las creaturas para rendir al Padre, el homenaje que de nosotros espera. *Sumisión* de nuestra voluntad a la Suya en aquel acto y en todo lo que se nos presente en la mesa.

*Acción de gracias* por los que reciben el beneficio de poder alimentarse y vestirse sin dárselas a Dios.

*Restitución de Amor* por todas las sensualidades, murmuraciones, y otras faltas cometidas durante las comidas.

En la oración, Unión con Jesús, unión con las almas y ofrecimiento de este acto unido así a Jesús, como homenaje de Amor y Adoración. – Restitución de Amor.

Cuando tengamos que soportar alguna molestia, un dolor de cabeza por ejemplo, o cualquier otro dolor – unión con Jesús y con las almas –, ofrenda como homenaje, Restitución de amor.

¡Hay tantas almas que sufren y murmuran!

Tantas que no quieren reconocer, el soberano dominio de Dios, negándose a someterse a sus disposiciones diciendo: “Está bien hecho, ¡lo ha dispuesto el Señor!”.

Dijo el Señor un día a Santa Gertrudis hablándole de un alma:

"Me complazco tanto en ella, que frecuentemente, cuando los hombres me ofenden, penetro en su corazón secretamente, para encontrar allí descanso; permitiendo que su cuerpo padezca algún dolor o su espíritu alguna pena, porque al aceptar ella esta penitencia, que Yo le hago soportar, por los pecados ajenos; son tales los sentimientos de gratitud, humildad y paciencia, con que acostumbra a recibir todo lo que le viene de Mi mano, y que me ofrece uniéndolo a mis propios sufrimientos, que se aplaca por completo mi cólera, y, obliga a mi Misericordia a perdonar por su Amor a un sinnúmero de pecadores".

Obrar así *es amar a Jesús, es amar a nuestros hermanos, y amarlos como Él nos amó,* con Amor Misericordioso… el más eficaz y saludable… para abrazar y practicar en toda ocasión las máximas del Evangelio.

¡Oh, qué equilibrio tan admirable produce el Amor!

El alma no pretende ya hacer esto ni aquello; por consiguiente no agota sus energías, inquietándose por admitir tal o cual proposición que pueda presentarle el Amor, y para la cual no tiene la gracia del momento.

El alma sencilla está adherida únicamente a la Voluntad del Padre; a esa Voluntad tan amable y tan buena, y ¡qué libre y desprendida de todas las cosas creadas se siente entonces!

No tiene más que un fin; una pasión. El Amor… la Unión… y para conseguirlo se entrega y está dispuesto a sacrificarlo todo.

El Amor en Dios se llama *Espíritu Santo* que es el mismo que nos da Jesús –. Su *Espíritu,* el *Espíritu de Dios.*

El Amor es el que está *allí* dentro y que hace vibrar nuestros corazones al unísono del Corazón de Jesús con vibraciones de su Amor Misericordioso… haciéndole sentir el atractivo de la miseria y un celo ardiente por abrazarla.

Ante las imperfecciones del prójimo ¡qué fácil es descubrir el alma que ama!...

La que no ama, se indigna, se irrita, quiere hacer justicia, castigar, romper para siempre…

La que ama a Jesús, ama a quien Jesús ama, y como Él la ama.

Teme acabar de romper la caña ya tronchada o apagar la mecha que aún humea; siente que la devora la sed de buscar a la oveja perdida; ¡comprende la Parábola del Hijo Pródigo, porque lleva en su corazón todos los sentimientos del Padre de las Misericordias!

Esta unidad de apreciaciones, gustos y voluntades, se producirá, sobre todo, en la Sagrada Comunión, si comulgamos con las debidas disposiciones.

Es precisamente el fin Divino del Sacramento del Amor.

Comulguemos, no solamente por la mañana, en la Santa Misa, en el Sacrificio Supremo del Amor Misericordioso; sino que toda nuestra vida sea una Misa mística y perpetua…

*Consagración.* – Substitución divina.

*Elevación.* – Ofrenda.

*Consunción.* – Unión divina… Comunicación recíproca de Jesús con el alma y del alma con Jesús… donación de sí mismo, donación de Jesús a las almas… para dar las almas a Jesús.

¡Oh Amor Misericordioso Infinito; tengo hambre de Vos!

¡Venid a tomar posesión de mi alma y a transformarla en Vos!

¡Yo Os adoro, Os amo, Os doy gracias!

¡Dadme aumento de fe y de caridad!

¡TU REX GLORIAE CHRISTE!

# APÉNDICE

_____

## Hora Santa

1º Jesús se prepara por la oración a su Sagrada Pasión.

2º Los privilegiados, escogidos de Jesús, amigos íntimos de su Corazón.

3º Jesús sufre angustia, tedio y tristeza, porque me ama; ¿y no querré yo todavía esas pruebas?

4º Inmensidad de la tristeza de Jesús.

6º Jesús arrodillado y postrado ante su Padre.

7º Lucha íntima del Corazón de Jesús.

8º La vía del amor, no excluye el sacrificio.

9º (Los tres Discípulos dormían). Sueño de los Apóstoles.

10. Jesús despierta a Pedro.

11. Jesús señala el medio para permanecer en vela.

12. El alma encuentra toda luz y socorro en el Santo Evangelio.

13. La virtud no consiste en luchar contra el sentimiento, sino en regular la propia voluntad y conformarla con la de Dios.

14. Jesús encuentra de nuevo dormidos a sus Apóstoles.

15. Jesús se aparta, dejándolos.

16. Repite la misma oración.

17. La agonía de Jesús: lucha entre el cuerpo y el alma.

18. Agonía del alma de Jesús.

19. Las infidelidades.

20. Sudor de sangre.

21. Abandono y sufrimientos del Corazón de Jesús.

22. Un Ángel venido del Cielo, se le aparece y conforta.

23. Dormid ya y descansad.

24. Ha llegado la hora.

25. El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores.

26. Levantaos y vamos.

27. Vamos.

1º JESÚS VINO CON SUS DISCÍPULOS A UN LUGAR LLAMADO GETHSEMANÍ, Y LES DIJO:

PERMANECED AQUÍ MIENTRAS YO ME ALEJO UN POCO PARA ORAR. ORAD TAMBIÉN VOSOTROS, A FIN DE QUE NO ENTRÉIS EN TENTACIÓN.

Jesús acaba de despedirse de sus Apóstoles, dejándoles su testamento de amor y con ellos a toda la humanidad.

¡Ha llegado la hora de su Pasión!..., esa hora que tenía siempre presente ante sus ojos desde su Encarnación y que tan ardientemente había deseado, para nuestra salvación y la gloria del Padre.

Comienza Jesús la escena incomparable de sus dolores, por la oración…

La oración precede siempre a todos los actos de la vida de Jesús.

Exhorta con insistencia a sus discípulos a que hagan lo mismo.

“ORAD PARA QUE NO CAIGÁIS EN TENTACIÓN”.

Jesús habla y se dirige a todos sus discípulos, a todos los suyos.

Orad, para no caer en tentación…

¡Oh! Jesús mío; ahora conozco la causa de mis debilidades: yo no hago bastante oración. La oración es la elevación del alma a Dios:

Es el llamamiento del pobre necesitado, que mendiga al Todopoderoso.

Jesús ha tomado en su Santa Humanidad la disposición del pobre, para expiar la soberbia del hombre y enseñarnos con su ejemplo a mantenernos en la verdad, miserables en el abismo de nuestra nada ante Dios… Pequeños, pero confiados… pues Dios es nuestro Padre, infinitamente bueno… y amante.

En unión con Jesús, comencemos la oración… Y ¿qué oración haremos?

La que Él mismo nos ha enseñado[4]

§ Padre Nuestro.

§ Que estás en los Cielos,

§ Santificado sea tu nombre,

§ Venga a nosotros Reino,

§ Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el Cielo;

§ El pan nuestro de cada día dánosle hoy,

§ Y perdónanos nuestras deudas (tres veces),

§ Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (tres veces),

§ Y no nos dejes caer en la tentación (tres veces),

§ Mas líbranos del mal,

§ Así sea.

[4] Cuando la Hora Santa se hace en común, las aspiraciones señaladas con § se repiten en alta voz por los asistentes.

2º JESÚS LLEVÓ CONSIGO SOLAMENTE A PEDRO, SANTIAGO Y JUAN (su hermano).

¡Oh! ¡Dichosos los privilegiados de Jesús, escogidos por el Divino Corazón, por el Amor MISERICORDIOSO MISMO, PARA ACOMPAÑARLE más de cerca en esta primera escena de sus dolores para recibir por ese medio las confidencias más íntimas de su Amor.

Los había ya preparado, haciéndoles testigos de su gloria, para presenciar su agonía. Los grandes favores y la expansión de los dolores más profundos, son los secretos de los íntimos, de los privilegiados de su Corazón.

Y nosotros, a quienes Jesús llama en esta hora, ¿no somos también sus escogidos, sus privilegiados? ¿No va también a descubrirnos el fondo de su Corazón?

Pidamos, pues, a la Santísima Virgen nos alcance la gracia de comprender el honor que se nos hace y de corresponder a semejante beneficio.

Pidámosle que este día sea para nosotros y para muchos el día en que nos marca con el sello de amigos íntimos de su Corazón. Él mismo nos ha invitado. El Padre nos ha atraído a su Corazón, por su Espíritu de Amor, puesto que si no nos hubiera atraído, no hubiéramos podido llegarnos a Él. ¡Oh! Supliquémosle que infunda en nosotros todas las disposiciones convenientes para responder a nuestro privilegio de Amor, a fin de que seamos, no solamente los confidentes, sino también las almas consoladoras de su Corazón.

§ ¡Oh, Jesús, que os dignáis admitirnos en vuestra intimidad, cuán bueno sois!

§ ¡Oh, Jesús, que os dignáis admitirnos en vuestra intimidad, no somos dignos, mas, disponed nuestros corazones!

§ ¡Oh, Jesús, que os dignáis admitirnos en vuestra intimidad, abrid nuestros espíritus y corazones a vuestra gracia de amor!

§ ¡Oh, Jesús, que me habéis escogido, dadme Vos mismo lo que me falta para llegar a ser el verdadero amigo íntimo de vuestro Corazón!

§ En mis trabajos y sufrimientos recordadme que Vos me habéis escogido por íntimo amigo de vuestro Corazón.

§ ¡Oh, Jesús, que me habéis escogido, tenedme siempre por amigo íntimo de vuestro Corazón!

§ ¡Oh, Jesús, dignaos escoger y formaros Vos mismo muchos amigos íntimos de vuestro Corazón!

3º COMENZÓ A SENTIR ANGUSTIA Y FAVOR (San Marcos).

COMENZÓ A ENTRISTECERSE Y ANGUSTIARSE. (San Mateo).

¡Cómo! ¿Es éste el Hijo de Dios?... ¿Aquel que recibió en sus manos la Omnipotencia del Padre, que llenó de admiración a las turbas con sus milagros? He aquí a dónde lo redujo su Amor Misericordioso… hasta revestirse de las miserias del hombre, de sus flaquezas, de las consecuencias del pecado. ¡El, que era impecable!

¡Oh! ¡Jesús mío! En el ansia que sentisteis de reduciros a ese estado, comprendo vuestro inmenso amor hacia vuestra miserable criatura, y vuestra compasión llena de ternura. La veíais sufrir abrumada por la tristeza o atormentada por el temor y la angustia… y para darle ánimo, confortarla y sostenerla, abrazasteis sus sufrimientos; os los habéis apropiado, y de ellos estáis penetrado y saturado.

¡Jesús! ¡Hijo de Dios… padece temor, angustia y tristeza, y todo porque me ama!...

¿No es esto una maravilla que sólo el Amor Misericordioso puede inspirar?

§ ¡Oh, Jesús! Hijo de Dios, que os habéis reducido a ese estado por mí.

§ Creo en vuestro Amor Misericordioso para conmigo.

¡Oh, Jesús! que habéis sido acometido de temor por amor hacia mí.

§ Creo en vuestro Amor Misericordioso para conmigo.

¡Oh, Jesús! que habéis padecido terribles angustias por mí.

§ Creo en vuestro Amor Misericordioso para conmigo.

¡Oh, Jesús! que habéis sentido tristezas por mí.

§ Creo en vuestro Amor Misericordioso para conmigo.

¡Oh, Jesús! que habéis sido afligido por el Amor que me tenéis.

§ Creo en vuestro Amor Misericordioso para conmigo.

Cuando sintamos nosotros esos mismos dolores, ¿cómo podremos retroceder, con egoísmo y cobardía?... ¿No abrazaremos por su Amor aquello que Jesús abrazó por Amor nuestro?

¡Oh, – si le amáramos! Si le amáramos con un amor apasionado como Él quiere ser amado, ¡cuánto más pensaríamos en Él que en nosotros, y cómo procuraríamos conformarnos con Él, sintiendo y sufriendo lo que Él sintió y sufrió por nuestro amor, cesando así la inquietud que nos hace desear sobre la tierra una vida exenta de penas… y afanarnos por librarnos de ellas!...

¡Qué insensato he sido hasta aquí!... ¡Jesús ha tomado para Sí el temor, la angustia, la tristeza!... y cuando el Padre permite que yo experimente todo eso, ¡quisiera rehuirlo!

Siento devoción al meditar la Pasión de Jesús, pero no quiero compartirla con Él; me niego a beber su Cáliz; no quiero padecer nada; yo que me tengo por su amigo, ¡e incluso por el amigo íntimo de su Corazón!

¡Oh, Amado Jesús mío! Llevadnos a la unidad de Amor con Vos y con vuestras almas. ¡Sea todo mi gozo padecer los dolores que Vos habéis experimentado… y que los soporte y ofrezca con vuestro mismo Amor Misericordioso!

¡Oh, Jesús mío! De antemano acepto, amo, abrazo y prefiero las penas y alegrías que el Eterno Padre ha escogido para mí desde toda la eternidad.

§ ¡Oh, Jesús! desde ahora *acepto* todas las penas y alegrías que vuestro Padre ha escogido para mí desde toda la eternidad.

§ ¡Oh, Jesús! *amo* todas las penas y todas las alegrías, que vuestro Padre ha escogido para mí desde toda la eternidad.

§ ¡Oh, Jesús! me *abrazo* con todas las penas y alegrías, que vuestro Padre ha escogido para mí desde toda la eternidad.

§ ¡Oh, Jesús! *prefiero* todas las penas y alegrías que vuestro Padre ha escogido para mí desde toda la eternidad.

4º *"Mi alma está triste hasta la muerte…"* dice Jesús… Siendo la Verdad misma y haciéndolo todo con sabiduría, prudencia y sin extremos ¿qué tristeza no debió ser la suya para expresarse así?

¿Y qué son nuestras tristezas comparadas con las suyas?...

¡Procuremos al menos unirlas a ellas!...

Nos juzgaríamos muy honrados, y con razón, llevando sobre nosotros reliquias de la Santa Cruz, mas ¿cómo son aceptadas las pruebas y las cruces?... Se rechazan; y ni aún queremos sentirlas ¡qué inconsecuencia!... Aceptemos, pues, la Cruz cuando se nos presente y sobre todo no nos turbemos.

Cuando el terror, la angustia y la tristeza, sean consecuencia de nuestras faltas, detestémoslas y recibamos con espíritu de humildad y amor esta prueba del Padre Celestial, no pensando sino en aprovecharnos de ella con todo el amor de que seamos capaces en unión de Jesús.

§ He merecido en verdad todo castigo y tristeza.

§ ¡Jesús mío inocente! Yo, pecador, me uno a Vos.

§ Señor, hasta en vuestros rigores, sois misericordioso e infinitamente bueno.

5º Jesús acaba de manifestar a sus amados discípulos cuán triste está, y añade: "QUEDAOS AQUÍ Y VELAD CONMIGO". Meditemos cada una de estas palabras.

Jesús quiere que permanezcan en aquel lugar, que no le abandonen y que velen… Velar es permanecer en atención amorosa, en el momento mismo en que el sueño pudiera asaltarnos, para no dejarnos sorprender por el enemigo.

Cuanto más estimamos y apreciamos nuestro tesoro, más vigilantes nos hace el amor.

Los pastores velaban guardando sus rebaños, cuando nació Jesús, y María velaba aún antes de que Jesús apareciese en la tierra recién nacido.

¡Oh, Jesús! haced que, aún durmiendo, mi corazón vele como centinela vigilante y fiel en la guardia del Rey de Amor; que vele para impedir todo lo que sea contrario a vuestro reinado de Amor.

§ ¡Oh, Jesús mío! Haced que aun durmiendo mi corazón vele.

§ Que se mantenga vigilante y fiel, en la guardia del Rey de Amor.

§ ¡Oh, Jesús mío! Que mi corazón vele para impedir todo lo que sea contrario a vuestro Reinado de Amor.

6º "Y APARTÁNDOSE DE ELLOS A LA DISTANCIA DE UN TIRO DE PIEDRA, HINCADAS LAS RODILLAS EN TIERRA, HACÍA ORACIÓN". (San Lucas).

¡Qué espectáculo!... El Verbo de Dios hecho Hombre, tomando sobre sí el peso de los pecados de los hombres, nos enseña por su misma actitud, cómo debemos de orar nosotros, cuál debe ser la nuestra en la presencia de Dios.

¡Jesús, arrodillado!... Un Dios adorando con el rostro en tierra… ¡Qué actitud tan humilde!... Se adivinan los sentimientos de respeto, adoración y hasta de asombro, que debía producir este espectáculo entre los Ángeles y los Santos, conociendo la dignidad y excelencia de Aquél a quien su Amor Misericordioso había reducido a tal extremo.

Todos los que comprendan esta maravilla de amor se sentirán impulsados a postrarse ante el Hijo muy amado del Padre, para levantarle a expensar suyas y por el sacrificio de sí mismos, un Trono de gloria… Y,

¿cómo, Jesús mío, Vos siendo Dios, oráis así al Padre? Y yo, vil criatura, ¡con qué falta de respeto e irreverencia estoy exteriormente, a veces, en vuestra presencia, y sobre todo, interiormente! Desde ahora me postraré ante Vos, al menos en espíritu, por amor y a ejemplo vuestro. Recordaré que Vos sois quien me ha enseñado a cumplir este deber de adoración y que por nosotros habéis permanecido así ante vuestro Padre. ¡Con cuánta mayor razón debemos, pues, nosotros abismarnos y anonadarnos en su presencia!

Desde que he recibido de Vos esta luz, me siento fuertemente impulsado a adoraros constantemente.

¡Oh, amado Jesús mío, no Os habréis postrado ni arrodillado en vano! Vuestro Amor Misericordioso es tal, que estaríais dispuesto a padecer, sufrir y pasarlo todo de nuevo, por una sola alma; y no únicamente por su salvación, sino por su santificación; Vos me mirabais y mirabais a todos los que habíamos de leer estas páginas, y preparabais las gracias de luz y de amor que pudieran transformar nuestras almas, señalándonos los deberes de nuestra conducta para con Dios y cuanto desea Él que le pidamos.

§ ¡Oh, Padre: en unión con Jesús me postro ante Vos! (Postrarse efectivamente un momento. – Silencio de adoración).

§ ¡Oh, Padre mío! Para reparar todas mis irreverencias y las de mis hermanos me postro ante Vos.

§ ¡Oh, Padre mío! En acción de gracias por los Divinos anonadamientos de Jesús, me postro ante Vos.

§ ¡Oh, Padre mío!, para unirme a las peticiones del Corazón de Jesús, me postro ante Vos.

7º ROGÓ PARA QUE SI ERA POSIBLE, SE ALEJASE DE ÉL LA HORA DE LA PASIN.

¿Qué va, pues, a ocurrir en esa hora que Jesús desea alejar de Sí? Va a verificarse todo lo que puede ser más cruel a su Amor Misericordioso: la traición de uno de los suyos, el abandono de todos, la negación de aquél, que había sido más iluminado y se mostraba más fiel.

Lo que causa tanto horror a Jesús, no es la magnitud de sus penas íntimas, no es lo que tendrá que sufrir personalmente; es la Gloria de su Padre; el Amor de su Padre ultrajado; es la desgracia de esas almas que van a pecar.

Ve la Redención próxima a consumarse, pero ¡a qué precio!... Parece que no puede aceptar las condiciones decretadas por su Padre y por el Consejo Divino. *"¡Padre mío,* dice, *si es posible…! Y todo Os es posible, ¡alejad de Mí este Cáliz!"*. Toda su naturaleza sensible se resiste ante las condiciones del rescate… Padre Mío… Padre Mío…, anhelo el rescate y la Redención, parece decir… Pero si es posible, y a Vos todo Os es posible, ¡impedid el deicidio!

¡Oh!, cuánto sufría viendo aquel gran número de criaturas suyas contribuyendo unas a su Pasión, y sirviéndose de ella las otras, para ultrajarle en la sucesión de los siglos, o no proporcionándole más que ingratitudes y decepciones…

Veía el esfuerzo supremo del Amor para dar el beso divino a sus criaturas, y, a éstas en cambio, haciendo a su Dios y Salvador la afrenta de sustraerse y de negárselo.

Nadie podrá jamás comprender todo lo que padeció en aquel momento el Corazón amantísimo de Jesús. Sería preciso haber experimentado algo semejante para penetrarlo. La voluntad y la resistencia luchaban entonces en su alma y desgarraban su Corazón. Ansiaba la Pasión, pero no quería la ofensa… ¿Su Padre?, y las almas que tan apasionadamente amaba, se convertían en los instrumentos y ejecutores de su tormento…

Aquellos que no aman o que aman poco no ven en la Pasión, en la agonía de Jesús, más que sufrimientos personales. No penetran en los sufrimientos de su Corazón, o si los consideran, sólo pueden concebirlos semejantes a los suyos… Los sufrimientos de Jesús en su agonía, son sufrimientos de Amor Misericordioso. – Si sufre tanto, es porque ama; querría alejar el Cáliz; y porque ama, dice también: "SIN EMBARGO HÁGASE VUESTRA VOLUNTAD Y NO LA MÍA".

*"Padre mío…",* por este nombre de Padre, evoca a la Divinidad y pide que se cumpla la Voluntad Divina, a pesar de los temores, las angustias y

repugnancias de la voluntad humana. Así deberíamos hacer siempre nosotros en nuestras tribulaciones.

§ ¡Oh, Jesús, que habéis sufrido tanto, yo creo en vuestro amor para conmigo!

§ Padre Santo, glorificad a vuestro Hijo; que tanto ha sufrido por la gloria de vuestro Nombre.

§ ¡Oh, Jesús glorificado!, concedednos a todos, la luz y el perdón.

§ ¡Oh, espíritu de Amor!, convertid las almas, por los méritos de la Agonía y de la Pasión.

- *"Padre mío, si es posible… – ¡y todo Os es posible…!* – Jesús manifiesta aquí su primer deseo…, recurre confiado después a Él… ¡con fe segura y firme! – *"¡Alejad de Mí este Cáliz…!"* Esa es la exposición de sus deseos humanos, el ímpetu de la voluntad que rechaza… – *"Sin embargo, que vuestra voluntad se haga y no la mía…"* – Esta es la adhesión por Amor; Amor que lo vence todo y que es el acto de virtud más generoso que una criatura puede realizar.

La virtud es el esfuerzo. Estudiemos la inmensidad de los esfuerzos realizados por Jesús… en aquellas dolorosas horas de su agonía y de su Pasión.

§ Padre mío, que Vuestra Voluntad se haga y no la mía (dígase tres veces).

8º Los sufrimientos de Jesús, sobrepujan a todo sufrimiento, en la misma medida que su amor excede a todo amor.

Pero cuánta luz proyecta la agonía de Jesús en esta vía de amor.

Vemos en ella, a un mismo tiempo, el olvido del *propio "yo",* mezquino y egoísta; el verdadero amor de Dios y del prójimo; la pasión del Amor que quiere darse, que desea unirse y que descubre como una visión de horror, las injurias hechas al Amor; provocadas por los mismos excesos de Amor.

Compruébase también cómo el alma, que por la luz del Espíritu Santo, ve debilitadas sus fuerzas para la práctica de la virtud, debe, sin embargo, cuando suena la hora en que Dios quiere probar su fe, redolar su energía indispensable para el cumplimiento de la Voluntad Divina, dominando la concupiscencia para obtener el aumento de los dones del Espíritu Santo; y no creer que llegará nunca a un estado de ociosidad pasiva, puesto que el Verbo mismo de Dios quiso luchar tan heroicamente, para servirnos de modelo.

En vez de aspirar, a no tener ya nada que hacer, nada que dar, nada que sufrir, el alma que ama, la verdadera amiga de Jesús, su íntima, ansía, en sus mismas penas, probar su amor hasta el agotamiento, y quisiera morir, amando.

§ ¡Oh, Jesús! haced que yo os ame sufriendo

§ ¡Oh, Jesús! haced que yo os pruebe mi amor hasta consumirme.

§ ¡Oh, Jesús! haced que yo muera amando.

9º Y levantándose de la oración, vino Jesús a sus discípulos *y los halló dormidos…*

Jesús nos descubre igualmente aquí la disposición de su Corazón y lo que exige de su criatura.

Continúa orando… Y; ¡qué oración la suya! – ¿No era todopoderosa para ser atendida? – Continúa orando; pero no quiere contentarse con su propia oración. No por indigencia suya, bien lo sabemos, sino por sus ansias de amor. Cuando se ama se siente la necesidad de unirse al amado en sus penas, en sus alegrías, en sus deseos mismos. Se tiende a no formar, por decirlo así, más que una sola voz con ellos en la oración y la súplica.

Jesús se acerca a sus amigos y Él, todo un Dios, se humilla hasta interrumpir su conversación con su Padre, olvidando, por decirlo así, sus propios sufrimientos para reunirse con ellos… y los encuentra dormidos…

¿No sentimos hondamente la desolación del Corazón del Divino Maestro?... En esos momentos en que siente su Alma abrumada de tristeza y angustia, y que busca expansión en sus Apóstoles, pidiéndoles que velen con Él… se duermen ellos… ¡Pues qué! ¿Son insensibles sus corazones?... ¿No

han comprendido el sufrimiento de Jesús?... Informado San Lucas por la Santísima Virgen, inclinada siempre al espíritu de indulgencia, añade que *"dormían porque estaban agobiados de tristeza"...* ¡¡No era, pues, aquel sueño de indiferencia, sino por indigencia, por flaqueza!!

Abrumados de tristeza, se dejaron dominar por ella. – ¡Ay! ¿No es esto lo que nos ocurre cada día a nosotros? Damos rienda suelta a nuestras pasiones, a nuestras impresiones, no nos esforzamos en vencernos y nos quedamos dormidos.

¿No es con frecuencia un verdadero sueño nuestra vida espiritual en la hora de la prueba?... Apenas nos sentimos invadidos por la tristeza, también nosotros nos abandonamos, y nos abatimos, en vez de luchar y de hacer esfuerzos de amor, en unión con Jesús, para velar con Él.

Parece según el texto, que esta primera vez, al apartarse de sus tres privilegiados discípulos, Jesús les había recomendado solamente que *"velasen";* en seguida añadirá: *"Orad",* como luego veremos.

§ Del abandono que Os causa el sueño de vuestro Apóstoles, queremos consolaros ¡Oh, Jesús!

§ Del abandono que Os causa también el sueño de vuestros amigos, queremos consolaros ¡Oh, Jesús!

§ De abandono que con tanta frecuencia Os hemos causado, durmiendo mientras padecíais cerca de nosotros, queremos consolaros ¡Oh, Jesús!

10. *"Simón, ¿tú duermes?"* dijo a Pedro. *"¿aún no has podido velar una hora Conmigo?"* (San Marcos).

*"Simón, ¿tú duermes?"* – ¡Oh, qué palabra, mi Buen Maestro, y cuán a menudo me conviene a mi también! Pero yo os ruego, Señor mío, que no me dejéis en mi sueño ¡despertadme de mi letargo! Haced que mi corazón oiga y se penetre de esta palabra: *"duerme".* No habrá otra semejante para despertar mi amor; no, yo no quiero dormirme, mientras Vos veláis y sufrís.

Pues qué ¿es posible que en todo este Universo del que sois Creador y Maestro no tengáis sino muy contados amigos y estos permanezcan dormidos

cerca de Vos? – Nadie se duerme junto a un amigo enfermo, ni siquiera al lado de un servidor que está en la agonía; y cuando Vos padecéis esas angustias extremas, todos duermen… ¡Solamente María, de lejos, vela con Vos!

Pero ¿no Os habéis encontrado sólo en vuestra oración, más que en el huerto de Getsemaní? ¿No perpetuáis aún esa oración ahora, invitándonos a velar con Vos y a unirnos a Vos?

¿No venís a decirnos, por medio de inspiraciones y gracias, por la voz de vuestros Sacerdotes, de vuestros amigos, que Vos, Amor vivo y perenne en vuestra Eucaristía, estáis solo, completamente solo durante la noche y aún durante el día?

¡Ah! ¿No es esto desconsolador para Jesús?...

¡Y nosotros dormimos, y nuestros corazones no se conmueven, engolfados en nuestros negocios!

*"Quedaos aquí",* nos dice Jesús, *"y velad Conmigo".* Permaneced aquí, ya que no podáis corporalmente, al menos con el alma, con el espíritu, para el que no hay lugar ni distancia.

"¡No me dejéis sólo! ¡Quedaos aquí y velad Conmigo siquiera una hora!... una hora de Amor".

¿Quién, pues, podrá negar esto a su Corazón, para reparar aquella pena, aquella decepción, y todas las que yo mismo he causado a su Amor, y cuántas recibe del mundo entero?... ¡Es tan reducido el número de sus fieles amigos, de sus íntimos, de sus guardias *de Amor!*

¿En qué he pensado hasta aquí, Jesús mío amantísimo?... Cómo he vivido yo, ¡alma consagrada!, ¡alma Sacerdote-Hostia! ¡Yo, a quien habéis escogido para ser vuestra amiga, la amiga íntima de vuestro Corazón, vuestro Apóstol! Mi vida no ha sido más que un prolongado sueño con relación a vuestro Amor. Iba y venía, me agitaba al exterior, pero ¿velaba mi amor? ¿Permanecía cerca de Vos?

Comprendo ahora que hay dos maneras de permanecer a vuestro lado; corporalmente y con el corazón. Encadenad mi corazón con el Vuestro, ¡oh, Jesús mío! Y que en adelante no vibre más que con vuestros latidos.

¡Despertadme, oh Jesús mío, tan pronto como me veáis dormido!

¡Señor, enseñadnos a velar con Vos!

§ ¡Oh, Jesús! queremos permanecer a vuestro lado con el corazón y el espíritu.

§ Encadenad mi corazón con el Vuestro ¡oh, Jesús!

§ Haced que mi corazón no vibre más que con los latidos del Vuestro ¡oh, Jesús!

§ Queremos velar con Vos.

§ Si nos dormimos, ¡despertadnos, Jesús mío!

§ Enseñadnos a velar con Vos ¡oh Jesús!

11. Después de haber despertado a sus Apóstoles y hecho conocer a Pedro su fragilidad, – a pesar de sus temerarias promesas, lleno de bondad, sin recriminarles y con la sencilla exposición de la verdad, Jesús le dice: *"¡No habéis podido velar siquiera una hora Conmigo!"*.

Quiere ponerles de manifiesto su insuficiencia; "por vosotros mismos nada podéis hacer, bien lo veis; pero Yo voy a daros el medio de venceros y sobreponeros a vuestra tristeza; escuchadme".

*"Levantaos"* Para no dejaros dominar por el sueño, no adoptéis posturas cómodas que a ello os provoquen. – Levantaos; tomad una firme resolución, y después… en pie: *¡velad!* Ved sino lo que en tiempo de guerra hace el centinela que acecha al enemigo y tiene que defender su campamento haciendo la guardia, ¿os dejaréis vencer vosotros en valor y abnegación por aquellos que sirven a los Reyes de la tierra?... *"Levantaos, velad;* y porque nada podéis sin la gracia, *¡orad! Orad a fin de que no caigáis en tentación; pues si el espíritu está pronto, la carne es flaca"*.

El enemigo vela sin cesar para perderos, y sabe bien lo que os digo.

Sabe que cuando la carne se siente indolente, lánguida, dominada por el sueño, arrastra fácilmente al espíritu en su languidez. Si el espíritu no domina a la carne, ésta se convierte en tirano del espíritu; por ella entra la tentación en el alma y trata de seducirla.

¡Esforzaos y levantaos; póngase en vela vuestro espíritu y despierte vuestro corazón, e implorando el socorro divino, haga oración! Ese es para vosotros el medio de no caer en tentación.

Recibamos aún del Corazón de Jesús este *seguro medio.*

§ ¡Oh, Jesús! haced que me levante.

§ ¡Oh, Jesús! haced que vele.

§ ¡Oh, Jesús! haced que ore.

§ ¡Oh, Jesús! haced que no caiga en tentación.

§ ¡Oh, Jesús! fortaleced mi carne tan débil.

§ ¡Oh, Jesús! haced que todos se levanten.

§ ¡Oh, Jesús! haced que todos velen.

§ ¡Oh, Jesús! haced que todos oren.

§ ¡Oh, Jesús! haced que ninguno caiga en la tentación.

§ ¡Oh, Jesús! fortaleced toda carne débil.

12. Cuán de lamentar es ¡oh Amado de nuestras almas, ver tan poco comprendidas vuestras divinas enseñanzas! Vuestra luz, como ya lo manifestasteis, brilla verdaderamente en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden: he aquí el por qué de nuestras caídas tan frecuentes y tan vergonzosas.

Porque no Os escuchamos, porque no prestamos bastante atención a vuestras divinas palabras. Buscamos medios de perfección, de fidelidad y no

aprovechamos ni pensamos en aquellos que Vos nos habéis dado.

¡Qué fuerza no encontraría un alma que quisiera santificarse con la práctica del Santo Evangelio siendo vuestras palabras manantial de gracia, oh, Jesús!

Mas, cierto es que sólo el Amor comprende la luz que de él irradia.

¡Sí! Yo siento que el espíritu está pronto, y mi alma, a veces llena de ardientes deseos… Pero si Vos no me sostenéis, si no conserváis esta gracia alentadora que Vos mismo habéis puesto en mí; mi carne torpe y perezosa, me arrastrará de nuevo a la tibieza; el enemigo me tenderá su lazo, y sin Vos, otra vez caeré y sucumbiré.

¡Defendedme de mí mismo; soy tan débil y quisiera amaros tanto!... No me dejéis descansar muellemente, aguijoneadme sin cesar; decidme ¡oh, mi Buen Maestro! Levántate, *"Surge",* vela y ora.

Libradme Vos mismo de la tentación. Tened piedad de un alma que Os implora en nombre del mundo entero. ¡Oh, Jesús, tan Misericordioso! ¡Oh, Corazón tan Bueno!...

§ ¡Oh, Jesús! defendednos de nosotros mismos.

§ En nombre del mundo entero, ¡Oh, Jesús! escuchadnos.

§ Despertadnos, Señor, y atendednos.

13. *De nuevo se alejó y repitió la misma oración: Padre mío, si no puede pasar este Cáliz, sin que Yo lo beba, hágase tu Voluntad…*

La conformidad, como vemos, no evita la pena, la lucha, la tristeza, el dolor, aún cuando así erróneamente lo creíamos.

Al sentir el más leve movimiento contrario a lo que quisiéramos sentir o hacer, nos parece que todo está perdido. Luchamos contra el sentimiento, cuando es la voluntad la que debemos enderezas. ¿Qué importa *sentirlo?* Lo que constituye el bien o lo bueno, es la voluntad sincera.

En cuanto advertimos que la Voluntad de Dios no se conforma con la nuestra, con nuestros gustos, quisiéramos que Dios cambiara y cediera, inclinando su voluntad a la nuestra. Podemos y debemos orar como Jesús, diciendo: "Si es posible… si esto puede hacerse sin perjuicio de vuestra gloria… sin contrariar vuestros designios amorosos… pero si Vos no lo queréis ¡oh, Dios mío! Si no puede ser como yo quiero, si debo beber este Cáliz de sufrimientos; sufrimientos físicos, morales; penas del corazón; sufrimientos de amor y sufrimientos que no llegarán nunca a igualar a los vuestros, (pues mis luces y mi amor podrán nunca serles semejantes), *¡hágase vuestra voluntad!"*

El alma se adhiere a la Voluntad de Dios, anteponiéndola a la suya; de este modo hace como suya la Voluntad de Dios; tal es la unidad de Amor, y así se realizan en ella los designios de Amor de Jesucristo.

¡Oh! qué hermosa vida rebosante de santidad, verdad y seguridad. ¿Puede el alma querer más perfectamente que por el querer mismo de su Dios, que es toda sabiduría y bondad?

No pidamos a Dios que nos quite la repugnancia al sufrimiento; pidámosle fortaleza, para sacrificar inclinaciones… miras; todo lo que sea atractivo y regocijo; démosle preferencia total sobre nosotros; en esto consiste el verdadero amor.

Supliquémosle fervorosamente la inteligencia de esta verdad. ¡Hay tantas almas que luchan sin provecho en medio del sufrimiento, y que descuidan lo más importante y necesario, por ocuparse de lo que nada vale en él, o sea el sentimiento!

§ ¡Padre mío, si este Cáliz no puede pasar sin que Yo lo beba, hágase vuestra voluntad!

§ Que vuestra voluntad se cumpla, a pesar de todas mis repugnancias.

§ Cualquiera que sea el sufrimiento que me enviéis, hágase vuestra voluntad.

§ ¡Oh, Jesús! por amor vuestro y por vuestra agonía, ¡ayudadme!

§ Que la voluntad del Padre se cumpla siempre en mí.

14. *Otra vez se aceró a sus Apóstoles, y los halló también dormidos.*

Pero, cómo ¡Jesús mío amantísimo! ¿Vuestros más fieles amigos duermen aún?

¡Qué angustia para vuestro Corazón! Habéis venido a traerles la luz y ellos no se han dejado conducir por ella. ¡Y Vos reveláis las terribles consecuencias de ese adormecimiento! No han seguido vuestras enseñanzas, no han velado ni orado; cuando llegue la hora de la prueba sucumbirán cobardemente.

Aprovechémonos de esta lección del Divino Maestro. Velemos y oremos antes de la hora del peligro, no esperemos que el enemigo trace su plan y nos ataque; hay que prevenirse, pidiendo a Dios gracias; como lo dijo Jesús.

§ (Tres veces) ¡Oh, Jesús! Para cuando llegue la hora del peligro, os pido en nombre del mundo entero la gracia de resistir.

§ ¡Oh, Jesús! por los dolores de vuestra Agonía, escuchadnos.

§ ¡Oh, Jesús! por los dolores de vuestra Agonía, atendednos.

¡Cuán grandes eran, oh, Jesús mío, vuestras penas del alma, vuestras penas de Amor, las que sufristeis por la gloria del Padre, por la santificación de las almas: vuestras amarguras íntimas, viendo aquellos discípulos vuestros después de tres años, tan poco instruidos, tan poco leales… demostrando no haber comprendido nada aún!

¡Qué pena también para vuestro Corazón la ingratitud de aquellos hombres, la soledad en vuestro sufrimiento!

Todo fue por nosotros, ¡oh, Jesús!, para enseñarnos que ningún sufrimiento habíais dejado antes de padecerlo Vos.

¡Cuánta fuerza debe infundirnos esta consideración en nuestros propios sufrimientos y en el abandono e indiferencia de aquellos a quienes tratábamos como amigos!

*"Sus ojos estaban cargados de sueño y no sabían lo que le contestaban",* no comprendían su pena y no tenían para Él una palabra amiga.

¿Y pretendemos nosotros luego de ser compadecidos en nuestras penas, cuando no nos hemos compadecido nosotros de las de Jesús? Su Amor acrecienta su pena; pero ésta no disminuye su Amor. Jesús no ama por interés; Ama con un Amor que procede de Sí mismo, con un Amor Misericordioso, infinito, que borra la indiferencia y la ingratitud y excusa la debilidad y la ignorancia.

En nuestra soledad y abandono, en la decepción y en el íntimo sufrimiento, vemos si amamos, como Él, y por Él; no por nosotros mismos, ni por inclinación natural.

En esta Hora Santa, pidamos mucho a Jesús que nos haga participar de los sufrimientos de su propio Corazón.

§ ¡Oh, Jesús, concedednos la gracia de comprender vuestros sufrimientos!

§ Haced que sepamos compartirlos.

§ Haced que olvidemos vuestros propios dolores para consolar los vuestros. ¡Oh, Jesús!

§ Haced que en nuestros sufrimientos amemos, hasta a los que nos los causan, ¡por amor vuestro!

15. Viéndolos rendidos de sueño y que no sabían lo que le contestaban, porque no le comprendían, no insistió más el Buen Maestro; pero traspasado su corazón con esta nueva decepción, *se apartó de ellos, dejándoles.*

¡Desgraciada el alma con quien Jesús se ve obligado a conducirse así! Y cuántas veces, ¡quizás!, lo habrá tenido que hacer así conmigo, porque yo no atendía a sus palabras; habiendo ya llegado a no saber ni comprender lo que Jesús decía para atenuar mis faltas de generosidad y mi tibieza, incapaz ya para recibir sus luces y sus gracias.

§ ¡Por piedad, oh, Jesús, no os canséis de advertirnos!

§ ¡Por piedad, oh, Jesús, no os abandonéis!

§ ¡¡Por piedad, oh, Jesús, no Os alejéis de nosotros!!

16. *Jesús oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras:*

*"Padre mío, si Vos lo queréis, alejad de Mí este Cáliz; no se haga, sin embargo, mi Voluntad sino la Vuestra".*

En esta repetición de la misma súplica, Jesús expresa bien claramente con su ejemplo lo que nos había enseñado en el Sermón de la Montaña, o sea, que para orar, no hace falta multiplicar las palabras. Por medio del *Padrenuestro* nos hace ver cómo ha de ser en general nuestra oración; aquí nos descubre la manera de hacerlo en lo más rudo de la lucha y de la prueba. ¡Lo que importa es tener la voluntad unida a la Voluntad del Padre, para adherirse a Él, a pesar de todas las repugnancias que sienta nuestra naturaleza!

La verdadera oración, la única oración que nosotros hemos de hacer en esos momentos consiste en reiterar y afianzar esta unión con la Voluntad del Padre, prefiriéndola siempre a la nuestra. En todas las circunstancias grandes o pequeñas, penosas a nuestra naturaleza, tomemos la santa costumbre de repetir siempre: "Padre mío, si Os place, alejad de mí este Cáliz; sin embarco, que se haga vuestra Voluntad y no la mía".

§ Padre mío, si es posible, apartad de mí este Cáliz.

§ Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

17. Había entrado en agonía y su oración era cada vez más y más insistente.

¡He aquí hasta dónde lleva el Amor Misericordioso al Dios de Cielos y tierra! Pues este Hombre que vemos presa de la agonía más cruel, y soportando con todo rigor el castigo del pecado, ese Hombre es Jesús, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios, el Verbo Eterno, hecho carne por nuestro amor.

Parece como que todos los anonadamientos del Pesebre, todas las humillaciones de su Pasión, no son nada al lado de la abyección y de las humillaciones de la agonía.

No habiendo sido el hombre condenado a muerte sino porque pecó, podía Jesús ¡el Santo de los Santos!, no solamente eximirse de la muerte, sino de lo que tiene de más humillante, la agonía. – Aún queriendo ser el Salvador del mundo, hubiera podido serlo de una manera gloriosa y triunfante y salir del mundo sin pasar por la muerte; sobre todo, ¡por semejante muerte!

Pronto veremos de qué magnífica manera lo abandonó el día de la Ascensión, después de su deslumbradora Resurrección. Pero antes quiso escoger la muerte más afrentosa, muerte de Cruz, muerte que la infamia de los hombres había hecho ignominiosa; mientras que la agonía es más bien una ignominia de la propia naturaleza, la mayor de todas las abyecciones humanas en cuanto a la causa y al efecto físico que produce; el cuerpo y el alma sufren entonces una presión extraordinaria, en el terrible combate que se libra entre ambos; entra en agonía, y el alma sufre dolores inexplicables al abandonar el cuerpo.

En medio de esta angustia, la oración de Jesús se hacía más y más intensa: *"No se haga mi Voluntad, sino la Tuya".*

En la agonía, Dios se muestra como Dueño Soberano; ordena al cuerpo que deje partir al alma, y a ésta que se separe del cuerpo, alma y cuerpo tan estrechamente unidos, que la mutua separación causa en éste la muerte, mientras que el alma, aún en el seno mismo de la eterna felicidad, ansía la reunión con su cuerpo del que en castigo de la culpa original, ha sido condenada por Dios a estar momentáneamente separada.

Esta es la razón por la cual Jesús, en aquel supremo combate, ruega con una oración cada vez más insistente… Ruega por todos los que se hallan en la agonía, y hace su oración en nombre de ellos; se une a ellos.

En cuanto nos sintamos probados y combatidos por tentación, acudamos a la oración insistiendo en ella; que sea nuestra principal arma, nuestra defensa; y cuando estemos en la agonía, roguemos aún más, roguemos en unión con Jesús en su agonía.

§ ¡Oh, Jesús! por vuestra agonía, socorred a todos los que se hallan en ella.

§ ¡Oh, Jesús! sostenedme en mi última agonía.

§ ¡Oh, Jesús! uno mi agonía a la vuestra.

§ ¡Oh, Jesús! uno vuestra Agonía a todas las de todos los tiempos y de todos los hombres.

§ ¡Oh, Jesús! haced que mi oración sea más y más intensa en medio de mis dolores.

§ ¡Oh, Jesús! que en mi agonía sea mi oración más y más insistente.

§ ¡Oh, Jesús! yo ofrezco de antemano la oración de vuestra Agonía para suplir a aquella que quizá no podré hacer en la mía.

§ Eterno Padre, Os ofrecemos la oración de Jesús en su Agonía por todos aquellos que agonizan en estos momentos.

18. Pero estos dolores y combates, entre el alma y el cuerpo, no eran las causas de su Agonía.

Se atreven a creer algunos que porque era Dios, Jesús sufría menos, que sus sufrimientos eran menores que los nuestros. ¡Pobres insensatos! No saben lo que Jesús experimentaba y de qué manera sufría esa agonía del alma de la que es imposible formarse idea, pues la presencia de la santidad divina al mismo tiempo que la del pecado, producía en Él un dolor, que no puede compararse a ningún otro dolor.

Si físicamente, después del contacto con el frío, el calor del fuego parece aún más ardiente, y al salir de las tinieblas más deslumbrador el Sol, ¿qué será el peso del pecado oponiéndose, en un mismo ser al paso de la santidad?... ¡Hallarse reunidos en el alma de Jesús los extremos más opuestos que pueden concebirse… las dos fuerzas más contrarias y excesivas!

Porque si es cierto que Jesús no había pecado, había tomado sobre Sí todo lo que era efecto del pecado, excepto la voluntad de la ofensa, es decir, lo que constituye su esencia, – todo el peso de la abyección, la ignominia y las

consecuencias. ¡Oh, qué Pasión la suya! Santa Margarita María no experimentó sino una pequeñísima parte de ella, y sin embargo, deja ya entrever la magnitud de su sufrimiento.

En el momento de su agonía, Jesús sufría todo el rigor de la expiación. Sufría angustias y dolores particulares por cada uno de los pecados de todas las almas que han existido, existen y existirán hasta el fin del mundo.

De tal modo, que ahora, después de cada una de nuestras faltas, de nuestras infidelidades, podemos decir en verdad: Jesús ha sufrido por ellos un dolor, una pena más; y hubiera sufrido menos, si hubiese sido más fiel y no hubiera pecado; ¡Oh, cuánto horror debo tener al pecado que… tanto atormentó a Jesús y que Él cargó sobre sus hombros! Yo mismo, en tales y tales ocasiones, he aumentado su peso. ¡Le he hecho padecer tanto, habiendo podido tan fácilmente evitarle esa pena, con un poco de generosidad y de renuncia! ¡Pecamos con tanta facilidad sin pensar en el alcance de nuestras faltas y culpas, sin considerar que ofenden a la Divina Majestad, que violan los derechos soberanos del Amor, que debilitan nuestra caridad si son veniales, y la matan si son mortales; y que, por el contrario, aumentan la concupiscencia y la inclinación al mal que puso en nosotros el primer pecado humano cometido en el mundo, triste herencia que nosotros mismos podemos aumentar o disminuir!

En su espantosa visión de dolor, Jesús como Dios, veía detalladamente en la sucesión de los siglos esta suma inmensa de ofensas; y como Hombre tomaba sobre Sí su expiación.

Veía, además, entre las faltas de todos los hombres las de sus más amados, sus más íntimos amigos. De estos dolores, especialmente se quejó a Santa Margarita María.

El insulto y el menosprecio de un extraño, de un desconocido que nos ultraja en la calle, es menos sensible ciertamente que la ofensa, aunque sea menor, de aquel a quien se hubiera hecho algún favor. Si los beneficios han sido más numerosos, la ingratitud es aún más sensible; pero una simple mirada de desdén, un gesto de indiferencia o de frialdad de un amigo llega a lo más hondo del corazón. Así sucede con respecto a Jesús.

§ ¡Oh, Jesús! que durante vuestra Agonía tuvisteis que expiar todas mis faltas de orgullo, tened piedad de mí.

§ ¡Oh, Jesús! que durante vuestra Agonía habéis expiado todas mis desobediencias, tened piedad de mí.

§ ¡Oh, Jesús! que durante vuestra Agonía expiasteis todas mis envidias, tened piedad de mí.

§ ¡Oh, Jesús! que durante vuestra Agonía habéis expiado todas mis faltas de caridad, tened piedad de mí.

§ ¡Oh, Jesús! que durante vuestra Agonía habéis expiado todos mis movimientos de cólera e impaciencia, tened piedad de mí.

§ ¡Oh, Jesús! que durante vuestra Agonía habéis expiado mis innumerables pecados, tened piedad de mí.

§ ¡Oh, Jesús! que durante vuestra Agonía habéis sufrido todas las decepciones que yo os he causado, tened piedad de mí.

19. Y ¡cómo hieren las infidelidades al corazón amigo! ¿Hemos reflexionado alguna vez sobre el sentido de esa palabra que empleamos tan a menudo, sin comprender su alcance y significación, palabra que no significa para nosotros más que una fruslería, una bagatela, una nada… palabra que es casi una excusa: la infidelidad.

¡Eso no es pecado, solemos decir! Es una simple infidelidad a la gracia. Infidelidad a la gracia que es al mismo tiempo infidelidad al Amor.

¿Y eso no significa nada?

Y ¿no habrá a veces pecado (no mortal seguramente, pero si venial) y con más frecuencia de lo que se cree, en esas infidelidades, sobre todo cuando tan ligeramente se las considera, puesto que son señal manifiesta de que la voluntad está muy débilmente unida al Amor; y no está en actitud y resolución de mostrarse agradecida, es decir, de hacerlo y sufrirlo todo por el Amor?

Jesús se denomina el Amigo fiel, y en nuestra religión se llaman “fieles” los discípulos de Jesucristo que permanecen unidos a Él por la fe. Sus amigos

íntimos deben distinguirse, entre todos, como los más fieles – los más fieles a la fe en su Amor. ¿Es por ventura ser fiel a esa fe, admitir duda o desconfianza, ser como una paja que mueve el viento, un alma siempre pronta a dejarse dominar por el desaliento ante la menor prueba de fe?

En la prueba es donde precisamente se muestra la fidelidad de la fe.

Si existe la fidelidad a la fe por la firmeza de creencias, existe igualmente la fidelidad que se deriva de ella y que es su consecuencia.

Se llama gratitud a esa fidelidad o mutuo conocimiento; conocimiento del amor que provoca al amor por el amor; adhesión a aquél cuyo amor nos manifiesta la fe.

Si la fidelidad y la gratitud son las dos grandes potencias y consuelos del amor, la infidelidad y la ingratitud son las dos grandes decepciones, las dos grandes amarguras de ese mismo amor.

¿Soy yo para Jesús, un amigo fiel, un amigo agradecido?... y ¿cuáles han sido en este sentido mis disposiciones para con Él, hasta ahora?...

¿No es una infidelidad abandonarle cobardemente… a Él, al amor Fidelísimo?... ¿No es negar su amor de hecho, y posponerle a nuestra naturaleza, a Satanás, a las criaturas, por la vana satisfacción de un momento, o por nuestro propio parecer y nuestro propio juicio?

No hay nada tan ruin en el hombre, como la traición, el perjurio; nada tan vil, como negar la palabra y su amor, a quien voluntariamente se la había dado, retirándoselo sin motivo ni fundamento; nada más innoble que defraudar la confianza de aquél que nos ha abierto su corazón haciéndonos sus confidencias y a quien se ha prometido fidelidad.

Y ¿no es esto lo que con tanta frecuencia hacemos con Jesús, después de haber sido escogidos por Él, de habernos hecho participantes de sus secretos y de sus favores… y después de nuestras promesas de corresponderle y entregarnos como amigos, como amigos íntimos de su Corazón?

En el Santo Evangelio promete magnificas recompensas a aquellos que le sean fieles… habla de las pruebas y persecuciones; pero con qué castigos

amenaza también al alma infiel, a su ley, a su doctrina y a sus enseñanzas; al alma infiel al Verbo del Padre, enviado por amor para dar a conocer el nombre del Padre y encender en la tierra el fuego del amor. ¡La infidelidad! Que consiste, en recobrar la independencia y sustraerse a la acción del amor, después de haberse entregado a Él.

§ ¡Oh, Jesús! cuantas veces os he traicionado y abandonado ¡a Vos, que sois el amigo Fiel!

§ ¡Oh, Jesús! tened piedad de mi alma infiel.

§ ¡Oh, Jesús! tened piedad de mí.

§ Haced que no vuelva a seros infiel.

§ Haced que ya no volvamos a seros infieles.

§ No permitáis que volvamos a causaros más decepciones.

20. *Le vino un sudor como de gotas de sangre que regaban la tierra.*

¿Quién de nosotros no ha experimentado una de esas angustias del alma terribles y profundas que nos sumergen en una especie de agonía? La sangre entonces se hiela en las venas, un sudor frío brota de todo el cuerpo. Parece que el alma reducida al más extremo agotamiento, no puede ya reaccionar; se agita, lo mismo que el cuerpo, en medio de los inconcebibles sufrimientos, haciendo esfuerzos supremos por escapar de su prisión y experimentando inexplicables angustias y ansias de vivir.

Pero ¡qué agonía y qué combate es comparable al que sostiene Jesús! Lucha no solamente hasta el sudor frío, sino hasta el sudor de sangre.

No son las manos de los verdugos las que atormentan a Jesús, es la Voluntad del Padre y la suave violencia del Divino Amor.

Si nos parece a veces que pesa sobre nosotros la voluntad del Padre y es como un martirio para el alma, consideremos si ha llegado, acaso, a reducirnos como a Jesucristo hasta el sudor de sangre.

§ ¡Oh, Jesús! por vuestro sudor de sangre, auxiliadnos en nuestro último combate.

§ ¡Oh, Jesús! por vuestro sudor de sangre, defended del enemigo a todas las almas que se hallen en agonía.

§ ¡Oh, Jesús! por vuestro sudor de sangre, conceded la salvación eterna a todos los que están en agonía.

§ ¡Oh, Jesús! que con una gota de sangre, hubierais podido salvar mil mundos… por vuestro sudor de sangre en la agonía, dignaos concedernos a todos la salvación y la gracia del perdón.

§ ¡Oh, Jesús! por vuestro sudor de sangre, santificad nuestra agonía.

§ Permitid que sea todo lo abyecta que os plazca ante mis ojos, pero gloriosa ante los Vuestros, y si es posible, provechosa para las almas que también estén pasando por ella.

21. Durante su cruel Agonía, Jesús está solo, abandonado de todos. No tiene a su lado ni cerca de Él, criatura alguna humana que le consuele, que le diga una palabra de afecto, de aliento.

Es cierto que es Dios y que tiene en Sí la fortaleza divina; pero se ve reducido a la debilidad del hombre; y a su último extremo, la agonía.

Impide la manifestación de la divinidad en su Santa Humanidad, que se encuentra privada, no solamente del socorro divino, sino hasta del que procuran sus semejantes ordinariamente, al hombre en este extremo.

Si grande es el sufrimiento del alma de Jesús, ¡cuál no sería sobre todo el de su Corazón!...

Su Corazón agudizaba todos los sufrimientos de su alma: puede decirse que su Agonía era una angustia y una agonía de amor, una violencia de amor que impulsaba a su Corazón a salir de sí mismo, o al menos, dejar salir todo lo que contenía… y por eso la Sangre de su Corazón brotaba al empuje de su Amor.

Solamente los que aman pueden comprender las angustias y torturas de la impotencia del amor.

Ver a las almas huir del amor del Padre, cerrar las puertas a su amor.

Verlas precipitarse en el abismo y privarse de Él eternamente.

Ver las almas consagradas arrancarse del amor.

Querer abrazar a las almas que rechazan todas las solicitudes de su amor.

Ver que las almas tan amadas de su Dios no quieren creer en su amor.

Ver que las almas solicitadas por su Dios resisten a su amor, murmuran contra su amor, blasfeman de su amor, y ultrajan su amor: para el corazón del que ama tan perfectamente como Jesús, es una tortura que excede toda tortura, como su amor excede a todo amor.

Ver todo eso y encontrar tan pocos compasivos que sientan y compartan con Él sus inauditos sufrimientos, ¡oh, qué dolor!

§ ¡Oh, Jesús, que estuvisteis solo durante vuestra Agonía, sed el sostén de las almas abandonadas en la agonía!

§ (Tres veces) ¡Oh, Jesús! por vuestro abandono en la Agonía, tened piedad de mí.

§ (Tres veces) ¡Oh, Jesús! Vos a quien el amor causó el gran dolor de vuestra agonía, perdón por todas las faltas de amor.

22. Mas, el Padre, que ve a su Hijo reducido a tan lamentable estado por su amor, no se deja vencer en generosidad.

Si los hombres rehúsan el socorro de amor, a esa Santa Humanidad que Él había tomado por amor a ellos, el Padre enviará su Ángel.

*“Un Ángel del Cielo se le apareció y le confortó”*

¡Qué dulce y suave misión la del Ángel bajando del Cielo, enviado por el Padre para manifestarse a Jesús, contrarrestar la amargura de aquella visión de horror y confortarle!

Por amor al Padre y a las almas, Jesús se entregó a los excesos de la flaqueza humana, y he aquí que el Padre envía un ángel para socorrer y fortalecer a su Hijo muy Amado.

Pero ¿qué le manifestó el ángel para confortarle? Sin duda le descubrió la gloria tributada a su Padre por Él y por todos aquellos que en la sucesión de los siglos aprovecharían los méritos de su Pasión y de su Agonía.

Le mostraba esos millares y millares de seres redimidos, las almas reconciliadas, la Justicia Divina satisfecha, la complacencia de un Dios vengado y recibiendo de la humanidad, infinitamente más gloria, amor y obediencia de la que le habían arrebatado.

Si Jesús padeció tormentos extremadamente crueles por el abandono de sus íntimos amigos y por sus infidelidades, recibió también incomparable consuelo por la visión anticipada de los que en lo sucesivo querrían compartir su Cáliz, y los que, espiritualmente, con María, su dulce Madre, vendrían a consolarle en su dolor

Así obra siempre el Señor: cuando manda grandes sufrimientos envía siempre poderosos auxilios.

§ ¡Oh, Jesús! queremos consolar vuestros dolores.

§ ¡Oh, María! Nuestra Buena Madre, prestadnos los sentimientos de vuestro Corazón.

§ ¡Oh, María! Enseñadnos a ser almas consoladoras de Jesús.

§ ¡Oh, María! Entregad nuestros corazones a Jesús para consolarle

§ ¡Oh, María! Infundid en nuestros corazones vuestra compasión, vuestra ternura, y vuestro amor para con Jesús.

23. Por tercera vez Jesús vuelve a sus discípulos. Aún después de esas dos advertencias de Jesús ¿no han podido mantenerse en vela? ¡Ay, no, que

dolor!... – ¿qué hará entonces el Buen Maestro?... *"Dormid ya y descansad tranquilos"* les dice Jesús, ¿qué querría significarles con eso?

Quizás viendo que no habían tenido en cuenta las órdenes y los consejos que les había dado, y que carecían de fuerza física y moral para reaccionar, y a fin de que este sueño, no fuese hasta lo último un acto de propia voluntad, les dijo que durmiesen y descansasen. Poco después, añade, ordenándoles nuevamente: *"Pero basta ya".*

Estemos siempre dispuestos a cumplir con docilidad las órdenes recibidas, sin discutir jamás interiormente los mandatos de nuestros Superiores, ya que vemos al mismo Jesús, dar una orden y poco después otro contraria al parecer… Lo esencial para el alma es estar de lleno en la Voluntad del Padre con Jesús y como Jesús.

Tal vez, Jesús quiere también con esto que comprendan su pena, y la inutilidad de sus órdenes y consejos, (puesto que no los ha tenido en cuenta); y trata de abandonarlos a sus propias fuerzas y voluntad, para estimularlos a la obediencia, por este abandono aparente, que es la más triste resolución que pueda tomar un Superior acerca de un inferior para evitar males mayores al ver que aquel por su negligencia se hace incapaz de obedecer.

*"Dormid ya y descansad"*

Poco importa ya, que durmáis, pues la hora de la oración ha transcurrido, la hora de la gracia ya ha pasado…

Después, como arrepintiéndose de haberlos (aparentemente) abandonado, continúa diciendo: *"Basta ya".* No durmáis más; si os habéis dormido en la oración, si habéis perdido las gracias que se os ofrecían hace un momento, no perdáis además la gracia de la hora actual… Basta ya…

§ ¡Oh, Jesús! aún después de nuestras flaquezas e infidelidades, no nos abandonéis.

§ ¡Oh, Jesús! no nos abandonéis a nosotros mismos y al cumplimiento de nuestra propia voluntad.

§ ¡Oh, Jesús! dadnos la gracia de saber cumplir siempre vuestra Voluntad sobreponiéndonos a nuestra naturaleza, sin razonar.

24. Pero *"basta ya".*

¿Y por qué basta?

¡Porque *ha llegado la hora!* Y ¿a qué hora se refiere?...

A la hora tan ardientemente deseada por Jesús desde su Encarnación; porque era la hora designada por el Padre, en que debía sellarse el contrato de reconciliación.

Ha llegado al fin esa hora tan ardientemente deseada por Jesús, pero también temida hasta el punto de pedir a su Padre que le alejase de ella; hora grande entre todas, por la cual vino a este mundo.

§ (Tres veces) ¡Bendita sea, oh, Jesús!, ¡Esa hora de tan grandes sufrimientos para Vos y de tan extraordinarias gracias para nosotros, pobres pecadores!

25. Jesús continúa diciendo: *"He aquí que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores".* Emplea esta expresión: *"El Hijo del Hombre";* para manifestarnos claramente que *como Hombre,* va a ser entregado en manos de los pecadores.

Entregado, ¡sublime palabra! Entregado es más que vendido; cuando se hace entrega de una mercancía, ésta queda en la propiedad absoluta del comprador, que puede hacer de ella lo que quiera.

Y ¿qué es lo que va hacer el Padre? Desprenderse de su Hijo muy Amado y entregarle en manos de los pecadores, y Jesús mismo acatando la Voluntad Divina, se pone en sus manos, ¡en esas manos pecadoras!... pues solamente ellos son capaces de una acción tan horrible como la que se va a ejecutar.

Con estas palabras nos demuestra también Jesús, que si sufrió en su Pasión, fue por su propia Voluntad y que si el Padre entregó a su Hijo a tan

terribles sufrimientos, fue porque así convenía para expiar los pecados del mundo.

Y porque debía devolver a su Padre una gloria inmensa, la gloria no solamente de entregarse al Padre, sino de ser entregado por el Padre en manos de sus enemigos y de haberse sometido a esta disposición.

Consentimos voluntariamente en entregarnos a Dios, porque es Sabio, Bueno, Omnipotente; entregarnos por Él en manos de algunos de sus representantes o amigos; pero temeríamos hacerlo en manos de un traidor, de gentes que tuviesen intenciones perversas o que son enemigos encarnizados de la gloria de Dios.

Necesitamos reflexionar mucho, hacer mil averiguaciones para saber si aquel a quien nos confiamos o en cuyas manos nos entregamos está suficientemente capacitado para recibir el tesoro de nuestras miserias. Y ¡cómo observarnos y cuánto nos preocupa el modo de conducirse con nosotros y el uso que de lo nuestro hace!... ¡No es burla, cuando vemos a Jesús entregarse como un cordero en manos de sus verdugos?

¡Qué ejemplo, oh, Jesús mío! Yo no había comprendido aún hasta dónde queréis que llevemos nuestra propia renuncia; no solamente hasta abandonarnos libremente en manos de Dios, ¡sino también en la de sus mayores enemigos!

¡Oh, Dios mío! En unión de Jesús me entrego a Vos, me consagro al cumplimiento de vuestra Voluntad y para que se cumpla, no solamente me entrego en manos de los buenos, sino también en la de vuestros enemigos, para que hagan de mí cuanto les permitáis. Ni un solo cabello caerá de mi cabeza, sin vuestro consentimiento. Vos lo disponéis todo y esto me basta…

¡Oh, Señor! Yo quiero y acepto todo cuanto Vos queráis o permitáis, a fin de probaros mi amor y tributaros toda la gloria y el supremo homenaje que podáis recibir de vuestra pobre criatura.

Y ¿cómo se entregó Jesús?... ¿Fue solamente con el Corazón?... ¡Ah, no! Lo hizo en toda su realidad. Se entregó, e hizo de esta entrega de Sí mismo

un acto plenamente voluntario. San Pablo nos describe la conducta de Jesús en estas palabras. “Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz”.

Y… ¿nos atreveríamos nosotros a razonar y discutir sobre las obediencias exigidas por nuestros Superiores y a no ser lo debidamente condescendientes, replicando u oponiendo resistencia y haciendo juicios sobre las luces o capacidad de lo que nos gobiernan? ¿Nos permitiríamos ajustar nuestra obediencia a esas luces o a los derechos que pudieran tener sobre nosotros? ¡Qué aberración la de esa conducta!

Debemos vivir entregados a Dios, y abandonarnos totalmente en manos de aquellos a quienes Él quiera confiarnos.

¡Oh, Dios mío! Yo me entrego a Vos, sin condiciones, sin objeciones, sin excepción, para que hagáis o dejéis de hacer en mí cuanto os plazca, y por quien Vos queráis.

Desearíamos vernos siempre entre personas rectas; a los pecadores se les tiene horror, instintivamente evitamos que se nos acerquen; quisiéramos ser tratados por manos inmaculadas y con toda clase de consideraciones y delicadezas. ¡Fácilmente se olvida como trataron a Jesús!...

¡Oh, Dios mío! Yo me entrego a Vos y por Vos, en manos de quien Os plazca. Quiero y acepto los golpes, los azotes, las espinas, las burlas, los escarnios y los insultos, la túnica de los locos; la preferencia injusta, la sentencia, la muerte misma, la muerte ignominiosa de la Cruz con todos sus oprobios y sus crueles dolores.

Lo acepto todo, pero dadme gracia para sostenerme en esos trabajos y combates, por eso quiero velar con Vos y orar sin cesar sostenido por Vos.

¡Oh, María mi buena Madre!, guardad también a este pobre hijo vuestro.

San Miguel, Ángeles todos y Santos, sostenedme en la hora suprema, para que permanezca fiel a mi Dios y no sucumba.

§ ¡Oh, Jesús! que Os habéis entregado por mi amor, yo me entrego por amor vuestro. Me entrego sin reserva y sin excepción, en manos de quien a Vos os plazca, incluso de los pecadores.

§ ¡Oh, Jesús! haced que viva como alma totalmente entregada a Vos, sin preocuparme de mí mismo.

§ ¡Oh, Jesús! no permitáis que recupere jamás mi libertad.

§ ¡Oh, Jesús! aún cuando tuviera la desgracia de retractarme, guardadme y no me entreguéis a mí mismo.

§ ¡Oh, María mi buena Madre! Haced de mí, un alma sencilla y completamente entregada; y custodiad a todas las almas de Jesús.

26. *"Ea, levantaos… Vamos de aquí".*

*Levantaos,* dice Jesús. Esa palabra es la que tantas veces dirigió a los enfermos Jesús durante su vida pública, palabra de vida y llena de fecundidad para aquellos que la recibieron con fe y experimentaron sus maravillosos efectos.

*Levantaos,* dice Jesús; teneos en pie ¡dispuestos a marchar! No permanezcáis indolentes… tendidos… en esa apatía y somnolencia.

Levantaos; estad prontos a caminar; no se nos ha dado la vida para descansar.

*"¡Vamos!* – No dice: *"id";* ni *"voy";* sino: *"vamos", "¡vamos juntos!".*

"Yo Me voy, pero venid vosotros Conmigo. Si me habéis abandonado en el momento de mis grandes sufrimientos, Yo no os abandono ahora en este momento supremo, tan decisivo para la humanidad entera.

"Vosotros a quienes he escogido por mis Apóstoles, por mis amigos… venid… acompañadme… Venid, para ser al menos los testigos de las maravillas de misericordia, de los prodigios de virtud que van a realizarse; venid a ver el modelo que se os va a dar a vosotros y a toda la humanidad.

Venid y aprended cómo se practica la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la misericordia, el perdón, la caridad sobrenatural, la obediencia… el abandono…

Venid y ved cómo se manifiesta el verdadero amor a Dios y al prójimo.

Vamos, ha llegado la hora de la gran manifestación del Amor Misericordioso al mundo; es hora de descubrir a los hombres los sentimientos de mi Corazón y los excesos de mi Amor para con ellos. ¡Vamos!...

Desfallecido Jesús durante su Agonía, recibe como respuesta a su oración, la visita de un Ángel que le consuela y conforta; ya está pronto al sacrificio, presto a marchar… ¿Dónde?... ¡A la Pasión, al Calvario!... a la muerte.

¡Cuántas veces no hemos experimentado eso mismo nosotros! ¡Al vislumbrar la proximidad de una prueba nuestra alma se sentía atormentada por el temor y la angustia. Pero después, cuando ha llegado la hora del sacrificio y la hora del deber… la hora en que la Voluntad de Dios debía cumplirse… por medio de una gracia poderosa, nos hemos sentido confortados, resueltos, sostenidos!...

¿Sería eso siempre fruto de nuestras oraciones?... ¡Frecuentemente, no!... pero siempre será fruto de la oración de Jesús en la Agonía; de la que hizo por nosotros en lo más acerbo de sus íntimos dolores.

¡Qué gratitud no debemos, pues, todos, a nuestro Divino Maestro por haber así luchado, orado y sufrido por nosotros, para alcanzarnos la gracia, el apoyo, la fortaleza y la Vida! Sin Él, estábamos perdidos; perdidos por el pecado de Adán y perdidos también por nuestra propia flaqueza.

¡Oh, Jesús! ¡Cuántas veces os he abandonado yo también, cuántas me he dormido! Y a cambio de tanta ingratitud, cobardía y egoísmo, Vos me habéis devuelto siempre bondad, fortaleza y ternura.

¡Oh, cuán Bueno sois!

En la hora de la prueba, venid en mi ayuda, y decidme también;

*Levántate;* y con vuestra gracia yo me levantaré apoyado en vuestra gracia.

*¡Vamos!* e iré; sí, juntos iremos al cumplimiento del deber, al sufrimiento, a la muerte.

§ ¡Oh, Jesús! no me abandonéis, no nos abandonéis a pesar de que nosotros os hemos abandonado, y decidme que me levante y vaya.

§ ¡Oh, Jesús! vayamos juntos, no me dejéis, y no permitáis que yo os deje tampoco.

§ ¡Oh, Jesús! sed la fortaleza de todas vuestras criaturas en la hora del deber y del sacrificio. Así sea.

27. ¡Vamos! Pero ¿a dónde?

¡Ya lo dice Jesús! y ¡qué dolor sentimos cuando nos hace oír estas desoladoras palabras: *"El que me ha de vender está cerca, ¡se aproxima ya!"*.

Vos conocíais los tristes acontecimientos que se avecinaban… Uno de los vuestros, colmado de vuestras gracias, favorecido con vuestra intimidad, admitido en vuestro colegio apostólico, va a haceros traición.

Esta sola palabra de traición hace estremecer de horror a las almas. Pero ¡cómo!... aquél a quien habéis confiado vuestros secretos, conocedor de vuestros pensamientos y costumbres, ¿va a fingiros un afecto que no Os tiene, y lo hará abusando de vuestra confianza para entregaros en manos de vuestros enemigos?...

¡Qué uno de éstos Os hubiera prendido a Vos, Dios de toda santidad, Dios de Amor, Jesús, Rey de Reyes; Señor de los Ángeles y de los hombres, hubiera sido ya un acto inconcebible!... ¡PERO QUE SEÁIS TRAICIONADO POR UNO DE LOS VUESTROS!... ¡Cuál no será vuestra amargura!... – ¡Oh, Corazón de Jesús! Decís a vuestros Apóstoles que se levanten, y vayan ¡y después Vos mismo, salís al encuentro del traidor!... ¡no esperáis que él venga a sorprenderos!...

¡Qué magnífica manifestación de vuestra magnanimidad, sabiduría y bondad!

*Vais Vos mismo;* para darnos a entender que vuestra Pasión es completamente voluntaria y que es tan grande vuestro deseo de salvarnos, que os lleva hasta a salir al encuentro de aquello que ha de ser más penoso a vuestro Corazón, a fin de reconciliarnos con vuestro Padre.

¡Oh! ¡Qué angustiosos, crueles e íntimos son esos tormentos del Corazón! Parece que las fuerzas desfallecen y tal temor se siente ante su próxima realización, que por completo quisieran rechazarse.

Y, sin embargo, Vos mismo vais al encuentro de aquel que va a traspasar vuestro Corazón, con la más pérfida espada.

¡Oh, Jesús! ¡Tan fuerte en los sufrimientos de vuestro Corazón! ¡Sostened mi debilidad! ¡Venid a auxiliar mi flaqueza! Sea yo fuerte en Vos y con Vos y que no retroceda ante ningún sufrimiento; sirviéndome de él como de una gracia que imprima en mí un rasgo de conformidad con Vos.

¿Cómo podré atreverme desde ahora a quejarme de un abuso de confianza, de una indelicadeza, de una indiscreción?

¿Seré capaz de huir de la presencia de aquel que me haga sufrir, y aun del que pudiera traicionarme, cuando veo lo que Jesús ha hecho?

¡Qué admiración causa la conducta de Jesús! ¡Qué sabiduría en toda ella! No censura ni vitupera al traidor delante de sus hermanos, se limita (en el momento preciso; y sólo por cumplir la Voluntad de su Padre) a indicar y declarar a sus Apóstoles lo que va a suceder, testificando ante el mundo entero que conocía todas estas cosas que iban a ocurrir; y que si se dejó vender y traicionar…, (cuando también supo substraerse a los clamores y agasajos de las muchedumbres), ¡sólo fue porque así convenía!

¿Quién, después de esto, se atrevería a creer que la vida de Amor es sólo apatía e indolencia?... ¿Quién practicó mejor la vida del Amor, los Apóstoles o Jesús? – y ¿quién se durmió?... ¿acaso fue el Maestro?... ¿Qué les

enseñó en esa última lección tan admirable, práctica y familiar? Ya no volvió a mostrarse en esa tan dulce intimidad hasta el momento de su muerte.

§ ¡Oh, Jesús! haced que pensando en Vos no retroceda nunca ante lo que me apene o hiera.

§ ¡Oh, Jesús! no permitáis que huya, de los falsos amigos.

§ ¡Oh, Jesús! haced que jamás descubra, bajo ningún pretexto de confianza, las imperfecciones de los demás.

§ ¡Oh, Jesús! quiero ir en pos de Vos para hacer la Voluntad del Padre, aún en aquello que más me costare.

§ ¡Oh, Jesús! concededme vuestro Espíritu para sostenerme.

§ ¡Oh, Jesús! dadnos fuerza y valor para sobreponernos a todas las amarguras del corazón y saber cumplir con Vos la Voluntad del Padre.

§ ¡Oh, Jesús! acepto todos los sufrimientos, incluso las traiciones, por amor vuestro.

§ ¡Oh, Jesús! haced que yo sea todo caridad y misericordia por Vos.

## Consagración al Amor Misericordioso

¡Santísima y adorable Trinidad, Dios de amor y de misericordia!, creemos que nos habéis amado desde toda la eternidad, y que, si nos habéis creado y atraído, fue porque habéis tenido piedad de nosotros. Os suplicamos, pues, que os dignéis acabar vuestra obra; continuad desbordando en nuestras almas las olas de vuestra ternura infinita y las efusiones de vuestro Amor Misericordioso, que no puede ejercerse más que sobre los miserables. Satisfaced, os rogamos, la inclinación y necesidad que tenéis de hacer bien a estas pobres criaturas, que reconocen su indigencia y sólo en vuestra bondad cifran su esperanza. Nada somos, nada podemos sin Vos; dignaos concedernos el querer y el obrar, y sed Vos mismo el Reparador de todas nuestras faltas y el Santificador de todas nuestras obras. Todo lo esperamos de Vos, tenemos confianza, nos fiamos y estamos seguros de Vos.

¡Oh Amor Misericordioso, a quien nada es imposible a no ser el dejar de compadeceros de los miserables, y jamás rechazáis al corazón contrito que viene a Vos con humilde confianza; reconocemos, confesamos y lloramos las heridas que hemos hecho a vuestro Corazón de Padre, de Salvador, de Amigo, y nuestras continuas ingratitudes para con Vos!

No permitáis que hagamos jamás a vuestro Corazón, que tanto nos ha amado, la cruel injuria de dudar de vuestro amor y perder la confianza,

¡Oh Jesús, nuestro Rey de Amor Misericordioso!, por el Corazón inmaculado de María, bajo la protección de nuestros Ángeles Custodios, del glorioso San José, de Santa Teresita del Niño Jesús y de todos los Santos que más os han amado y glorificado: os consagramos (de nuevo) nuestras almas y nuestro hogar (o Comunidad), a fin de que seáis verdaderamente REY EN NUESTRA CASA, y no tengamos más que un alma y un corazón para amaros, alabaros, serviros y desagraviaros, a fuerza de amor, por los ultrajes e indiferencia de los que no os aman.

Formamos intención de renovar esta protesta a cada latido de nuestro corazón, a cada aspiración y respiración de nuestro pecho, a cada sacrificio de la Misa que se celebre y se celebrará hasta el fin de los siglos. Depositamos esta protesta, por el Corazón Inmaculado de María, en el abismo de Amor y Misericordia de vuestro Corazón adorable, para que se funda con la ofrenda que Vos hacéis sin cesar por nosotros a vuestro Padre, en reparación, petición, satisfacción y acción de gracias.

Renunciamos firmemente a todo pensamiento, palabra, obra y sentimiento contrario, y queremos poner en adelante nuestro mayor cuidado y toda nuestra fidelidad en glorificaros con nuestra humildad, con nuestra confianza, con nuestra gratitud y nuestra mutua caridad. Así sea.

## Novena al Amor Misericordioso

*(Para dar gracias al S. Corazón de Jesús por los favores obtenidos y pedirle otros nuevos; para tributar un homenaje de reconocimiento y gratitud en nombre del mundo entero y acelerar su reinado; para proporcionarle, en fin, gozo y alegría procurando que las almas vivan vida de Amor. Para*

*prepararse a celebrar los primeros Viernes del mes y la Fiesta del Sagrado Corazón).*

La novena más eficaz es aquella en que la *oración* se une a *actos de virtudes…*

La que se hace con más *amor y humildad…*

*Secreto para ganar el Corazón de Dios:* mantenerse en profunda humildad y aprovechar las ocasiones de decir sinceramente: es culpa mía… no tengo razón... he obrado mal… (Excusando y honrando sinceramente al prójimo).

*Oración.* – Consta sólo de la recitación diaria, un *Padrenuestro*, *Avemaría* y *Gloria.*

*Ofrenda de Nuestro Señor.* – Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, vuestro Hijo muy Amado, y me ofrezco a mí mismo en Él, con Él y por Él, a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas[5], – para gloria y gozo de vuestro Amor Misericordioso.

PRÁCTICA

*Día primero.* – Dejarlo todo en Él. – Tomarlo todo de Él, en cada instante *(Confianza y abandono).*

*Día segundo.* – Aplicarse a pensar, hablar, obrar *como* El, según los casos *(Imitación).*

*Día tercero.* – Unirse *a Él* en todo lo que se hace *(Unión).*

*Día cuarto.* – Procurarle un "Cielo de Amor" en la propia alma *(Recogimiento).*

*Día quinto.* – Hacer de la propia vida una "Comunión perpetua" con su Voluntad Divina, con su actual beneplácito *(Fidelidad a los deberes del momento).*

[5] 300 días de indulgencia cada vez y plenaria una vez al mes, - (Pio XI, 10 de Junio de 1923).

*Día sexto.* – Ofrecer a Jesús al Padre con frecuencia, en nombre de todas las criaturas. *(Ofrenda).*

*Día séptimo.* – Hacer una "fiesta perenne" estando siempre contentos con lo que nos acaece y con cuanto Él hace o permite *(Alegría y agradecimiento).*

*Día octavo.* – Esforzarse por ser buenos y misericordiosos como Él… *(Caridad).*

*Día noveno.* – Olvidarnos de nosotros mismos y de todas nuestras penas y aflicciones, pensando que Él es dichoso. *(Olvido propio y puro amor de Dios).* ¡Así seremos con Él dichosos!

*Último día.* – En la sagrada Comunión *comunicarse con el Amor*, llevarle consigo… y trabajar por llegar a decir con verdad, no solo de palabras, sino también de obra: Vivo, más no yo… es el Amor, *el Amor Misericordioso, "Quien vive en mí…"*

*Llamamiento al Amor:* Abrasad, Espíritu Santo, nuestros corazones con el fuego sagrado de vuestro Amor.

Padre Eterno, por vuestro "Amor Misericordioso" glorificad a vuestro Hijo. – "Amor Misericordioso" como Vos, – a fin de que vuestro Hijo Os glorifique.

¡Oh Jesús! Haced que todos conozcan vuestro nombre y el nombre de vuestro Padre… de "Amor Misericordioso"... de Salvador, de Dios bueno... ¡y que el Amor con que hemos sido amados permanezca en nosotros… haciéndonos todo Amor y Misericordia como Vos:

GLORIA, AMOR, HONOR, ALABANZA, ACCIÓN DE GRACIAS
AL AMOR MISERICORDIOSO, REY DE PAZ.

**Rosario de amor**

MISTERIOS GOZOSOS

*Primer Misterio:* ¡LA ANUNCIACIÓN!

El "Amor" (del Padre) nos da al Amor (el Hijo), por obra del Amor (el Espíritu Santo). El "Amor" lo recibe (en María).

*(En la Sagrada Comunión, recibir al "Amor". Pedir a la Santísima Virgen sus disposiciones).*

*Segundo Misterio:* ¡LA VISITACIÓN!

El "Amor" comienza por medio de María "su obra y sus conquistas de amor.

*(A imitación de María, hacerse "Apóstol del Amor").*

*Tercer Misterio:* ¡EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS!

El "Amor" se manifiesta al mundo, el Amor se da a conocer para "ser amado".

*(En unión con Jesús empezar una vida de Amor – no destilando más que la dulzura y humildad del Amor, para atraer todas las almas al Amor).*

*Cuarto Misterio:* ¡LA PRESENTACIÓN!

María, Virgen-Sacerdote, es quien primero "ofrece" el Amor al "Amor".

*(Por medio de María, ofrecer con frecuencia el "Amor" y ofrecernos en el "Amor" y con el "Amor" para obtener el Reinado del "Amor").*

*Quinto Misterio:* ¡EL NIÑO PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO!

El "Amor" "se oculta" para hacerse "buscar"

*(Buscar al Amor, no fuera, ni en el sentimiento, sino "dentro" en su "Templo" en su Reino).*

## MISTERIOS DOLOROSOS

### *Primer Misterio:* ¡LA AGONÍA!

El "Amor" lucha y ora…

*(Vencernos por amor, para proporcionar una victoria al Amor; orar como el Amor y con el "Amor" por aquellos a quienes la naturaleza y Satanás quieren arrebatar al Amor).*

### *Segundo Misterio:* ¡LA FLAGELACIÓN!

El "Amor" sufre y expía.

*(Hacer de todos nuestros sufrimientos, expiaciones de amor).*

### *Tercer Misterio:* ¡LA CORONACIÓN DE ESPINAS!

El "Amor" se convierte en Rey de ignominia.

*(Reconocerle como verdadero Rey de nuestros corazones; tomando para nosotros las espinas, y no dando a nuestro prójimo más que rosas de amor).*

### *Cuarto Misterio:* ¡LA CRUZ A CUESTAS!

El "Amor" lleva mi *cruz… y sucumbe.*

*(Soportar nuestra cruz con amor y fomentar el "amor en nuestros hermanos").*

### *Quinto Misterio:* ¡LA CRUCIFIXIÓN!

Para hacerme vivir de "Amor" muere Él de "Amor" por mí…

*(Morir a todo lo que no es "Amor", y pedir la vida de amor para todas las almas).*

## MISTERIOS GLORIOSOS

### *Primer Misterio:* ¡LA RESURRECIÓN!

El "Amor" triunfa de la muerte...

*(Hacer que el "Amor" triunfe en nosotros y en derredor nuestro).*

### *Segundo Misterio:* ¡LA ASCENCIÓN!

El "Amor" entra en su gloria.

*(Convertirse para Él en un humilde "Cielo de Amor", y contribuir a que hagan lo mismo otras muchas almas).*

### *Tercer Misterio:* ¡LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO!

El "Amor" da a la Humanidad su *"Espíritu de Amor".*

*(Entregarnos al Espíritu de "Amor" y rogarle que se haga un nuevo Pentecostés de Amor en nosotros).*

### *Cuarto Misterio:* ¡MUERTE Y ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN!

El "Amor" rompe los lazos de María para abismarla en el "amor"…

*(Con María y como María perdámonos en el "Amor", y pedir para todas las almas la muerte en el "Amor", una muerte de Amor).*

### *Quinto Misterio:* ¡LA CORONACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN!

El "Amor" corona su obra maestra de amor.

*(Dar gracias al "Amor" por medio de María y pedirle nos alcance la gracia de "vivir y morir" de Amor para glorificar eternamente al "Amor").*

## Unión y fusión de nuestras intenciones con las de Jesús

Renunciar a sus propias intenciones por las de Jesús, es procurar: mayor gloria y complacencia a Dios, más mérito y seguridad para nosotros y para cada uno de aquellos que quisiéramos encomendar, mayor abundancia de gracias y bendiciones.

Algunas personas al pronto temen sacrificar sus intenciones particulares para sustituirlas por las de Jesús, ignoran que lejos de perder, ganarían mucho en este cambio.

1º Porque sus intenciones particulares están comprendidas en las de Jesús, que contienen las de todos los elegidos y cuanto de bueno y meritorio hay en la tierra.

Si las intenciones de esas personas no estuvieran comprendidas en las intenciones de Jesús, sería porque no fuesen buenas pues con que haya en ellas algún bien espiritual (o hasta natural) Jesús las acepta. ¿No lo está probando a cada instante por el cuidado de su amorosa Providencia hasta en los más ínfimos detalles de la vida?

Si la caída de un solo cabello de nuestra cabeza ha de servir al bien de nuestra alma, y por tanto, a su gloria, Él lo querrá; y esa caída entrará en sus intenciones; podrá ser objeto de su oración.

Del mismo modo, si tenemos como intención, el bien de nuestros padres o de nuestros amigos, ¿no los ama Jesús aún más que nosotros?, y tratándose de su bien, ¿no lo ha de querer Él mucho más?

2º Además al sustituir nuestras intenciones personales por las de Jesús, no solamente conservamos las nuestras, sino que las extendemos, por decirlo así hasta lo infinito; las multiplicamos tanto como son multiplicadas, en su sencillez, las intenciones de Jesús; ¡pues estando todas incluidas en su gloria, comprenden a todas las criaturas con todas y cada una de sus necesidades y todas sus buenas intenciones!

Esto significa la unión a Jesús y en Jesús a todas las intenciones de los Santos que han existido desde el principio del mundo; la unión a María, a los

Ángeles, a todos los Bienaventurados; pues Jesús abarca en sus intenciones todas las que Él ha inspirado y que son obra del Espíritu Santo. Por consiguiente, todas las súplicas que podamos hacer por el Santo Padre, los Sacerdotes, los Religiosos, los niños, los agonizantes, las personas tentadas y atribuladas; las obras emprendidas por su gloria; todo esto, forma parte de sus propias intenciones.

Decir: *"según las intenciones de Jesús",* es lo mismo que decir: *"por todo lo que Jesús quiere y desea".*

¿Quién no comprende que si se hace una ofrenda a un amigo o bienhechor, le será mucho más agradable poniéndola enteramente a su disposición, que si se especifica el uso que de ella debe hacer? Se muestra de esa manera más confianza y desinterés, y por consiguiente, resulta mayor gloria y satisfacción para aquel en cuyo obsequio se hace.

Si viésemos a algunos allegados nuestros en peligro o en alguna necesidad y sacrificásemos nuestro deseo de socorrerles por acudir en ayuda de un amigo (sin mira ninguna interesada), ¿podríamos dudar de que este mismo amigo se dejara vencer en generosidad y no se apresurase luego a atender antes que a nadie a los que habíamos sacrificado por complacerle?

¿Y no haría otro tanto Jesús?

Hacer celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, ofrecerla a Jesús según sus intenciones, es, pues, como vemos, el motivo de amor más noble, más universal que se pueda tener.

Pero no nos contentemos con obrar así; para practicar la caridad cristiana, pongamos todos nuestros bienes en común y hagamos esta ofrenda, no solamente en nuestro nombre, sino en el de todas las criaturas; de suerte, que todas, aun las que no piensen en ello, participen de este don, – y que Jesús lo acoja como si cada una se lo ofreciese por sí misma, puesto que está hecho en nombre de todas ellas –. ¡Que gloria y que gozo para Jesús y para el Padre, para el Amor Misericordioso de su Corazón recibir en este mensaje el de todos sus hijos! ¡Qué alegría para un padre ver a sus hijos en esas disposiciones!

## Jesús lazo de unión

———

CONSUMACIÓN EN LA UNIDAD.

*Yo estoy en ellos y Vos en Mí.* – He aquí, claramente, expresado por Jesús mismo, en dos palabras, el doble y gran misterio de la caridad: *Yo estoy en ellos y Vos en Mí, para que sean consumados en la unidad.* Consumados en la unidad por Mí que soy el "Divino Mediador".

Yo, (Jesucristo, Dios y Hombre), estoy en ellos por mi gracia, y vengo a perfeccionar cada día (si lo quieren) esta unión por mi Eucaristía, que me une a ellos de la manera más estrecha que se puede concebir.

Mi santa Humanidad glorificada, uniéndose a su humanidad, les asegura un contacto más íntimo y más eficaz con mi misma Divinidad, que reciben, que yo les doy… de tal suerte que a la vez se penetran y se alimentan de mi Humanidad y de mi Divinidad.

En ellos está mi Santa Humanidad y en ellos habita también mi Divinidad, pues yo estoy en ellos.

Por mí van al Padre, por mí viene el Padre a ellos –y del mismo modo– *yo soy el lazo de unión entre ellos.* Yo que estando en ellos con el Padre, en cada uno de ellos, hago así el cemento de unión entre ellos y los consumo en esta doble unidad: con el Padre y entre sí.

Porque yo estoy en ellos, tienen acceso al Padre; porque yo estoy en ellos, pueden ser uno entre sí.

El cemento de esta unión es mi Eucaristía, justamente llamada comunión… *común unión.*

Siendo mi Santa Humanidad el sello con que marcó su humanidad para disponerlos a esta unión, es, pues, muy importante para las almas, comulgar bien, según el fin de mi Sacramento, que es el que ahora te descubro.

Mi Eucaristía es para vuestra unión conmigo y para la unión de todos vosotros juntos. Pero cuando las especies se han consumido, quedo en

vosotros y permanezco en vosotros como permanezco en mi Padre; Yo moro en vosotros por mi Espíritu Santo que os he dado y os vuelvo a dar entonces de nuevo; pues cuando yo vengo, os le traigo, y el Padre viene allí también.

Yo soy el que vengo, el Verbo, la Palabra… Jesucristo; pero soy inseparable del Padre y del Espíritu Santo.

En la Sagrada Comunión, dejadme, pues, entrar en vosotros, establecerme en vosotros con mi Espíritu y mi Padre; - abridme bien todas vuestras potencias, traedme todos vuestros sentidos para que todo en vosotros sea santificado por mi presencia, por mi acción, por mi poder, y pueda yo realizar en vosotros lo que yo pretendo.

Entro entonces en el alma que me ama y ceno con ella y ella conmigo; la nutro de mí mismo y ella se me da a mi – y yo la consumo en mí – y con ella en mí, consumo a todos aquellos que por la fe me están unidos.

Esto es un misterio, pero mi Divino Espíritu ilumina a las almas que vienen a mí por la fe, y en mí encuentran ellas la Vida.

Nada hay más grande sobre la tierra que la Comunión; ella es la verdad, el germen de la Comunión de los cielos. Hace circular en vuestras venas la sangre de un Dios, os asimila a su sustancia, os penetra de su esencia. ¿Qué más puedo hacer yo?

Mas el hombre ligero, inconstante, no sabe lo que hace, se muestra indiferente a este incomparable beneficio de entregarme a él, para que él se entregue a mí, y que os une juntos por el lazo del Amor y el efecto de la caridad.

Pídeme para toda criatura que sepa comulgar bien… En verdad, si lo hicieras, se produciría insensiblemente en las almas un cambio maravilloso: la caridad sería más fácil y cada alma más accesible al Amor, al contacto divino, y vuestras mutuas relaciones, llenas de unción, llegarían a ser, bajo la acción de la gracia, la reproducción de mi Vida sobre la tierra.

No habría divisiones: reinaría la paz, la armonía, el gozo, la verdad: aquello sería el triunfo del Amor y la Vida Eterna que ya empezaría para

vosotros… Esta fue mi vida, esta la de mi Santísima Madre; y esta fue también la vida de todos mis santos, tanto más santos cuanto más conformes conmigo y mejor cumplen lo que les ordeno.

* * *

La santidad *consiste en tomar la forma de Jesucristo.* Para ser Santos, deberéis recurrir a María, pues yo quiero que vayáis a ella con gran confianza.

Para ser santos debéis *conservar en vosotros mi Espíritu Santo, escucharle sin cesar y hacer dócilmente todo lo que os dice a cada instante, adhiriéndoos a lo que enseña, con toda su sencillez.*

El que obra así es verdaderamente santo… Mi Amor reina en él y en él yo moro entonces y me establezco.

Ahora bien, cada uno de vosotros debe aspirar a esta feliz suerte; pues todos debéis ser bienaventurados.

Reinando Yo, todo es *paz y gozo en el Espíritu Santo.* Hasta en medio de los mayores sufrimientos, cuando estoy en el alma y la uno conmigo, es para el alma de fe, el verdadero gozo, pues así me imita mejor a Mí crucificado; y muy lejos de querer descender de su cruz, la besa con amor… y adora… ese don de mi Corazón… bendiciendo mi elección. Para mi humilde Amante basta que ese sea mi gusto y mi querer; la hago en verdad muerta en apariencia y como indiferente a todo objeto creado: Soy Yo todo para ella y ella es todo para Mí.

Pero su caridad es viva y ardiente, se desborda por amor a Mí. Los que ven esta alma serena y contenta, libre y desprendida, sin mirar a sí misma, corre tras de las penas, ocultar el sufrimiento y siempre sonriendo para dar al prójimo, a quien ama, un poco de alegría, y dilatarle para abrirle hacia Mí…; los que ven esta alma entonces, reconocen que hay en ella otro ser que no es ella, un Ser más fuerte, que la guía… y le hace obrar elevándola sobre sí misma. Su pensamiento sube entonces hacia el Ser supremo; ven que esta alma lo hace todo por Mí, que yo soy verdaderamente Jesús, Hijo del Padre, que vengo para salvar a la humanidad, para librarla de las ataduras de la tierra y de la esclavitud del deleite. Comprenden que soy verdadero Dios y que Vos,

Padre mío, me habéis prevenido, con vuestra caridad, su humanidad culpable y miserable, y que verdaderamente Vos, su Dios, les habéis amado como ama un buen padre y como me habéis amado a Mí mismo.

Vuestro Corazón no conoce límites: el amor por vuestra parte no los tiene; es infinito, purísimo y santísimo, existe en Vos desde la eternidad.

Mas para ellos, preciso es que se abaje; busca al pobre, al humilde y al pequeño. Entonces éste se entrega, ama con ternura… comprime y sumerge su nada en el Todo sagrado.

Ardiendo entonces en vuestra hoguera, esta nada miserable ha encontrado verdaderamente… la paz, el descanso, la suprema felicidad: el amor de su Dios le ha purificado… Fuera de sí exclama entonces el alma: Quiero devolver a Dios amor por amor, llegar a ser su viva Hostia, sufrir y morir como mi Jesús, por todos aquellos que Él quiere, por todos aquellos que Él ama, entregarlos a su Padre y devolverle a Él el amor y la gloria… que el mismo infierno le quisiera arrebatar. Yo quiero dar a Jesús sobre la tierra, todo cuanto soy, todo cuanto puedo, consumirme por Él y de mi miseria formarle un trono de donde salga una voz que diga constantemente a todos los pobres, a todos los que sufren, a todos los que penan: "Oh, venid a Él… Nuestro Padre es la Bondad misma… ¡Es nuestro Dios! Mas para el pequeño tiene indecibles ternuras… Es un Corazón sin hiel, lleno de amor y de misericordia. Es manso y humilde; pero quiere también encontrar sus rasgos en todos los que ama; y cuanto más los conoce, tanto más los quiere".

* * *

¡Oh Jesús Amor… mi todo y mi vida… sed verdaderamente Rey de la humanidad: pues para esto se digno el Padre Eterno enviaros!

Queremos, Jesús, volver por vuestra gloria. Es preciso que en todo lugar seáis amado, seáis conocido, ¡oh Verbo del Padre!, Palabra de Amor, Rey de Gloria… Cuanto fuisteis humillado en la tierra, tanto e incomparablemente más debéis ser glorificado en la tierra y en los cielos, con la gloria que habéis adquirido manifestando el verdadero nombre de vuestro Padre y el Vuestro…

¡AMOR MISERICORDIOSO!

Creo… adoro…

En el cielo, en la tierra y en los infiernos, proclamen todos vuestra Realeza, vuestra gloria.

¡Quién cómo Dios!...

Obrar así, nutrirse incesantemente de la Voluntad del Padre Celestial… es la vida del cielo… en la tierra, para el alma y para Jesús; mas para el alma, en el misterio, en las tinieblas de la fe.

¡Allí está la verdad, adhiérase el alma a ella… y crea…!

# INDICE

# INDICE

AL LECTOR

CARTA DEL EMMO. SR. CARDENAL DE TOLEDO

CARTA DEL EMMO. SR. ARZOBISPO DE TOLEDO

CARTA DEL EXMO. SR OBISPO DE MADRID ALCALÁ

CARTA DEL EXCMO. SR OBISPO DE PAMPLONA

PRÓLOGO

VISPERA

Objeto del Mes del Rey de Amor

DIA PRIMERO

La Realeza de Jesús. Su origen

DIA DOS

En qué consiste la Realeza de Jesús

DIA TRES

El Reino de Jesús

DIA CUATRO

Fruto de la Realeza de Jesús

DIA CINCO

La ocupación del Rey de Amor es amar

DIA SEIS

El Rey de Amor Sacerdote-Hostia

DIA OCTAVO

Cómo nos uniremos a la tristeza de Jesús

DIA NOVENO

Súplica de los pecadores

DIA DECIMO

Carácter distintivo del Rey de Amor

DIA ONCE

Mandamiento del Rey de Amor

DIA DOCE

Últimas palabras de Jesús en la Cruz

DIA TRECE

2ª Palabra "Hoy estarás conmigo en el Paraíso"

DIA CATORCE

3ª Palabra: "¡He ahí a tu hijo… He ahí a tu Madre!"

DIA QUINCE

4ª Palabra: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

DIA DIEZ Y SEIS

5ª Palabra: "Tengo sed"

DIA DIEZ Y SIETE

6ª Palabra: "Todo se ha consumado"

DIA DIEZ Y OCHO

7ª Palabra: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu"

## DIA DIEZ Y NUEVE

Novena preparatoria a la fiesta del Sagrado Corazón (Primer día)

## DIA VEINTE

Jesús apasionado de Amor (Segundo día)

## DIA VEINTIUNO

Deseo que tiene Jesús de ser ardientemente amado (Tercer día)

## DIA VEINTIDÓS

El goce de Jesús (Cuarto día).

## DIA VEINTITRÉS

La sed de Jesús (Quinto día)

## DIA VEINTICUATRO

Cielo de reposo (Sexto día)

## DIA VEINTICINCO

Sacrificios ardientes (Séptimo día).

## DIA VEINTISEIS

Abismar sus miserias en el Sagrado Corazón (Octavo día)

## DIA VEINTISIETE

Fiesta del Sagrado Corazón (Último día de la Novena)

Preparación para el triduo

## DIA VEINTIOCHO

Primer día del triduo: la divina declaración de Amor

## DIA VEINTINUEVE

Segundo día del triduo: Los Amigos de Jesús

## DIA TREINTA

Tercer día del triduo: Vida de intimidad con Jesús.

## MEDITACIONES ESPECIALMENTE DEDICADAS PARA LOS PRIMEROS VIERNES

### PRIMER VIERNES

La Reparación

### SEGUNDO VIERNES

La acción de gracias

### TERCER VIERNES

La adoración

### CUARTO VIERNES

La petición

### QUINTO VIERNES

En qué consiste la verdadera devoción al Corazón de Jesús

## APÉNDICE

La Hora Santa

Consagración al Amor Misericordioso

Novena al Amor Misericordioso

Rosario de Amor

Unión y fusión de nuestras intenciones con las de Jesús

Jesús, lazo de unión